

**OPEN THE WINDOW
PARA QUE LA MOSCA FLY**



**OPEN THE WINDOW
PARA QUE LA MOSCA FLY**

JAIME ESPINAL

PRIMER PUESTO NOVELA
VII CONCURSO NACIONAL DE NOVELA Y CUENTO 2005
CÁMARA DE COMERCIO DE MEDELLÍN PARA ANTIOQUIA

© Jaime Espinal
© Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia
ISBN 958-33-8591-3

Primera edición: diciembre de 2005

Diseño de Cubierta: Agustín Vélez Álvarez
Diagramación e Impresión: Cargraphics S.A.

ESPINAL ORTIZ, JAIME ANDRÉS

OPEN THE WINDOW PARA QUE LA MOSCA FLY

1ed. Medellín : Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia, 2005.
282 p. ; 21 cm.

Primer puesto. VII Concurso Nacional de Novela y Cuento
Cámara de Comercio de Medellín para Antioquia

1. NOVELA COLOMBIANA. Título.

Impreso y hecho en Colombia | Printed and made in Colombia
Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio
o con cualquier propósito, sin la autorización escrita en la Cámara de Comercio
de Medellín para Antioquia.

*A mi papá y a mi mamá y a mi hermanita
(que por más que crezca siempre será mi hermanita.
La razón: 2 años, 2 meses y 2 días)*



Entrar en un bar y pedir un martini
es como que alguien se te va a sentar
y te va a decir mi nombre es Bond, James
Bond.



BIEN GRACIAS, ¿Y USTED?

En este entrampado el personaje sufre a veces de desorden de carácter y trastornos de personalidad. Pasa por un sinfín de ocupaciones extraordinarias y toma Coca-Cola. Los lugares son a veces una cosa y a veces otra, los edificios están a veces en un lugar y otras en otro, los personajes sucedáneos de las historias cambian de identidad sin previo aviso y pueden materializarse o desintegrarse a voluntad. El lector puede tirar el libro de inmediato y abandonar su cometido sin enterarse nunca de lo que aquí dice, o proseguir, sobre aviso de que Jaime Espinal es casi siempre Jaime Espinal y a veces tiene un perro albino, otras no, unos días se levanta caminando normal y otros saltando en puntillas de tejado en tejado. A veces tiene barba, camina incansablemente o llora, pero nunca toma jugo. Arma sus propios cigarrillos o fuma Marlboros rojos, frota una lámpara, encuentra un tesoro y lo pierde en un baño público o lo olvida en una cabina de teléfono. No tiende la cama. Toma el sol *on the rocks* y miente por *hobby*. Puede apostar media vida a una pelea de gallos,

puede cocinar un pollo al horno con champiñones mágicos, ignorar el teléfono o tomar champaña. Puede reírse por dos días seguidos o ponerse un condón y robar un banco. Hace el amor con profilaxis y detesta el machismo, el racismo, el monoteísmo y la remolacha. Paranoico por principio. A veces es fanático de los deportes, aunque es más frecuente encontrarlo en manifestaciones por los derechos de los esquimales, la liberación de los delfines del *See World* de Miami, o la petición de la pena de muerte para los extraterrestres hostiles. Los viernes y los domingos cree en la astrología. El resto de la semana es darwinista, aunque piensa no venir del mono sino del caballo, por aquello de los centauros que vio en un documental en *Discovery Channel*. Fue *Scout* por un día y todavía se arrepiente. Se toma la sopa con cuchara, es ambidiestro, Coca-Cola antes que Pepsi y usa Colgate. Jamás ha estado en una pelea callejera pero sueña con ser luchador profesional. Es astronauta certificado y está convencido de que, más pronto o más tarde, le tocará salvar el mundo.

“Si Aristóteles a la par que la lógica hubiera inventado la fantástica, ¿dónde estaríamos?”

Novalis



TRAMPAS

Agítese Antes de Usar	15
Narraciones Extraordinarias	37
Chat 1	55
El Oficinista y Sus Trapitos	65
Chat 2	87
De McDonald's a McOndo	103
Chat 3	143
Ex-Cyber-Lovers	155
Para Evitar los Daños Mencionados	167
<i>After</i> Daños	189
Las Mil Amantes, los Dos Amores y el Gran Amor	199
INRI	217
El Príncipe	235
La Guerra de los Nombres	239
Toma Número 15	259



AGÍTESE
ANTES DE USAR



MANTÉNGASE REFRIGERADO RESEÑA HISTÓRICA FUMADA

Agradecimientos a Patrick Süskind por proporcionarla tan desinteresadamente

En el siglo XXI vivió en Colombia uno de los hombres más geniales y abominables de una época en que no escasearon los hombres abominables y geniales. Se llamaba Jaime Espinal y si su nombre, a diferencia del de otros monstruos geniales como De Sade, Saint-Just, Fouché, Napoleón, etcétera, ha caído en el olvido, no se debe en modo alguno a que Espinal fuera a la zaga de estos hombres célebres y tenebrosos en altanería, desprecio por sus semejantes, inmoralidad, en una palabra, impiedad, sino a que su genio y su única ambición se limitaban a un terreno que no deja huellas en la historia: al efímero mundo de las mujeres.

DÍGALE QUE NO ESTOY (Please)

Y a mí que ya se me había olvidado el inglés. Cinco años de no hablarlo sino para decir déme un *Speed Stick*, déme un *Chapstick* o mirá a *Goofy* (porque es que resulta que ya es *Goofy*, cuando antes era Tribilín). Pero ahora estoy dizque en plena entrevista telefónica y *Hello* me dice la señora. *Jelou Yoryina!* exclamo. *Yes yes, is this Himay?* (no, la voz de tu conciencia que te llama por teléfono, me dan ganas de decirle, y siento de pronto asomarse adentro al demonio de la perversidad), *ies ies*, respondo conteniéndolo y optando apresuradamente por el angelito que aparece en el otro hombro. *Are you organized?* me pregunta y yo *ies ies, veri organais, veri organais* —que mi mamá no piense lo mismo es otra cosa, pero ella no le preguntó a mi mamá, y yo, la verdad, no pienso que tener los libros y la ropa y los papeles

y los zapatos en el piso sea desorden, al fin y al cabo, cuando uno tiene escaparates ¿dónde los pone? ¡En el piso!, cómo no, de modo que, para efectos, viene a ser lo mismo—. *How do you work under preassure*, me sigue preguntando y yo le digo que *veri gud, veri gud*. Que yo estuve en la selección Antioquia de *basketball* y de *volleyball* cuando era chiquitico y que ahí aprendí a jugar bajo presión y ella me dice *dizque oh good for you* y yo ah bueno, listo, gracias, tan querida tú, yo también te quiero mucho. Me despachó y me dijo *happy holidays* y yo *tenquiu*, vos también, eeeeh, *iu tu*, ahí, medio a la brava, y eso fue todo.

No sé cuánto tiempo pasó, pero un día me llamaron mis asesores de imagen y me dijeron: “Jaime Espinal, te vas para Arizona”, y yo “mierda, ¿para qué?”.

SUPERNUMERARIO

Está bien, lo reconozco, mi nombre es Jaime Espinal y sí, llevo una doble vida. De día soy estudiante de una prestigiosa universidad de la ciudad. Llevo el pelo largo, dos piercings, jeans rotos, una bufanda y unas gafas como las de Clark Kent. De noche soy superhéroe.

Superhéroe de profesión, claro, y con licencia, aunque no he de revelar cuál superhéroe, por cuestiones de ética profesional. Hace años que me dedico a esto. Tomo tinto con cigarrillo en la cafetería, como *croasán*, *De naranja con leche* pido en “Los Juguitos” y ópera en “Los Cafés”. Nunca tengo clase de 6 porque a esa hora recién acabo de llegar de la calle, en donde ejerzo mi carrera subrepticia, y he cancelado dos materias por faltas de asistencia, ¿pero cómo explicarle a los profesores que fue que tuve un llamado de emergencia? Leo el periódico de la universidad y paseo por Junín. A veces juego *fuchi*, voy a un concierto, o escucho a los cuenteros en

las piedras. Pero en las noches me pongo las botas, la capa, el antifaz y los guantes y, entonces, me dedico a ser superhéroe. El cuartel es secreto, por razones obvias y no puedo revelárselo porque de hacerlo, querido lector, tendría que matarlo¹.

Mi rutina oscila entre lo cotidiano de los superhéroes, a saber, ayudar a una viejita a pasar la calle, evitar que un ladrón con barba de cuatro días, pañoleta roja al cuello y camisa de rayas horizontales blancas y negras le robe la cartera a una linda muchacha, combatir eternamente a un archienemigo, participar en campañas ecológicas y salir en la televisión. Lo del archienemigo está por verse. Los productores han hablado de *Snoopy*, de *Petete* y hasta de *Barnie*, el monstruo morado que baila con niños; pero todo parece apuntar a que terminaré luchando eternamente contra el Oscurísimo Doctor Cop. Sí.

Ahora bien, resulta que el suroeste de los Estados Unidos entró en crisis de superhéroes porque los últimos decentes colapsaron en un enfrentamiento desafortunado contra las

¹ Está bien, no es cierto, los super héroes no matamos ni a una mosca como todo el mundo sabe. Es casi como que estamos impelidos a salvar a todo el mundo, y ni por marrano que sea el desgraciado que esté a punto de caerse podemos darle un empujoncito. No, al contrario, hay que salvarlo para que haya una próxima vez, porque después se nos acaba el trabajo y es entonces cuando caemos en el olvido, en el desuso, cosa que le pasó, por ejemplo, al Capitán América. Nadie se acuerda del sujeto y esa es su ruina. Por eso en el gremio nos cuidamos de hacernos sentir cada cierto tiempo y hacemos ruido cada tanto. Éste de un libro es un ruido silente que penetra más hondo y permanece vibrante.

fuerzas del crimen. Como Batman y Superman la tienen dura con Metrópolis y Ciudad Gótica respectivamente, quedaron descartados desde el principio. Inmediatamente el comisionado puso sus ojos en Latinoamérica, en especial en Colombia, pues el prestigio de sus superhéroes ha crecido de forma acelerada y debido a que mi hoja de vida fue a caer providencialmente en el desierto de Arizona (camino misterioso utiliza la providencia), fui contratado para cubrir la vacante.

Mi nueva identidad, según los productores, sería la de oficinista. Una coartada perfecta: un trabajo aparentemente aburrido, una oficina anónima en una ciudad fantasma en el desierto, un puesto de funcionario sometido y sin vacaciones... Condiciones perfectas para pasar inadvertido. Todo cuidadosamente planeado y dispuesto con el fin de evitar sospechas.

La misión —si decidía aceptarla— era la siguiente: Doscientos ochenta hogares pronto caerían en desgracia. Este número profético produjo impacto en los cabalísticos, quienes aseguran que $2 + 8 + 0 = 10$. Aseveración terrible y suficiente para que hasta los más escépticos arrugaran el ceño ante la inminente hecatombe que se cernía sobre el Estado de Arizona, en donde la gente se preguntaba ahora quién podría ayudarlos.

LAS CÁBALAS

Adso de Melk, recordado por su tierna participación en “El Nombre de la Rosa” en el primer tercio del siglo XIV, tras la quema de la Abadía y todos aquellos hechos funestos, y recordando las enseñanzas de su agudo máster Guillermo de Baskerville, escribió la famosa cábala del 280... Casi siete siglos antes de que tuviera lugar:

El 2 (Número que representa al hombre como el ser creado por el uno, es decir, Dios).

El 8 (Número que representa tanto al Chavo como a Pinocho).

El 0 (Número que representa el vacío y la nada).

El 10 (Número que representa a Pelé, a Maradona y al Pibe Valderrama).

El 280 (Número que representa doscientos ochenta dividido cuarenta igual siete, o sea, los colores del arco iris, o sea, la olla de oro al final del arco iris, o sea, la ambición, la cual conduce a la avaricia, pecado capital. También lo interpretan algunos como doscientos ochenta dividido setenta igual 4, es decir, $2+2$, es decir, el hombre más el hombre, es decir, la pareja, es decir, el sexo, es decir, la pornografía, es decir, un escándalo más para la doble moral americana tan bien man-

tenida hasta ahora entre guerra y guerra). El 280 parece ser el nuevo número satánico, por lo siguiente: A 280 hogares de familias americanas honradas y trabajadoras les sobrevendrá la desventura. Los desérticos habitantes temen lo peor. 280 adolescentes de Europa y Asia —por lo demás, todo un ejército—, de esos que llaman “estudiantes de intercambio” vienen a instalarse por un año en sus casas. Durante el mes de agosto arribarían en aviones y comenzaría lo que sería conocido en la historia universal como la Undécima Plaga. Porque es que hay que verlos, llegan con cara de angelitos, sonríen como un mal presagio, desempacan sus efectos, y hasta ahí todo va bien. Luego desobedecen, quebrantan la ley, escupen en la calle, se vuelven groseros, se acuestan con cualquiera, torturan al perro, enloquecen a las familias... Y así colapsa todo el Valle del Sol.

Yo tendría que impedirlo. Tendría que evitar el caos, prevenir la catástrofe y la destrucción total de este desierto. Yo tendría que salvar a las familias, socorrerlas en los problemas que pronto afrontarían. Yo tendría que ser superhéroe... otra vez.

Mi principal arma sería: un teléfono.

THE COOK

El primer día Jaime Espinal llegó engominado, con los pelos pegados a la cabeza en cola de caballo, una camisa blanca, pantalón negro, botas negras y hasta correa, ¡no!, mejor dicho, ¡qué elegancia la de Francia! Súper buen mozo como le gusta a la abuelita. Conoció a la jefe (la *Yoryina*) y le dio un abrazo porque así es él, de esos que van abrazando sin pedir permiso. La jefe resultó ser una señora que no es gorda —cosa excesivamente anormal en el terruño de McDonalds como Jaime Espinal confirmaría con el tiempo—, terca, celosa y de un excelente humor negro. Misteriosa, de esas que se encierran para hablar por teléfono a hacer sus negocios, pero a la vez chismosa al cubo, de esas que quieren saberlo todo y todo lo preguntan, así: cada uno de los trescientos sesenta y cinco días (hay que excluir fines de semana) que pasó Jaime Espinal encubierto como secretario bilingüe sistematizado en La Oficina en Phoenix, Arizona, la jefe husmeaba al medio

día en la cocina y le preguntaba: *What is that?* Y él respondía pacientemente que eran frijoles con arroz (caseros), o que eran lentejas, o garbanzos, o arroz con pollo, o mondongo, o hígado, o corazón asado, o riñón frito, y ella ponía otra vez, igual que el día anterior, la misma cara de asco. Lo mismo ocurrió el día en que Espinal cocinó el gato de La Oficina, como Alf, el extraterrestre peludo de los domingos a las 7.

Los que no se perdían Alf recordarán que Kate y Willie Tanner le tenían estrictamente prohibido al hambriento melmaciano (bicho procedente de Melmac) comerse a Suertudo, el gato de la familia. Los que vieron Atracción Fatal saben que la amante del tipo (Michael Douglas) cocinó al conejo mascota de la familia en una olla, vivo, en la propia cocina de la casa de su amante. Los que veían V la Batalla Final observaron cómo los lagartos se alimentaban de ratones vivos que tomaban por la cola y engullían con placer. Pues bien, asimismo Espinal, el agente secreto de la CIA Colombiana [más conocida como Policía Vial del Metro, o Escuadrón de la Virgen del Carmen o Tombos Hijueputas], encubierto tras la mascarada de secretario bilingüe, decidió un día cocinar el gato de La Oficina, solamente para poder decirlo cuando la jefe llegara con su habitual pregunta, que de lo habitual parecía ya parte del vestido.

Era jueves y, tal como fue previsto, la jefe llegó siguiendo el rastro del olor y preguntó *What is that?* y Espinal contestó, como si tal cosa, que estaba cocinando un gato, el de La Oficina. “Vivo”, agregó, para ponerle un toque de dramatismo al pequeño aquelarre que llevaba a cabo a plena luz del mediodía. *HA! Whatever!*, respondió ella siguiendo su camino, y Espinal pensó entonces que a veces la mejor manera de mentir es decir la verdad tal cual es, porque la gente simplemente no te cree. De ahí las extraordinarias revelaciones que tendrán lugar en este libro, pero como usted seguramente no lo cree, y como piensa que todo es producto de la ficción del autor, pues ahí está, un secreto seguro y muy bien guardado a plena luz pública.

BOLETERÍA A LA ENTRADA DE LA CARPA

«Saber y callar, es la regla. Incluso cuando se hacen trampas, sin reglas no habría juego»

Arturo Pérez-Reverte. "El Club Dumas"

Ese primer día conocí La Oficina y los oficinistas. La Oficina: una casa en pleno *Scottsdale* (el barrio "pupi" de Phoenix). Los oficinistas, una recua desigual digna de circo: El Ogro, el Domador de Fieras, el Payaso Loco, el Zángano, la Gusana, el Elefante Blanco más grande del mundo, el Oso Malabarista y la Momia Egipcia.

La jefe es, cómo desconocerlo, el Ogro. El otro día temí que me fuera a devorar vivo cuando me abrió los ojos como tragaluces de nave espacial y sacó los colmillos. Y todo sólo por yo haberle dicho que "no más, no hablás más desde mi teléfono. Te me vas para tu oficina a hablar desde allá que para eso tenés un inalámbrico". Pero es que hay

que verla pegada de mi teléfono hable y hable, detrás de mí y de frente a mi pantalla y yo todo emproble-mado con el chat sacándome letreritos por todas partes. —¿Qué es eso? —pregunta cuando cuelga, señalando los letreritos. —Nada, pues, eeh, la verdad es que es un programa que estabiliza el procedimiento cronos-compu-medi-musi-cuenti-zador del sistema linfático ligado al régimen cartesiano de los cátodos yuxtapuestos en hileras de a tres— respondo haciendo alarde de mi ignorancia en computadoras.

—Ah, ya veo —contesta ella haciendo más alarde que yo de su ignorancia, harto más vasta que la mía en cuanto a ordenadores se refiere.

De todos modos, al mandarla a hablar por teléfono a otra parte, se empezó a transformar, a volverse verde, casi intuía yo como en una visión mis ropas y mis carnes desgarradas en breve, así que salí corriendo del recinto sin mirar atrás, dejando a la fiera echando humo por las narices.

El Payaso Loco es, en la vida real, un mormón alborotado que no para de hablar ni de comer ni de engordar. Un tipo bueno en todo caso. Un poco triste, como todos los payasos, y su desgracia es lo más cómico con que cuenta. Ese primer día se ofreció a llevarme a casa en su camioneta roja con dos

rayas blancas a los lados, abrió la boca y en todo el camino no hizo pausa ni para tomar aire. Con esa facilidad con que uno hace *zapping*, el Payaso de circo usaba la lengua como el pulgar: pasando de tema como pasando de canal de TV.

Así fue como me enteré de que yo estaba viviendo en una propiedad de mi jefe, y al día siguiente me planté en La Oficina y le dije:

—Jefe, quiero un aumento.

—¿Que qué?

—Ya me oyó.

—¿Pero acaso no ve que es su segundo día?— preguntó despacio cambiando suavemente de rosado a morado neón.

—Bueno, entonces me va a tocar mudarme de casa—. El cambio ahí fue inmediato a blanco.

—¿Que qué?

—Ya me oyó.

—No, no, vea que ya eso está arreglado y no se le puede decir a los dueños que no porque... porque... ¡Porque ya eso está arreglado!

—Entonces me toca buscarme un rancho más barato —proseguí, a sabiendas de que de mi persistencia dependía mi futuro económico.

—No haga eso hombre, vea, más bien, si quiere, yo le subo el sueldo para que le alcance y usted se me queda ahí tranquilito. ¿Qué tal? —Perfecto: aflojó.

—Pues, a ver, yo de todos modos pensaba buscar un lugar menos costoso... —repetí, haciendo que dudaba, porque hay que asegurarse.

—No no, vea que después quién sabe en dónde termina viviendo y puede ser peligroso... Más bien arreglemos así, yo le aumento y listo. ¿De acuerdo? —Ese de acuerdo fue como un ultimátum: o lo toma o de malas.

—Conforme —repliqué y salí.

Funcionó. Desde entonces me convertí en el Domador de Fieras salvajes y mortalmente peligrosas en el circo más sexy, más alto, más tonto del mundo.

—Yo le subo el sueldo y tranquilo que también me encargo de pagar el arriendo por usted para que no tenga que enredarse con cuentas, así que me da la plata mensualmente antes del día diez del mes y quedamos listos —me dice media hora más tarde parada frente a mi escritorio con las manos en las caderas haciendo jarra, y yo sé que en tanto piensa: "... Pero no se me vaya a mudar, porque entonces me quedo con los crespos hechos, pues el apartamento es mío, pero claro, usted

no tiene ni idea, así que no puedo dejar que se me vaya, porque ¿quién me va pagar entonces cada mes la cuota que tengo que pagar yo?”.

Gracias al Payaso yo sé varias cosas que mi jefe no sabe que yo sé, y a ella cada mes le toca hacer la farsa para que yo no descubra lo que siempre he sabido. Yo le sigo el juego en la comedia porque las armas sólo se sacan en la guerra, y mientras tanto se mantienen encubiertas, prestas para dar la sorpresa cuando sea necesario. Tal vez no llegue a serlo, pero hay que ser cauteloso y tener las garras afiladas. La información es la clave.

El Elefante Blanco es una mujer desproporcionadamente gorda, rellena hasta lo impensable, inflada hasta lo inmedible, inmensurablemente elefanta, un magnífico ejemplar de la Botero Gringa adornando La Oficina diariamente.

La Momia Egipcia es nuestro consultor en *business*, tan antiguo como Tutankamon y considerablemente parecido, sobre todo en las arrugas y en la inutilidad práctica que representan las momias.

Hay también una Gusana, pero de ésa no se sabe nada pues se mantiene oculta y enterrada en su Oficina. De modo que no cuenta, igual que los gusanos que no vemos, igual que los

gusanos que viven en la guayaba que nos comemos y no nos damos cuenta, esos no existen.

El Zángano es nada más que eso. Trabaja aquí pero no lo conozco (nunca ha venido). Sé de su supuesta existencia por la nómina y porque llega un cheque extra cada mes que dice “para el Zángano por concepto de manutención de la burocracia y el nepotismo”.

Finalmente, el Oso Malabarista es mi compañero de Oficina, se llama Oliver y juega con 5 pelotas en el aire. Es hiperactivo, obsesivo y terco. No escucha una palabra de lo que alguien le dice e interrumpe siempre diciendo “yo sé”. Hace preguntas y luego cambia de tema sin esperar respuesta. Por otro lado es noble y de buen corazón, dicen las malas lenguas.

Yo soy un pintor cruel, como Edgar Sonneborg, el pintor de “El Disfraz Disfrazado”, extrayendo lo más sórdido de cada quien. Pintar lo más grotesco del modelo. Pintando crudo y mórbido, impío y desalmado. No hay que tener piedad al retratar el alma humana.

Basta de primer día, paramos aquí. Un *shock* más que suficiente para la llegada. De modo pues que volví a casa, me despegué y me revolví los pelos, me cambié la pinta, y me fui a caminar mi nueva ciudad, mi cuarta nueva ciudad: Phoenix.

LAS CUATRO CIUDADES

Mi primera ciudad fue Medellín, aunque eso no lo supe realmente hasta después de conocer mi segunda ciudad, y lo sentí verdaderamente luego de haber vivido la tercera. Ahora que conozco mi cuarta, no puedo esperar por la quinta, pero al mismo tiempo comprendo muy adentro que la primera es la sempiterna, la de siempre.

Primero fue Medellín, primero y siempre.

Segundo fue Wendell, Idaho, un caserío de 2000 personas = 3 casas. Y yo que ni siquiera vivía en el diminuto villorrio sino en una granja a 15 kilómetros del pueblito, donde abría la puerta y sólo se veía el viento pasando por la tierra que cubría las papas y aguantaba a las vacas. Porque nada más hay en Idaho, sino vacas y papas. Tercera, Buenos Aires, Argentina. El hermoso puerto del Río de la Plata en donde tenía la *guita* suficiente para vivir decente por dos meses, y viví cinco (ni yo me explico cómo, ni por qué). Buenos Aires es la ciudad en donde aprendí el hambre. Viví en los bajos mundos, en casa de pensión; usé papel higiénico café, de ese que es áspero y raspa el culo; la cocina y los baños los compartí con los inquilinos de toda la pensión y con las cucarachas que venían incluidas en los ciento veinte pesos mensuales de

alquiler. Rodé por casas de gente que me acogió y desde eso abrí la puerta de mi casa (que ahora permanece abierta). Pasé una semana completa sin tocar una cama, y al final dormí parado en un semáforo, esperando que cambiara de rojo a verde para cruzar la calle. Al despertar, los peatones ya iban más allá de la mitad, entonces me asusté y crucé raudo, antes de que ese sueño infinito jamás sentido antes me impidiera siquiera moverme a lo zombi. Pero la historia de lo ocurrido en Buenos Aires está relatada en las Crónicas Argentinas, que cuentan con distribución gratuita gracias a los patrocinadores y que se solicitan al correo electrónico lajaiba@hotmail.com.

La cuarta es Phoenix, Arizona. Ahí tuve mi propia casa, un trabajo, un carro, todas las cuentas por pagar, y unos patines. Aprendí a convivir con *roommates*, compartiendo apartamento y la propia vida por pedazos. Descubrí mi vocación y lo que quiero ser cuando grande. Me cansé de trabajar (ocurrió al segundo día) y desde entonces tomé la decisión de pensionarme lo más pronto posible. E.E.U.U es un gran país para hacer dinero, Latinoamérica para vivir rico. Yo, entre hacer dinero y vivir rico, ya escogí, y la decisión está clarísima y es inapelable.

La quinta ciudad ya veremos, el día en que sepa el nombre de alguna pequeña urbe a orillas del mar en Bangladesh.



**NARRACIONES
EXTRAORDINARIAS**

(EDGAR ALLAN PUES)



DÓNDE ESTÁN LOS LADRONES

You are free to go nos dijo un policía de gafas oscuras estilo *Ray-Ban*, corte de pelo al ras, pantaloncitos cortos azules y bicicleta “engallada” con letreros que decían pomposamente *Police*. Yo estaba de civil en una tienda estilo mini-mercado en el edificio de los estudiantes en la Universidad Estatal de Arizona. Había dejado el traje superhéroe lavando y simplemente buscaba algo para comer, pero que fuera *fat free*, porque aquí hasta el agua engorda. Compré un paquete azul de *Pop Tarts*, una de las dieciocho mil clases de harinas que venden acá, lo pagué en la registradora, sesenta y nueve centavos, setenta y cinco con el 8% de impuesto, lo calenté en el microondas y cuando salí con una parte de la tarta en la mano y la otra remojándola contra el paladar, Oliver estaba sentado en unas escalas hablando con un tipo muy alto de

camisa blanca y corbata de colores. Oliver es costeño —y aparte de ser mi compañero de Oficina, me da consejos de manejar despacio y de monogamia—, y me estaba esperando afuera porque se cansó de que me tomara tanto tiempo decidir si compraba el paquete azul o el café. El tipo de la corbata tropical me dijo que me sentara ahí con Oliver en las escalas, y yo pensé que era un mormón que me iba a hablar de la Biblia y me iba a invitar el domingo a la misa mormona con un montón de mormones que no toman café ni Cola-Cola porque es pecado. Entonces me senté comiéndome la galleta rellena de masmelo y chocolate, y no entendí por qué el hombre empezó a decir que no quería revisarnos. Cuando miré a Oliver con cara de “a este man qué le pasa, ¿de dónde sacaste a este *freak?*”, Oliver, serio, dijo: “estamos detenidos”.

¡Qué!, ¡detenidos!

—¿Cuáles son los cargos?— le pregunté.

—Dicen que yo me metí algo al bolsillo cuando estaba en la tienda.

—¿Y qué te metiste?— volví a preguntar (claro, cómo no me iba a dar curiosidad). ¡Ah, no! ¡Qué dije pues! Me abrió los ojos como dos poncheras de tinto recién hecho, echando humo, y casi me pega.

—¡NADA, qué tal!

—Ah, entonces cuál es el problema— dije, sintiendo subir la risa por el esófago como si fuera agriera y sin poder devolverla para adentro.

—¿Quiere revisarnos?— le pregunté a nuestro perro guardián.

—No... No todavía— dijo en buen inglés.

Oliver, que es buen conservador, que es recto y prefiere no doblarse, que cumple los mandamientos de Dios y la ley del Estado, estaba indignado, furibundo e histérico con nuestro cazador. Yo, del otro lado, que he pasado noches entre ladrones, entre bazuco y ex-convictos que matan a machete, o en la comisaría de Congreso en Buenos Aires detenido por tumbar semáforo de vía pública que hace alusión a los de River (equipo de fútbol argentino que juega con camiseta blanca atravesada por franja roja, antagónico del Club Atlético Boca Juniors), yo, estaba muy entretenido observando cómo un manojito de policías llevaba a cabo todo un dispositivo ultraespecial para recuperar una galleta. Entonces me di cuenta de que había otro señor cerca de nosotros, grande, muy grande, con brazos muy grandes, como Johnny Bravo. Oliver iba a sacar el celular para mirar la hora (porque íbamos a recoger un sancocho y un arroz con pollo que nos traía una amiga de su mamá —la de Oliver, no

la suya—, que ya venía en camino con las cocas). Y entonces, al fin habló ese otro señor.

—Quédese quieto y no quiero que se meta las manos al bolsillo hasta que lleguen los refuerzos.

Los refuerzos... refuerzos... fuerzas... zos... sonó el eco rebotando en cada pared del edificio.

¿REFUERZOS?

¡REFUERZOS!

Se descolgaron por las paredes, uno salió por la rejilla del conducto de ventilación, otros dos surgieron de debajo del tapete, uno más de la máquina expendedora de dulces y el otro de un cuadro colgado en la pared. Dos helicópteros con visión térmica, el *Air-Force One*, cuatro científicos de la Nasa, un submarino espía ultraplano, una nave extraterrestre y cientos de francotiradores apoltronados en cada ventana en tres kilómetros a la redonda nos apuntaban, en tanto que la alarma chillaba y las luces rojas intermitentes inundaban el corredor y la gente se desparramaba por la ruta de evacuación mientras alguien gritaba “¡Mantengan la calma!” (Pero en inglés. Ése era el subtítulo).

Finalmente eran siete policías, dos vestidos de azul, tres

vestidos de caqui, uno de civil y el señor de blanco. Pero no nos tocaron. Interrogaron al cajero de la tienda y como él no se atrevía a presentar cargos, ellos no se atrevieron a esculcarnos. Eso sí, nos pidieron identificación y yo andaba con nueva cédula de Arizona y el costeño con el pasaporte y uno de los policías que tenía un “boqui-toqui” empezó a hablar con la estación central.

—Oliver Calvo, number 72243711. *Clean?* Ok —Luego tomó la mía—. Yeimi Espinal, *number* D02697664 —Escuchó un momento y al cabo se volvió hacia mí—: *Oh, so you are Yeimi Espinal...*

—Más o menos —le dije.

—Saludos le envía el Oscurísimo Doctor Cop

—Gracias, que lo mismo —dije por decir algo.

—Ya se las verá con él. Mientras llega el momento, nosotros estaremos vigilando todos sus movimientos...

Luego se dirigió otra vez a los dos. Con aire formal dijo:

—Escuchen chicos, para que sepan, en el estado de Arizona, robarse algo de una tienda es considerado un hurto.

¡No me diga! ¡No puede ser! ¡Pero qué noticia! Yo casi no podía creerlo ¡Es casi igual que en Colombia! Sorprendido

ante semejante coincidencia, pero indeciso aún entre creerle o no, iba a preguntarle si en el estado de Arizona matar a alguien era considerado un asesinato. Me imagino que sí, dada la extraordinaria similitud entre las reglamentaciones colombiana y arizoniana. Pero en ese momento dijo: “*You are free to go*”, y se volteó, y montó su bicicleta y se largó y empezaron los otros seis a dispersarse por donde habían venido. Entre tanto, yo terminé mi galleta y prendí un cigarrillo antes de salir al aire frío de la noche del desierto... “mientras llega el momento”...

Jaime resultó ser un nombre
particularmente difícil
de pronunciar para los americanos,
quienes frecuentemente lo trocaban en
Jaimi, Jaimai, Yeimi o Peter.



DOCTORA CORAZÓN Y RECETAS DE COCINA

—¡Ay James! —porque me dicen James—, mi estudiante es demasiado introvertida. ¿Qué puedo hacer? Ella no habla, no hace nada, ¡el otro día en el colegio no fue capaz de pararse frente al grupo a decir cómo se llamaba y de dónde venía!

—¡Señora por favor! Deséchela y compre una nueva, dónela al museo, recíclela, haga trueque por un yo-yo.

—¡Ay James! —porque me dicen James—, mi estudiante extraña mucho su casa. No quiere estar acá. ¿Qué puedo hacer? Ella es educada, no pone problema, no reniega, no discute, no habla duro... no habla. No ha dicho ni una sola palabra desde que llegó.

—Señora, señora, seño, véndala en el mercado negro, regálesela a alguien que deteste, cámbiela por las calco-

manías del álbum del mundial o por un disco de Elvis. —¡Ay James! —sí, así me dicen— ya no sé qué hacer. Quiero darle tiempo, a ver si con los días se le va pasando la timidez, pero tengo miedo de que no mejore...

—Ay mi señora, la bobada no mejora. ¡Cocínela!, haga de cuenta que fuera Gretel y engórdela y guísela. Vacíele cemento y la pone de adorno en una esquina de la sala. Haga una finlandesa bonsái, mire, la mete en una botella y la alimenta por sondas, así como los famosos gatos bonsái que hacen en Japón y que venden por Internet, señora. —¡Gracias James, gracias!

—No se preocupe seño, para eso estamos, para ayudar.

Jonhathan Swift, considerado uno de los hombres más importantes de la historia de Irlanda, el que escribió *Los Viajes de Gulliver*, escribió también “Una modesta proposición”, en la que formuló la solución a la sobrepoblación irlandesa, a la vez que remediaba el problema del hambre: «Cocinemos a los niños y comámoslos». Lo que Swift no adivinó fue que su solución se haría luego extensiva a los estudiantes de intercambio que ponen problema. Y es que la Doctora Corazón, harta de niñas que le pegan a su hermanita menor anfitriona, de niños que riegan el chisme en todo

el colegio de que su familia americana los deja sin comer para que mueran —eventualmente— de inanición, de estudiantes que se dejan pillar bebiendo en un país en el que hay que ser mayor de veintiún años para tomarse una cerveza, pero basta con tener dieciocho para ir a matar gente “legal” y “meritoria-mente” en otro país, ajeno, en una guerra inventada... Harta de niños que llaman a quejarse porque sí y porque no, harta de todo, a James, la Doctora Corazón, se le antojó proponer “modestamente” la novedosa solución con que salió el escritor de los liliputienses.

Al principio, como era de esperarse, las mamás anfitrionas pusieron el grito en el cielo: que cómo íbamos a hacer semejante cosa. Que lo de quemarlos vaya y venga, ¡pero comérselos! “¡Hasta dónde hemos llegado!”. Sin embargo, en tanto que los problemas se agrandaban y los pequeños extranjeros se hacían más insoportables, la resistencia a la cocina experimental de sus madres putativas iba aflojando y la idea pronto empezó a cuajar.

Cuando descubrieron toneladas de pornografía en el computador que usaba Maria Trombetta, cuando Mads Larsen chocó cuatro carros reversando en un pinche parqueadero, cuando se enteraron de que el chisme de que Anna Aberg había sido violada se lo inventó ella misma luego de haberse escapado de la casa y haber contraído casi todas las enferme-

dades venéreas conocidas hasta el momento, y de que se le descubriera un aborto lejano en su país de origen, la horda de madres anfitrionas reventó y exigió la purificación con fuego.

Por cuestiones legales y para evitar malas lenguas que alegaran xenofobia, se decidió someterlo a votación: la hoguera —el escarmiento público tradicional—, o el fusilamiento solitario contra un muro en un pabellón desierto junto a una fosa común. (Hay que anotar que, por políticas de esta comunidad, si una madre votaba en contra de la ejecución de los infantes, la decisión unánime e inapelable se vendría abajo y habría que optar por un escarmiento menos drástico).

Todo iba divinamente, ganaba la hoguera —por aquello de que los cuerpos fusilados conservan un cierto sabor a pólvora que arruina el gusto de la carne— hasta que una madre en exceso sensiblera, en exceso rosadita, se opuso en la votación dando al traste con el festín que teníamos preparado en La Central de Operaciones o “La Oficina”.

Con un conmovedor discurso lleno de florituras innecesarias pero colmado de palabras que le pusieron ojos de picando cebolla a más de uno, la votación quedó suspendida en un incómodo silencio de tribunal, hasta que las más dramáticas empezaron a darse golpes de pecho y a autoflagelarse con las sillas, las sombrillas, las zapatillas, las ventanillas y cualquier

cosa que hubiera a mano. De súbito, el juicioso asunto que nos congregaba se volvió un mercado de estampitas de la Virgen, de velas moradas de arrepentimiento y de bulas trasnochadas cuatro siglos. Las madres se disculpaban entre sí, se abrazaban, se daban consejos para reformar a sus ahora angelitos incomprendidos, tomaron la decisión de castigarlos mediante abrazos y mimos en exceso y hasta terminaron tomándose fotos, intercambiando teléfonos y prometiendo enviarse postales.

UN NUEVO ENAMORADO PARA EL MUNDO

–Te traje dos libros
Al viejo se le encendieron los ojos
–¿De amor?
El dentista asintió
–¿Son tristes? –preguntaba el viejo.
–Para llorar a mares –aseguraba el dentista.
–¿Con gentes que se aman de veras?
–Como nadie ha amado jamás.
–¿Sufren mucho?
–Casi no pude soportarlo.

Luis Sepúlveda

“Un viejo que leía novelas de amor”

María José Tafur soltó un ruidito raro, entre un hipo y una risa, cuando Jaime Espinal respondió al otro lado del Chat “yo también”.

Fue la primera vez que Espinal entendía cuando en todas las novelas de amor que había leído, y en todas las que había seguido devotamente por televisión de lunes a viernes a las 8 pm, decían que Armando Augusto o Federico Felipe o Daniel Ernesto Carvalho, sentía mariposas en el estómago al ver a Antonia Eva María, o a Sara Alejandra Gómez o a Rosa la momposina. Y aunque le hubiera gustado expresarlo de otra forma, lo único que se le ocurrió fue “mariposas en el estómago”, y ya.

Entonces sí era un tipo común y corriente, se dijo, y sí le pasaba igual que a casi todo el mundo, pensó. Y es que se sentía tan feliz, tan extrañamente feliz en ese estado de levitación, que casi le daban lástima los que decían que jamás se habían enamorado. Él, nuevo en el asunto, acababa de entrar a formar parte del club:

Sin oficio en La Oficina después de haber resuelto exitosamente todos los problemas mediante el método cristiano: “Madre he aquí a tu hijo, hijo he aquí a tu madre”, y sin llamados de emergencia que requirieran sus servicios especiales de superhéroe, Espinal se aburría. Parece que los americanos lo tienen todo solucionado, todo hipercontrolado, todo medido y vigilado, y no hay que hacer para los superhéroes. Al menos en el Diario El Planeta, Clark Kent tenía que cubrir las noticias y podía entretenerse cuando Supermán andaba sin oficio. Pero en La Oficina, Espinal no tenía sino

un computador para pasar las 8 horas diarias obligatorias. Así que empezó a chatear cuando el Ogro no estaba: dejaba los números, las cuentas, suma-resta-multiplicación-y-división ahí empezadas, y se entregaba al *messenger* o a cualquier Chat que se encontrara en la Web.

Una vez un amigo que vivía conectado le averiguó el e-mail de una actriz de novelas, bogotana, que Espinal había conocido en el aeropuerto el día en que volaba a los Estados Unidos. Y Espinal le escribió.

Tal vez por curiosidad femenina, tal vez por cierta química que hubo desde el principio, tal vez porque algo se prendió entre los dos el día en que se cruzaron en la sala de espera, ella acudió a la *cyber-cita*, en la que él sería *El Caballero de pelo ensortijado* y ella sería *La Niña de los ojos de la luna*, y empezaron a hablar.

CHAT 1



CHAT

María José: <maria_jose_tafur@hotmail.com>
Jaime Espinal: <lajaiba@hotmail.com>

Nunca revele sus contraseñas o números de tarjetas de crédito en una conversación de mensajes instantáneos.

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Hola

La Niña de los ojos de la luna dice:

Dame un minuto, tengo a mi mamá en el teléfono

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Pobrecita, sacála de ahí

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ja ja, no es gracioso

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sorry

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ya estoy aquí. ¿Cómo vas, cómo va el trabajo?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

El trabajo... bien (pero es que ya no quiero trabajar más)

La Niña de los ojos de la luna dice:

Bueno, por lo menos estás ocupado

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¡NO! Pues sí, pero ése el problema. Estoy ocupado sin hacer nada, porque tengo que estar todo el día en el trabajo. Pero igual es mi culpa: ¡Quién me manda a ponerme a trabajar!

La Niña de los ojos de la luna dice:

Bueno ya quisiera tener trabajo yo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Por? ¿Qué andás haciendo ahora?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ni mierda

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Qué bueno ¿Cambiamos?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Sii
Aunque si cambiamos y yo me voy para allá a trabajar, creo que cuando escriba las “Crónicas Argentinas de Jaime Espinal”, notarán el fraude

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No bombón, seguro que no se dan cuenta

La Niña de los ojos de la luna dice:

No me digas bombón que me pongo roja

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No te pongas roja que me dan ganas de verte ¿Venís?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Qué lindo, deberías estar más cerca

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Pronto lo estaré, yo acá no me quedo, ando trabajando como de juguete

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Cómo así?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Pues yo siento como que estoy jugando: trabajo un año y después me voy... aún no se para dónde

La Niña de los ojos de la luna dice:

Bueno pues vámonos para...

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Dale

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Para dónde?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Qué te gusta?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Pues te lo deajo a ti

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Bangladesh entonces

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Por qué allá?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Por el nombre

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Cómo así?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Me gusta como suena

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ahhhhh, je je, me gusta más Timbuktu

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Entonces tocará echarlo a suertes

La Niña de los ojos de la luna dice:

Dale, respiraremos ambos aires y caminaremos hasta no poder

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Y dónde dormimos?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Eso lo arreglas tú que eres el niño. Yo me encargo de los

postres porque de sal no te prometo nada. Eso sí, lleva un cuentico para que me leas antes de dormir. Con eso no importa si el piso es muy incómodo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Está bien. Te regalo mis cuentos y te leo uno cada noche, uno que te dure hasta la mañana siguiente y todo el otro día.

La Niña de los ojos de la luna dice:

Vale, ¿y cuando se te acaben tendrás la inspiración de escribir más?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No sé

La Niña de los ojos de la luna dice:

mmmmm...

Tengo ganas de bailar

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Bailamos?

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Quisiera usted bailar conmigo, señor caminante?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Acepto

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Pero está usted en capacidad de bailar conmigo toda la tarde y la noche?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Todas las tardes y todas las noches

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿En el agua?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

En el agua

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Estás chateando con alguien más mientras bailas conmigo?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No hay nadie más en esta habitación, ¿no ves? no hay nadie más.

La Niña de los ojos de la luna dice:

Es que mis gafas se me cayeron hoy y alguien las pisó, lo siento

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Entonces ¿no me ves?

La Niña de los ojos de la luna dice:

No, pero te sientoooooooooooooooooooo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Más lindo así

La Niña de los ojos de la luna dice:

Más suave así

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Más lento

La Niña de los ojos de la luna dice:

¡Más mejor!!!

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Mierda, llegó el Ogro

La Niña de los ojos de la luna dice:

Entonces vete, pero pícame el ojo otra vez, como en el aeropuerto... me gustó

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Adiós, mi niña

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Por qué apenas si te he visto una vez y ya te quiero?



**EL OFICINISTA
Y SUS TRAPITOS**



LA CORRESPONDENCIA DEL CORRESPONSAL

Jaime Espinal es actor. Más actor que, por ejemplo, caracol de pecera o mariachi, trabajos éstos que ha llevado a cabo en momentos singulares de su vida. Distinto de otras muchas diversas profesiones que ha ejercido con intermitencia, ésta de actor es permanente. Es artista porque lo lleva en el ADN (ácido desoxirribonucleico). Se dedica, como es natural, al ejercicio de todas las artes. Siete. Es escritor de novelas sangrientas de mil páginas para niños menores de ocho años y pinta torpemente microorganismos apareándose en verano. Hace esculturas efímeras con los restos del jabón cuando se baña, y dirige en pelota el réquiem de Mozart a todo taco en la sala de su casa. Danza “La Cucharita” cuando está contento de vinos y en la industria del cine planea triunfar encarnando a Condorito en la pantalla grande. Lo demás es teatro.

Siempre estuvo vestido y revestido de su albornoz artístico y entonces, cuando el albur o el hado lo depositaron álgidamente en el desierto invierno de Arizona, un fe-

brero, la total ausencia del arte en el americano medio de nueva vida le creó una conmoción interior. Temeroso de la segura catalepsia que le sobrevendría si no encontraba inflexiones y matices trashumantes, excéntricos, ciudadanos, en las noches de esa ciudad que olía a industria y a policía permanente por doquier, se arrojó a deambular por las callejas ocultas detrás de las asfaltadas avenidas, buscando artistas ebrios o gatos trasnochados incapaces de molestar ratones.

Solía decir al cabo de ocho cervezas y sus consecuentes cigarrillos, que le gustaba hacer teatro porque hoy podía ser un rey y mañana un mendigo, después un pirata y otro día un dictador feliz que obliga a su pueblo a escribir poesía diariamente. Porque un día manejaba una pistola y otro día un catalejo. Al día siguiente una máscara antigás, y al otro un cuchillo, una pluma o un banano. Hasta ahí sabemos, porque dos cervezas más y ya no se le entendía.

En su arrebatada búsqueda tropezó con ambos, artistas trasnochados y gatos ebrios, y en su regocijo decidió escribir semanalmente una carta al teatro de su ciudad natal. Como era de esperarse, perseveró en este proyecto una sola semana. Pero se rescata una carta, la única que atinó a enviar, y que levantó vapores pueriles y rumores candentes entre el gremio.

Su carta rezaba así:

«Carta abierta a mi director y a mi grupo de teatro.

Mayo 24 de 20--.

Día de la Virgen

Querido señor director, querido grupo de teatro

Estoy mamado de trabajar.

Tenía que empezar quejándome, ¡cómo no! Yo que siempre me he quejado del trabajo, que siempre me quejo de cargar bultos, de empacar vestuarios, de cargar el camión... en fin, ¡de trabajar!, cómo no quejarme ahora que me toca trabajar todos los días.

Bueno, ahora que ya me quejé, les comunico mi decisión de NO volver a trabajar todos los días después de que termine con esto.

Ahora: la vida acá es más bien rara. Todos tienen un carro (o dos o tres o cuatro), pero pocos una vida. La gente tiene plata, pero no vive rico. La gente se la pasa comprando cosas, muchas cosas, cuanta chuchería salga —aunque no se sepa muy bien para qué sirve—. Y del trabajo pa' la casa a

ver televisión, porque la televisión es entretenida y no hay que pensar, es nuestra salvación, ¡qué haríamos sin la TV!

Yo estaba feliz con mi vida americana, viviendo a plenitud el famoso sueño americano, yendo de la casa pa'l trabajo, del trabajo pa' la casa a mirar la tele, comiendo hamburguesa y pizza, engordando como un cerdo y comprando cosas porque pa' eso trabajaba... ¡feliz!

La felicidad me duró dos días. Corté el cable de la tele. Aprendí a cocinar a punta de intentos. Saqué Hurí, Cachipay y Sin medir distancias en la dulzaina. Fui a clases de portugués los martes y a francés los miércoles. Jugué fútbol los viernes. Tomé vino los domingos todo el día. Y salí a caminar.

Vivo en una casa con Cortázar, Bécquer, el Principito en español, inglés y francés, Poe, Vicente Holgado, Rubén Darío, Silva, Un Viejo que Leía Novelas de Amor, Unamuno, Mark Twain, Borges, Harry Potter, mis cuentos colgando del techo, mis dibujos torpes en la pared y una mata verde que se llama Pan. ¡Ah!, y dos costeños (Oliver Calvo y Juan Mario Amador). Y aun así, cuando escuchaba por ahí alguna canción de mis obras de teatro, me entraban ganas de llorar pero sin ganas de aguantarme.

Ese segundo día me empezó a hacer falta el arte, tanto que respiraba con dificultad. Anduve leyendo bastante, y así

pude caminar un poco más tranquilo. Añoraba el escenario, los telones, el vestuario, las luces, y mis personajes que ahora los interpretan otros... de modo que no son mis personajes los que viven en el escenario, sino otros personajes distintos. Pero mis personajes necesitan vivir también, y esta ausencia prolongada los agobia, nos agobia.

Fue tanto así, que por las noches al bajarme del bus no tomaba el otro bus que me acercaba a casa, sino que caminaba pronunciando mis textos, y entonces me cambiaba la cara toda y el caminado me cambiaba y menos mal que era de noche porque si no, seguro que los gringos estos “freaks”, agarrarían prontos su celular y marcarían al 911 que porque un latino aparentemente con un gran problema de personalidad múltiple anda delirando por el barrio y hablando solo. Los policías, al escuchar la palabra “latino” y todos los demás adjetivos que la acompañaran, saldrían disparados en busca de este peligroso individuo y yo, seguramente, resultaría pasando la noche tras fríos y gruesos barrotes de hierro, otra vez.

El caso es que andaba preocupado: de no hacer algo pronto, empezaría a encarnar yo mismo al gringo promedio y degeneraría como es natural en un adicto al trabajo, adicto al TV, adicto a las normas y pensando que ga-

namos la guerra de Vietnam y que el S.W.A.T. Team es la bendición más grande que le ha caído al mundo... Porque el mundo es America (America sin tilde); lo demás es loma. Como me estaba “frikando”, y por el terror ante la sola probabilidad de volverme como éstos, decidí decidir inventarme mi propia forma de vivir a este país.

De modo pues que busqué, encontré y me presenté a una audición de teatro en Phoenix. Era martes. Me tocó hacer una lectura dramática en frío. Me dieron un texto, lo leí e inmediatamente me trepé al escenario y lo leí “dramáticamente” sobre el tablado. El director me dijo que me quedara hasta las 9 (eran las 8 de la noche). Desde afuera veía desfilan actores por el escenario, leyendo en frío o presentando monólogos preparados. Algunos desfilaban y se iban, otros se quedaban por ahí cerca de donde yo estaba. A las 9 llegó otra gente (del día anterior) y nos repartieron diálogos para prepararlos en 10 minutos y empezar a desfilan otra vez por el escenario por parejas asignadas leyendo lo que nos tocaba.

*A los dos días me llamaron, empezamos ensayos. Somos 9 actores. La obra se llama Valparaíso, de Don De-
lillo. Un texto exquisito. El director se llama Ron May. Yo soy camarógrafo en el primer acto y azafato en el segundo. Tenemos un travesti y una bulímica in the real life. Ambos se*

enamoraron de mí. Yo uso crema de albaricoque para desmaquillarme y como maní en la trasescena.

El 20 de junio estreno Valparaíso en el Little Theatre del Phoenix Theatre, un teatro precioso en el centro de la ciudad. Y ahora, me voy para ensayo.

Ese ha sido mi reporte oficial de los acontecimientos.

Con la tristeza de haberme perdido el estreno de El diario de un ladrón, Con la tristeza de no estar esta vez en Amores Simultáneos², que ya viene, Con la nostalgia de mis personajes, Extrañando a mi director, mi grupo, mis obras, mi sala, Con el cariño y la alegría de siempre

Jaime Espinal

Pd: Es muy interesante trabajar con otra gente, bajo otra dirección, en otro espacio, con otra poética, otra estética y propuestas escénicas diferentes. Aprende uno otras formas y abre otras posibilidades de hacer teatro..... ¡¡Pero no se preocupe Señor Director, que acá al man que me dirige yo NO le digo “míster director”!!

Pd2: A veces, entre cervezas, rones y paquetes enteros de cigarrillos, escuché:

²Amores Simultáneos fue la primera obra teatral que Jaime Espinal protagonizó, blandiendo doce cuchillos y siendo el líder de una pandilla de violadores.

-“Jaime, ¿usted cree que porque se va vamos a dejar de montar “Amores Simultáneos” y “Dónde estás amor” y “Eros y Thanatos” y “Gangsters” y todo lo demás?”

Ahora entiendo, y replico:

-“Querido señor director y Hora 25³, ¿y ustedes creen que porque me voy, voy a dejar de hacer teatro?” ».

³Teatro Hora 25 es la compañía teatral de la que Espinal es actor. ¿Quiere verlos?
Hora25teatro@hotmail.com

EL OFICINISTA Y SUS TRAPITOS. LUEGO LA SOMBRILLA

No todo para un oficinista, como habrá notado el lector, tiene que ver con La Oficina. En ocasiones un oficinista es más que un oficinista. Este oficinista, verbigracia, es, efectivamente, más que un oficinista [Oficinista oficinista oficinista]. Ha sido superhéroe, vendedor de estuches de escaleras, oso panda⁴, ratón de laboratorio, donador de órganos y torero, todas de manera voluntaria. Ha sido esto y otras tantas cosas que en su momento se revelarán y, entre todo aquello, su trabajo encubierto en La Oficina de Arizona.

A las cinco en punto de la tarde abandona La Oficina y al hacerlo ya la ha olvidado. Así, instantáneo. Se va a entrenar *kick-boxing* (no sabía que darle “juete” a las tulas negras era tan bueno), luego se monta en un patín y en el otro y rueda

⁴Hizo de oso panda en la Argentina. Ver “Crónicas Argentinas”.

hasta la casa. Cocina (*healthy* en lo posible, porque “Jack in the Box” con la *Jumbo Jack* de noventa y nueve centavos se empeña en convertirte en gringo-gordo-dependiente-televisivo-y-solo). Luego traga, naturalmente, se sirve el primer vaso de vino (*baratou, very baratou*, porque La Oficina no paga suficiente para lujos) y se sienta a escribir. Más vino. Después juega ajedrez con Juanito Amador [Johnny Lover], el amigo, la alegría, la risa y compañero de apartamento. Más vino. Cuando no se juega ajedrez se habla, de la vida y de cualquier cosa, mejor dicho, se habla mierda, porque eso es lo que hay para hablar. Más vino. Es hora ya de acostarse. Vámonos a descansar. Pero antes hay que lavarse. Y los dientes cepillar. Otra vez más vino. Por lo tanto, las mañanas no son fáciles, pero Buda dijo que vinimos a sufrir (claro que si frotarle la panza al desgraciado no me ha hecho rico, pues que se joda también su sufrimiento y todo lo demás).

Como se ha visto, no todo es La Oficina... También está la lavada de ropa, hacer el mercado, barrer, trapear, lavar los baños y sacar al perro. Perro, afortunadamente, no tengo, entonces una menos. Barrer y trapear, una vez al semestre, cuando ya al entrar en casa los zapatos se te quedan pegados del piso y te cuesta trabajo moverte entre los grumos de polvo, los pegotes de cerveza seca, las colillas de cigarrillo, las

moscas muertas que nunca se comieron las arañas y las pepitas del *pop corn* que no explotaron. Los baños sí hay que lavarlos más seguido, antes de que el germen y el moho se los coman y se lo coman a uno por ahí derecho en el momento menos pensado, es decir, cuando uno cierra los ojos para hacer fuerza.

El mercado aguanta un mes. 15 días se come bien y los otros 15 días se come arroz. Durante estos segundos 15 días se acumulan ganas y coraje para ir de nuevo a mercar. Pero la lavada de ropa sí toca más frecuente. El problema es que hay que ir adonde Carito mamacita para hacerlo, porque ni lavadora ni secadora en el cuarto [in]útil de la casa. Y si no se lava, entonces hay que salir “comando”, como dicen los gringos, o sea sin pantaloncillos o tangas —dependiendo— y eso trae las consecuencias embarazosas que uno se pueda imaginar.

En el invierno hay que sacar sombrilla, por si llueve.

MÉTODOS MCGIVER DE INFILTRACIÓN

Los domingos, Jaime y Juan van al cine. Empezaron viendo una película y colándose en la otra. Después vieron tres, al domingo siguiente cuatro, luego cinco y ahora, maratónicamente, asisten a 6. Se instalan a eso de las 12 meridiano en las sillas de una sala, luego de haber adquirido el boleto legalmente por 6 dólares con cincuenta *cents*.

—Dos boletos para cualquier movie que haya a las 12, señorita.

Luego viene toda la colombianada (orgullo patrio): Después de la primera película, observan panópticamente la sala y con estudiado disimulo, que más es desfachatez e *importaculismo*⁵, se apropian de uno de los enormes vasos de

⁵Importaculismo: Término coloquial procedente de la famosa expresión *me importa un culo*, que a su vez tiene ascendencia *importapepinista*, *importaconomista* y/o *importabledista*, tan bien conocidas entre los hispanohablantes.

Coca-Cola que quedan en el recinto mientras la gente evacua y uno de los dos (Juan o Jaime) se acerca al mostrador y dice casi con ternura *Can I get a refill?*. Volver a llenar el vaso con Coca-Cola es gratis, pero sólo una vez, por lo que la operación de identificar un vaso, tomarlo como si tal cosa, como si fuese propio, dirigirse al mostrador (siempre buscar un empleado distinto) y preguntar con primorosa candidez *Can I get a refill?*, ocurre indefectiblemente al final de cada película. Uno de los dos lleva un morral. Mientras J agarra el vaso de la bebida gaseosa, el otro J se dirige con aire inocente, paso bailadito y silbido tonal de villancico a rebuscar un balde de crispetas, o como dicen algunos escritores palomitas de maíz; o el famoso *pop corn*. Entonces J & J abandonan la sala, se dirigen por aparte a mostradores diferentes y hacen uso de su recién adquirido derecho de una segunda vuelta de gaseosa y crispetas.

A eso de la tercera película, el que lleva el morral lo abre y saca un paquete de pan tajado [integral, por aquello de la onda *lite*], jamón, jamonada o mortadela, lonjas de queso y salsas. Se prepara un sánduche para él y otro para su alter ego y ambos almuerzan ahí, en el cine [Una vez llevaron lentejas con arroz y carne en una coca plástica con tapa azul. Pero como olvidaran las cucharas y resultara muy engorroso el almuerzo con los dedos, se decidieron por la practicidad del sánduche].

La misión es pasar inadvertidos, cosa que ha resultado excesivamente compleja para Batman y Robin. Para este propósito, los dos eligen cuidadosamente su atuendo antes de abandonar la casa. Los colores tierra son los preferidos para no ser notados, y el azul de un jean común les permite deambular inadvertidos. Además, con sutiles disfraces e intermitentes cambios de *look*, este par ha logrado sortear las miradas suspicaces de los empleados de Harkins Theatres: Cada dos cintas, J & J entran al baño de hombres y J se moja el pelo mientras J se coge el pelo con un caucho, se hace una trenza o se lo suelta sobre los hombros. Luego entrambos intercambian buses, se turnan la mochila y salen caminando distinto cada vez.

Suena sencillo así en el papel, pero para lograr NO ser detenidos[¡¡¡Detenidos–Refuerzos–Policía–Galleta...!!!], y para evitar ser arrojados del establecimiento por la puerta de atrás antes de cumplir con su cometido, J & J siguen rigurosamente una regla:

NADA DE CONTACTO VISUAL = NO EYE CONTACT⁶

⁶ Sistema ideado y desarrollado por profesionales. No intentar en casa. O si va a intentarlo, que sea bajo su propio riesgo. J & J no se hacen responsables por los posibles daños sufridos a manos de los gorilas que hacen de personal de seguridad en los establecimientos.

El hecho de establecer ese contacto prohibido hace que más adelante los reconozcan. O aun peor, ellos reconocen, y al reconocer les entra la paranoia de estar siendo reconocidos, lo cual desencadena el nerviosismo, y éste aniquila la naturalidad que se precisa para proyectar confianza y seguridad y ganarle al enemigo a punta de personalidad y de convencimiento. Esta situación es de cuidado, pues, dependiendo de su amoralidad y de su capacidad de *importaculismo*, pueden caminar estoicos sobre la circunstancia de ser expelidos del lugar con desconsiderados puntapiés, o se pueden paniquiar, lo cual degenera en un ataque de nervios que desemboca en una convulsión epiléptica, con el riesgo de tragarse la lengua.

Así pues, por la módica suma de 6 dólares con 50 centavitos, J & J se pasan doce horas en el cine, engullen crispetas, se atragantan de *Coke*, y hacen picnic mientras asisten a 6 películas de corrido... por la módica suma de 6 dolaritos con 50. Eso es lo que los grandes economistas y administradores del mundo han dado en llamar en su argot esnob: valor agregado o plusvalía.

FUCKING

Cuando sonó el timbre y abrí la puerta me encontré a 3 mormones de pantalón negro, camisa blanca,
corbata a la moda
sombbrero encintado
y chupa de boda.

De los 3 rubios de pelo corto, zarcos y con sendos sombreros del Rin Rin Renacuajo, ninguno contaba más de 28 añitos, pero sí los 3 sonreían estúpidamente en el umbral de la puerta de mi apartamento.

Gracias a esa enorme falta de valor para decirles “señores... ¡Se largan ya de mi casa!”, los dejé entrar mientras me lamentaba de haber abierto la puerta... de haber estado en casa... de vivir ahí... de existir.

Yo andaba preparándome una ensalada (por aquello de la onda *lite*), y mientras el mormón con más rol y espíritu de Joseph Smith me exhortaba a dejar el café, la Coca-Cola y el

vino, yo cortaba con mi cuchillo de acero inoxidable comprado en Wal-Mart la cebolla cabezona y los cuatro llorábamos inconsolablemente.

En esas, el fiel cuchillo se me resbala por la superficie lisa de la cebolla y es detenido por mi dedo gordo de la mano izquierda. FUCK! Grito (Grito Fuck porque vivo en Estados Unidos y hablo inglés con los mormones que vienen a mi casa a tratar de salvar mi alma y de convertirme a la verdadera religión, al verdadero Dios y a los verdaderos mandamientos).

Cuando de mí sale el fuck, los tres hombres entran en un estado de terrible incomodidad, se miran entre sí inquietos y ríen nerviosos. Yo me hago el güevón y sigo cortando vegetales y ellos reanudan la diatriba de amor contra un hombre sentado.

FUCK! Vuelvo a gritar cuando el cuchillo de acero inoxidable comprado en Wal-Mart se desvía otra vez hacia mi dedo gordo de la mano izquierda. El mormón con más rol, con más espíritu de Joseph Smith, abre los ojos muchísimo y los otros dos voltean la cara protegiéndose de la venenosa palabra. Casi digo que Sorry, pero qué va, ¿acaso me importaba lo que pensarán tres mormones que venían a alejarme de la cerveza, del vino, del ron, del guaro, de la ginebra, del whisky, del brandy, del vodka, del tequila?

—Tú puedes ser un Dios, y crear tu propio universo, con tu propio sistema solar, tu propio planeta tierra y tus propias gentes —dice el profeta.

—¿Mi propios mormones? —pregunto.

—Yesssssssssssssss —responden en coro.

—Gracias —le digo— creo que mejor me compro un juego de armar.

Silencio...

—Pero en verdad podrías tú hacer tu propia creación —persiste Joseph.

—Cuánto tiempo tendría —pregunto.

—Pues 7 días —responde.

—Así cualquiera —replico y vuelvo a las verduras.

Un par de minutos eternos mientras cortaba los tomates, y Smith volvió a arremeter

—¿No te gustaría ser Dios?

—¡Yo SOY Dios! —respondo. Primero se miran sobresaltados... Después se me cagan de la risa en la cara.

—¡Yo soy Dios! Y si me da la gana puedo desaparecerlos ahora mismo —Bramo clavando brutalmente el cuchillo en el pollo de la cocina, y el cuchillo queda temblando mientras yo grito FUCK! FUCK! FUCK!

Hugo, Paco y Luis se pusieron rojos, tensos. Se estresaron y me sugirieron que dejara de repetir la blasfemia, y yo les dije que Fuck yeah!

Trataron de hacerme callar poniéndose los tres el dedo índice en la boca y diciendo sssshhhhhhhh, pero yo bramé: FUCK. Al mormón con más rol, con más espíritu de Joseph Smith le rodó una lágrima por la mejilla, y yo sentí que debía tener compasión y pena por él... Pero no lo logré, y en cambio repetí en crescendo Fuck! Fuck-fuck-fuck! Fuck-fuck!

Asustados, casi temblando, se arrodillaron y persignándose me imploraron que parara ¡Que nos iba a arrastrar a los cuatro al infierno! Pues *Let's Go To Hell!* Dije abriendo la boca lo más grande que pude mientras les levantaba el dedo corazón de mi mano izquierda y tomaba con la otra el cuchillo que todavía temblaba en el mesón, avanzando hacia ellos con cara de Chuky y pisadas de Jason.

Los vi a los tres empequeñecerse a tal punto, que temí perderlos de vista. Fuck, dije casi en un susurro. Y entonces, cogidos de las manos, con la cara roja, con los ojos calientes, con un coraje que no les había visto antes, alzaron los cuellos, alzaron las manos, juntaron las cejas y abrieron la boca: FUCK YOU! Gritaron al tiempo los tres... Y desaparecieron.



CHAT 2



CHAT

María José: <maria_jose_tafur@hotmail.com>
Jaime Espinal: <lajaiba@hotmail.com>

Nunca revele sus contraseñas o números de tarjetas de crédito en una conversación de mensajes instantáneos.

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Hola nena

La Niña de los ojos de la luna dice:

Mi vida, no me digas nena que me pongo roja

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No me digás mi vida que me empiezan a temblar los dedos y no puedo teclear bien

La Niña de los ojos de la luna dice:

Bueno nunca más

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Vale, ¡nunca más!

La Niña de los ojos de la luna dice:

Lo siento mi vida

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No te preocupes, nena

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ay no, sóplame, que creo que se me han subido los colores

El Caballero de pelo ensortijado dice:

ffffffffffff

La Niña de los ojos de la luna dice:

Sólo déjame asercarme hasta lograr olerte

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Acercarme

La Niña de los ojos de la luna dice:

Oops, ¡eso!

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Voy a gritar tu nombre muy duro, a ver si me llega hasta allá (pero hay que tener en cuenta que el sonido viaja a 340 metros por segundo)

La Niña de los ojos de la luna dice:

Trata, pero te van a botar del *job*

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Puede ser

La Niña de los ojos de la luna dice:

Mejor susurra, que yo oigo bien

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Tu nombre no es solamente tu nombre. Es el nombre que acaricio y que dura mucho tiempo. Tardo más en pronunciarlo que un nombre normal. Es un nombre muy largo.

La Niña de los ojos de la luna dice:

Es para que tengas tiempo de saborearlo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

De consentirla mientras lo voy pronunciando

La Niña de los ojos de la luna dice:

Consíenteme ¡No me digas que no apareciste en mi vida para consentirme!

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Está bien: te respiro detrás del cuello, *vibratto ma non tanto* y te susurro, ahí mismo, detrás del cuello, un verso becqueriano

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Cuál????? Dímelo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Los suspiros son aire y van al aire
Las lágrimas son agua y van al mar.
Dime mujer: cuando el amor se olvida,
¿sabes tú adónde va?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Dímelo aquí, detrás del cuello

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Dame un momento, entró una llamada, ahora vuelvo

La Niña de los ojos de la luna dice:

Por qué te vas tanto tiempo, por qué me toca buscarte bajo las mesas, sobre las nubes, entre la nieve... Sal

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sólo me voy para que tengas tiempo de extrañarme

La Niña de los ojos de la luna dice:

Es un buen punto, pero quiero sobredosis

El Caballero de pelo ensortijado dice:

De qué, sobredosis de qué

La Niña de los ojos de la luna dice:

Prefiero sobredosis de ti que tener que extrañarte

El Caballero de pelo ensortijado dice:

... (suspiro)

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Sabes? Tengo un personaje nuevo en una novela nueva.
Se llama Clemencia, la puta

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Y cómo es?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Es torpe, es puta, muestra sus piernas, es puta, es ansiosa,
es puta, es agüerista, es puta, se viste de azul... es puta.

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Pero entonces es puta o no es puta?

La Niña de los ojos de la luna dice:

No lo sé

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Linda, me voy a desconectar

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Tienes que descansar? Te llevo a tu casa

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Llévame a casa, ¿quierés entrar? Un vino

La Niña de los ojos de la luna dice:

Sí gracias ¿Por qué siempre me miras así?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No he podido mirarte de otra forma (Y lo intento cada vez, que conste)

La Niña de los ojos de la luna dice:

No dejes de hacerlo. Aunque corras peligro

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Peligro?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Miradas como ametralladoras + bailando + vinos = peligro

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Creo que tenés razón

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ve, descansa de tu trabajo y de mí

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¡De mi trabajo estoy listo para descansar el resto de mi vida!

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Y de mí???

El Caballero de pelo ensortijado dice:

De vos también

La Niña de los ojos de la luna dice:

Si vas a descansar de mí, ¿me llevas?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Estoy listo para descansar de vos el resto de mi vida, con vos, en vos, ¿venís?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Voy... temblando

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Temblemos entonces (siquiera, no soy yo solo)

La Niña de los ojos de la luna dice:

Jajaja

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Te quiero muy cerca, hablándome detrás del cuello, en donde se siente el fuego de las palabras respiradas

La Niña de los ojos de la luna dice:

No sigas.....

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No sigo. Pero te quiero muy cerca, rozándote detrás del cuello con las pestañas, parpadeando una vez y otra, ahí en donde se sienten las miradas y uno tiene que voltear

La Niña de los ojos de la luna dice:

De donde sacas eso

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Pues de vos, ¿de donde más lo voy a sacar?

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Contarías los lunares de mi espalda por mí?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Creo que sí

La Niña de los ojos de la luna dice:

Hazlo y te los regalo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Hecho. Es un trato entonces.

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Sí ves que ahora me la paso aquí?

...

¿Estas muy ocupado?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Como siempre, terriblemente ocupado en imaginármela

La Niña de los ojos de la luna dice:

Me voy

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Vení, recostate acá, dejá yo te tomo las manos. Mirame a los ojos y decime que te querés ir

La Niña de los ojos de la luna dice:

No puedo, me tienes a la fuerza

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sí.

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Cuándo hablamos más?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No sé cuando hablamos más. Pero si sentís silbar el viento, será que te estoy diciendo algo

La Niña de los ojos de la luna dice:

Háblame, consiénteme, acaríciame, escúchame, huéleme, te lo autorizoooooooooo yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No me haga esto. ¿Por que no puedo rozarla ahora mismo? Me desespero

La Niña de los ojos de la luna dice:

Mierda, creo que es mejor que hablemos un día antes de que podamos vernos ¿Te parece? Es que me voy a enloquecer

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No, no me parece.

Oye linda, entró una llamada, ¿me das un seg?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Dale. Seguro es para avisarte que te necesitan urgentemente en Bogota en la calle 187 para sentarte con una niña junto a una chimenea y hablar de los susurros

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Qué raro, no me lo vas a creer: llamaron para avisarme que me necesitan urgentemente en Bogota en la calle 187 para sentarme con una niña junto a una chimenea a hablar de los susurros ¿Qué digo?

La Niña de los ojos de la luna dice:

¡Lo sabía! Yo no sé, no me lo preguntes

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Entonces espérame respondo

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Qué les dijiste?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Que claro, que voy saliendo, que ya voy para allá. Que es posible que me tarde un toque, que no existe algo que me lleve lo suficientemente rápido como para quitarme el desespero de no rozarle los labios con los dedos mirándola en los ojos.

La Niña de los ojos de la luna dice:

¡Cállate!, ¿qué haces?, estas empeñado en hacerme que-

rer a un computador [?!], en que mande mi trabajo a la mierda, en que voltee cuando ya estés ahí...

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Estoy empeñado en hacerte la medida de mi tiempo

La Niña de los ojos de la luna dice:

No másssssssssss, estas cosquillas me van a chiflar. Qué es esta mierda

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Hoy no he hecho nada aquí en La office, más que tratar de tocarte por la pantalla

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Te parece poco?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No. Es todo lo que quiero hacer

La Niña de los ojos de la luna dice:

Lo sé. Y yo solo quiero estar ahí para que lo hagas

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Pronto corazón, pronto

La Niña de los ojos de la luna dice:

Me voy a darle comida a mi gata

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Cómo se llama?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Amarilla

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¡Amarilla! Ese nombre tiene por sí solo ese aire de gato de Pink Tomate ¿Sabes quién es Pink Tomate?

La Niña de los ojos de la luna dice:

El gato de Amarilla

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sí

La Niña de los ojos de la luna dice:

La de Opio en las nubes

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sí

La Niña de los ojos de la luna dice:

Y tú, ¿vas a casa??

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No lo sé. Voy hasta donde decida bajarme, la verdad.

La Niña de los ojos de la luna dice:

Tal vez el camino te traiga aquí

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Tal vez. Tal vez tome un tiempo, pero no sé por qué me parece que va para allá, como si fuera el camino de ladrillos amarillos...

La Niña de los ojos de la luna dice:

Chao

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Andate. Pero acordate que yo te quiero muy cerca... detrás... cuello... fuego... palabras... pestañas... volteo... volteas.....

La Niña de los ojos de la luna dice:

No lo olvido, lo quiero

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¡No más! No seas tan bonita, ¿sí?

La Niña de los ojos de la luna dice:

No, no más, me voy. Ahora sí

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Ves? ya me está empezando a doler el estómago

La Niña de los ojos de la luna dice:

Qué es lo que le pasa a usted conmigo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Nada, pues que me va a pasar, nada. Solamente que el sol de acá es rosado, y mi cuarto, y mis zapatos y los buses son rosados también. No me pasa nada más. Sólo que la tengo clavada entre los poros, y no me deja casi ni respirar. Pero fresca, que no me pasa nada. NADA

La Niña de los ojos de la luna dice:

Siento que las palabras son tuyas... Todas son tuyas... Solamente tuyas...

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sos un bombón...

La Niña de los ojos de la luna dice:

Me tengo que ir

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Y qué quiere?, ¿que me despida? ¡¿Cómo?!

La Niña de los ojos de la luna dice:

No, no quiero que lo haga... nunca

El Caballero de Pelo Ensortijado dice:

Siquiera, porque no podría

Aló

¿Aló?

Te fuiste, ¿cierto?

Bueno, qué más da, igual no me despedí...

Esto sí es como darse la vuelta y esperar a que se vaya y seguirle hablando mientras tanto hasta que el eco me devuelva las palabras y entonces me voltee y me de cuenta de que se fue...

¿Aló?

Ok, voy a seguir hablando solo un ratico más

¿Aló?

Anuncio en la pantalla:

“Puede que La Niña de los ojos de la luna no responda,
parece no tener conexión”



**DE McDONALD'S
A McONDO**



¿Y DÓNDE ESTÁ EL POLICÍA?

*“En una cantina lo encontré
En una cantina lo perdí”*

*Las Hermanitas Calle
(The Street Sisters)*

Sentado en la cantina, con los nervios destrozados, fumador empedernido peor que Ramón Ribeyro, bebe de una copa rota el “Oscurísimo Doctor Cop”. Súbitamente, el rubio alto *pelo’e* cabuya se levanta llevándose la mesa por delante y tumbando al piso de baldosas blancas y negras la última copa de tequila y la botella vacía que se quiebran sonando *crash*. Tuerce la boca en un gesto aprendido de Rambo I, II y III, levanta el revólver y dispara al techo gritando *God bless America!* —a lo que todos los presentes responden con vítores—, tras lo cual cae de bruces, más borracho que una cuba, y casi se parte el tabique.

Sentado en la cantina, en estado lamentable, fumador de marihuana así como Bob Marley, bebe de una copa rota el lánguido superhéroe colombiano. Lleva tanto tiempo ahí que ya hace parte de la decoración. Ha estado en la misma posición desde que se sentó: los dos codos apoyados en la barra, se sostiene la cabeza con las manos para que no se le caiga y no se le moje con los circulitos que van dejando los vasos con hielo. Cuando fuma, la mano izquierda se encarga de evitar que la cabeza colapse contra el mostrador, en tanto que la derecha se demora toda una vida para sacar un cigarrillo del paquete de Camel, ponérselo en la boca, coger el encendedor, prenderlo, atinar a la punta del cigarro, volver a dejar el encendedor en la barra y apoyar el codo en la posición original para colaborar en la manutención de la cabeza y dejar que la boca se encargue por sí sola de fumar.

Por la mañana, mientras todo el escenario ha permanecido inmutable —y sonando de fondo *People are strange*, de los Doors—, el Doctor Cop se incorpora, se limpia el bigote pasándose el revés de la mano derecha, se acomoda la placa y el gorrito azul del uniforme y atraviesa con su mirada policíaca el lugar. Sus antenitas de vinil están detectando la presencia del enemigo. Fija sus órbitas furibundas en el deslucido superhéroe al final

de la barra y con paso enérgico llega hasta él y lo encara.

—Papers!— escupe.

—Ies ser— respondo y se me cae el cigarrillo. En seguida le muestro la *Driver License* de Arizona. Recojo el Camel y lo devuelvo a la boca.

—It's fake!

—No, is not— respondo cuidando que el Camel permanezca en su sitio.

—Muy bien míster *Spainal*, follow me.

Yo me levanto a duras penas y, rezongando, lo sigo fuera del lugar.

Había llegado a aquel bar —Club O— atendiendo un llamado de emergencia. La J superhéroe había sido proyectada en el cielo despejado del desierto mientras yo cocinaba un brócoli con jamón y queso y salsa rosada, y Juan veía *Friends* y preparaba el ajedrez y el vino en la sala. Dejé el brócoli en el microondas, avancé Peón 4 Rey para hacer el Pastor, y me puse las botas, los guantes, el antifaz y la capa, y salí corriendo como un bólido hacia el lugar del crimen.

Corrí lo más rápido que pude —porque si esperaba el bus no llegaba nunca (los buses pasan cada hora en punto en el Estado de Arizona)— y como a los cuarenta-y-cinco minu-

tos pisé, exhausto, con dolor de cabeza y bastante alterado porque justo me tocó el paso del maldito tren, el sitio de donde provenía el llamado.

—Sí... Dí... Dígame —interpelo al barman, agitado.

—En qué puedo ayudarle —inquire el hombre.

—Pues a ver... No sé... Un ron con Coca-Cola... ¡Idiota! Usted me ha invocado. Espero que sea grave.

—No sé de qué habla, caballero —me dice el hombre severamente.

—¡Vengo por el llamado! —respondo impaciente en tono de “*Duh!*”

—Ah, veo... —dice. Y no dice nada más.

Lo jalo de la corbata y pegando mi nariz contra la suya le pregunto amenazante que cuál es el motivo de haberme hecho venir hasta aquí cuando me disponía tranquilamente a perder en el ajedrez al calor del brócoli y el Carlo Rossi tinto.

—So... Sorry —dice volteando los ojos—. Es que estaba limpiando y sin querer queriendo accioné la J.

Mierda.

Hace tiempo que no se veía la J en el cielo caliente de Arizona, y ahora que aparece es por culpa del descuido de un barman. Aquí ya no hay más qué inventar. Mi trabajo en Anglosajonia claramente ha terminado. Repatriarse —¡Al fin!—,

es lo que hay que hacer. Y la idea se queda, me gusta, me da vueltas, me apasiona, y me voy, me voy de aquí, ¡ME VOY YA!... Bueno, mañana o pasado.

—Un ron con Coca-Cola —digo—, con pitillo —amplío, y me siento en la barra, a pensar que me vuelvo, que ya la hora del superhéroe fue, y ahora vienen las noticias, los deportes o un Reality.

En esas, veo a dos policías jodiendo a un chicano:

—¿Qué hago con este? —pregunta uno de ellos

—Mátelo, que la muerte no se le niega a nadie —responde el duro.

Y a mí me entra el coraje y el sentido heroico y veo la oportunidad que estaba esperando para justificar mi contratación en los U.S. y me le arrimo al policía y le digo

que oiga, que no sea guache, que no sea descarado, que mire que ey, que vea que ajá y que tal...

que el Star Spangled Banner también lo puede cantar un chicano si es del caso...

...que el país es de todos los que vivan el American Life Style y celebren el Thanks Giving y el Memorial Day y el 4 de Julio y coman en Burger King y digan Dude!...

Y el tipo me mira y chasquea los dedos y entran siete

azules: Se descolgaron por las paredes, uno salió por la rejilla del conducto de ventilación, otros dos surgieron de debajo del tapete, uno más de la máquina expendedora de dulces y el otro de un cuadro colgado en la pared. Me agarraron de golpe y me envolvieron en una tela a rayas rojas y blancas y me dejaron viendo estrellas (alcancé a contar 50 en fondo azul antes de que el cloroformo hiciera efecto). Al rato, al despertar, se me ordenó que me quedara ahí, custodiado, a esperar hasta que ellos decidieran qué hacer conmigo... pero que para que viera que los de La Ley no eran tan estrictos, que me dejaban beber algo (de cuenta mía) mientras tanto.

—Un ron con Coca-Cola —digo—, con pitillo —amplío, y me siento en la barra apoyando los dos codos en el mostrador y fumando Camel en piloto automático. Así espero a que el azul mayor se levante y con sus secuaces miren a ver qué vuelta van a hacer conmigo.

Al fin, por la mañana, se levanta el duro, se limpia el bigote pasándose el revés de la mano derecha, se acomoda la placa y el gorrito azul del uniforme y me dice.

—Papers!

Yo le digo que *ies ser* y se me cae el cigarrillo. *¿Falsa? No hombre, qué tal.* Y el tipo me dice

—Very good señor *Spainal*, sígame.

Yo me levanto a duras penas y, rezongando, lo sigo fuera del lugar.

Una vez *out*, el uniformado empezó con su diatriba: La diatriba típica de los villanos antes de aniquilar al héroe (aunque en este caso él era el héroe, por cuestiones de mercadeo y publicidad).

—*Todos* saben que *nosotros* somos los buenos —empezó a decir sacando pecho y paseándose frente a mí en media luna— y que salvamos al resto del mundo de los ataques infames de los villanos, ya sean marcianos, guerrilleros, científicos locos, terroristas internacionales, boxeadores furiosos, espías rusos, narcotraficantes colombianos, aliens, godzillas, el diablo, o *usted*.

Hasta aquí venía en calma, hablando pausadamente. Pero empezó a acelerarse y los ojos descoloridos empezaron a saltar cuando siguió diciendo

—...Y esta vez, el grandioso guerrero americano, el orgulloso miembro de la *Police*, el OSCURÍSIMO DOCTOR COP... Es decir, *Yo*, ¡libraré al mundo de la amenaza que *Usted* representa! —Exhaló rugiendo y señalándome con su dedo índice blanquísimo y se puso rojo hasta las orejas grandes.

Claro, por superhéroe deslucido y mandado a recoger, pensé.

El Doctor Cop llama por boqui-toqui, *Yeimi Spainal*, number D02697664... *Really? Aha! O.K.*

—Pues sí míster *Spainal*, por robar galletas, colarse en el cine, cocinar gatos, cocinar niños, embaucar *american chicks*, despotricar de nuestra tele... ¿Quiere más?

—No

—Por manejar borracho, escribir mala poesía, comprar *mexican weed* en lugar de la *super chronic* que producimos nosotros

—Pero es más cara— interrumpo

—Pero es mejor— me calla. Prosigue: —... Y por robarse una señal de tránsito...

Y es ahí cuando me delato preguntándole, fuera de quicio, ¡que cómo coño sabe de la señal de *Men Working* que me levanté en la vía pública y que hasta ahora era la Gloria Inmarcesible y el Júbilo Inmortal de la sala de mi casa!

—Y usted qué estaba pensando *míster Spainal*, ¡que para qué le sacamos un *Security Number!* Sabemos lo que hace, lo que dice, adónde va y con quién. Qué compra, cuánto tiene en la cuenta del Bank Of America y escuchamos sus conversaciones por teléfono, cursis, permítame decirle, y francamente improductivas.

—¿Qué más sabe? —digo.

—¡TODO! *We know everything* —dice.

—¿Sabe entonces, Doctor Cop, que me acuesto con su esposa?
—pregunto.

Me lanza entonces un puño de derecha y yo le digo ¡Ey!
La cara no. Entonces lo frena y con un gancho de izquierda me
saca el aire. Después se ríe y dice.

—No tengo esposa, señor *Spainal*. Pensé que sería más astuto
—Saca el revólver y lo carga—. Francamente me ha defrauda-
do. Queda más que demostrado que aquí no necesitamos su-
perhéroes, con nosotros basta y sobra para mantener el orden
¡SALVE LA *POLICE!*

—¡SALVE! —corean los otros, mientras el Doctor Cop le-
vanta el arma y apunta.

—Corra— dice.

Corro.

.....
.....

Llego al apartamento corriendo (igual que como salí),
me como el brócoli, y le digo a Juan que sospecho que mi
tiempo aquí ya fue.

Tocan la puerta.

Abro.

Dos hombres de negro, que se identifican como del
Departamento de Estado (J y K respectivamente), entran y se

sientan en la sala mirando mi señal de *Men Working*. Mierda, pienso.

—Se nos ha notificado que sus servicios ya no serán requeridos— dice K.

—Se lo estamos notificando— dice J.

—Gracias— digo yo.

—Aquí tiene un bono del 50% de descuento para un combo BigMac —dice J, entregándome un sobre.

—El Gobierno de los Estados Unidos le agradece su valiosa colaboración, y le desea un feliz viaje de regreso a Colombia

—dice K—. Mañana.

—¿Mañana? —Pregunto

—Mañana —dice K

—Mañana —dice J

—Mañana —digo yo.

—¿Mañana? —dice Juan

—Mañana —decimos J, K y yo.

**MASIVAS MANIFESTACIONES
EN LAS CALLES DE METRÓPOLIS
Y CIUDAD GÓTICA
EXIGIENDO EL DESPIDO
DEL NUEVO SUPERHÉROE**

Me había ido de superhéroe para la tierra de Marvel y DC. ¿Qué esperanzas? Un superhéroe novato contra los clásicos del cómic.

Pronto entendí que ser superhéroe en un país de superhéroes es perder el tiempo. Por eso volví.

Cuando le conté a la jefe que me iba, descargó el café, se aclaró la voz, puso cara amable y dijo: *Thank God! See ya.*

**PARA ALGUNOS ES UN SIX-PACK,
PARA MÍ ES UN GRUPO DE APOYO**

«Quizá haya enemigos de mis opiniones, pero yo mismo, si espero un rato, puedo ser también enemigo de mis opiniones»

Borges

«Hace algún tiempo, cuando era más chica, pensé que Colombia debía convertirse en el Estado # 51 de los USA, instaurar el dólar, y someterse a la White House, y que eso arreglaría los problemas. Ahora, miro a esa chica con afecto y pienso: qué ingenua, qué insensata. ¡Haber vendido la patria al Tío Sam! ¡Haber cedido la casa a un banco! ¡Haber cambiado la magia de McOndo por el uniforme de McDonald's! Cuánto estaría lamentándolo ahora mismo».

*Lola Calamidades
Memorias*

Jaime Espinal tenía dos trabajos: uno en el circo o “La Oficina”, 1000. dólares al mes, tiempo completo. Otro de *free-lance* en una agencia de relaciones públicas, “Image Quest”, traduciendo artículos de prensa de inglés a español, 50 dólares

la hora cuando resultaba algo. Al momento de salir *pirao* de Arizona, medio desesperado por volver, se le atravesó el Diablo en el desierto y le puso las 3 consabidas tentaciones que se registran en las Sagradas Escrituras:

«El diablo se acercó entonces a Espinal para ponerlo a prueba, y le dijo:

—Si de veras eres tan Macho, ordena a esta piedra que se convierta en pan.

A lo que Espinal contestó:

—No sólo de pan vive el hombre. De vez en cuando también necesita de un trago.

Luego el diablo lo llevó a la ciudad de Phoenix, lo subió al altar de la Saint Anthony Catholic Church, y le dijo:

—Si de veras eres tan Macho, ¡cásate por los papeles!

Espinal respondió:

—El matrimonio difícilmente puede ser una de esas cosas que se hacen de vez en cuando.

—Excepto en Estados Unidos —objetó el diablo.

—Uno debería estar siempre enamorado. Por eso jamás debería casarse —replicó Espinal.

—¡Eso es de Oscar Wilde! —Rugió el diablo.

—Sí, y lo otro era de Woody Allen —contestó Espinal—. Lo demás es mío.

Finalmente el diablo lo levantó, y mostrándole en un momento todo el dinero del mundo, le dijo:

—Yo te daré todo esto si te vinculas del todo a una empresa... ¿Qué tal “Image Quest”? Mira, te sacamos los papeles, te damos lo que es el patrocinio legal, ¡y te quedas trabajando para nosotros por el resto de tu vida!

Espinal contestó:

—No

Dio la vuelta y se fue a Colombia»

Para hacerle frente al tedio del American Life Style, para lidiar con la nostalgia de no estar viviendo esa vida que llevaba en Colombia, para recordar todas esas otras vidas que he vivido y ya no están, para celebrar el haberme librado de la tentación, y para olvidarme de tanta trabajadera, fui al mercado y me compré un six-pack.

—Budweiser— dije

(Seis amigos y yo)

Me compré seis amigos que vienen en un solo paquete, y nos fuimos para la casa a tomar. Nos parchamos en la sala, yo en el sofá y ellos en la mesa. Pronto nos volvimos camaradas inseparables. Éramos íntimos, una relación más cercana que con los amigos gringos:

Una vez en una fiesta me presentaron a un man. Se llamaba Darren. Nos pusimos a hablar de libros y autores y a tomar José Cuervo. Al rato llega otro man. Se llamaba Ryan. Y el tipo con el que yo estaba hablando le dice:

—Oye mira, te presento a mi nuevo mejor amigo, se llama *Jaimi*

Y yo:

—Ah, quiai, what's up

Dije, tratando de acordarme cómo se llamaba el pinche gringo que ya se creía mi *súper pana*.

Apenas zafé de la conversación con mis nuevos amigos, decidí cambiarme al six-pack:

Los amigos del six-pack andan siempre todos juntos, en un carro, y se bajan y cierran las puertas al mismo tiempo y prenden un cigarrillo y caminan uno junto a otro, como La Pandilla del Oeste. Así es mi six-pack colombiano. Pero ahora vivo en USA. Por eso, cuando vuelvo de las fiestas, de conocer a un montón de *amigos*, me siento en la sala y saco una por una las botellas: Fede, Pablo, Diego, El Poncho, Chucho y Yo. El Club de Los Famosos 5.

Fede, Pablo, Diego, El Poncho y Jaime han estado juntos desde que crearon el M.R.I. (Movimiento Revolucionario Ignaciano) en el colegio. La consigna:

**PREFERIMOS UN 7 EN DISCIPLINA
A LLEVAR LA CAMISETA POR DENTRO**

Quedó marcada en todas las mesas de los salones de décimo y once en el Colegio San Ignacio, de curas jesuitas.

En cuanto a Chucho, se sospecha que es un extraterrestre y que tiene un modificador de memoria como los de Men in Black, porque nadie se acuerda de cuándo llegó, ni de cómo fue que se convirtió en el sexto integrante del club.

Ahora bien, apenas llegar a la casa, y una vez las botellas en la mesa, las voy destapando y las dispongo sobre la madera como disponía los muñecos de Superman, Batman, Robin, Flash, el Hombre Araña y Hulk en el tapete de mi pieza hace unos... quince años.

4 de la mañana, después de tres o cuatro six-packs durante la noche, en la sala de la casa, solo, con otro six-pack abierto. Y, como siempre, a mí me toca hacer las voces de todos.

Así:

EL CLUB DE LOS FAMOSOS 5

Somos 6.

Así como Los Tres Mosqueteros eran 4.

JAIME: A la gente le dan unas ganas de venirse a lavar baños a

los *yunais*, que dejan la familia, los amigos, la novia y el perro, y si toca venirse de *mojados*, de *mojados* arrancan

PABLO: Qué es de *mojados*

DIEGO: ¡Por el hueco, Pablo! Por el hu-e-co

CHUCHO: Si yo me voy, a mí que me pongan Mujeres Divinas y Pero Sigo Siendo el Rey para anestesiarme.

PONCHO: Pero ojo Chucho que en la frontera están los *perros*

CUIDADO
PERRO BRAVO

JAIME: Y le toca pasar por el desierto caminando, sin nada y con un hambre y una sed que unos se mueren y otros no pero casi

DIEGO: Y además qué va a hacer allá

CHUCHO: No sé, cualquier cosa

PABLO: Pero acuérdesse que le toca pedir un crédito porque sin crédito allá no es nadie

CHUCHO: Yo sé yo sé

FEDE: Pero si consigues crédito empieza a deber hasta el culo y termina debiendo los dos ojos y el páncreas y un riñón

PONCHO: Y hasta el alma

JAIME: Sí, y mire a ver si vale la pena, porque la verdad es que aquí todos los colombianos se la pasan diciendo *Ay, si yo pudiera volver... pero no puedo...*

CHUCHO: Por qué no

DIEGO: Pues porque uno queda atrapado en ese tren del crédito y el *Social Security*

PABLO: Y encima pensando que no se puede devolver porque qué va a decir la gente

FEDE: ¡Pues qué van a decir! ¡Que qué *looooooser!*

DIEGO: Y cuando se monte en el tren, ¿sabe quién lo saca de ahí?

CHUCHO: Quién

PONCHO: ¡Ni el putas!

FEDE: Sí, eso como que es así.

JAIME: Claro, por eso es que yo ya me abro de acá. Aprovecho que termino contrato en La Oficina y chao que estén bien.

CHUCHO: Pues sí, qué más se va a hacer

JAIME: Y si vieras que en *Image Quest...*

PABLO: *Image* qué

DIEGO: ¡*Image Quest*, Pablo! I-mach-cuest

JAIME: Ajá, la otra agencia en la que trabajaba de *freelance...* Si vieran que allá me dijeron que me quedara trabajando con ellos por tiempo indefinido...

FEDE: Pero pilas que si te pillan te cagás en la visa y eso que-

da registrado creo que en el sistema y después qué problema para volver a entrar a Estados Unidos...

PONCHO: ¡Si es que no lo deportan antes!

JAIME: No, si me dijeron que me sacaban los papeles de trabajo

FEDE: ¿Cómo así, a vos te dijeron que te quedaras trabajando *legalmente*?

JAIME: Sí

PABLO: Pero güevón, ¡así sí aguanta quedarse!

JAIME: Sí pero...

FEDE: Sí marica, ¡por qué no te quedaste!

DIEGO: qué güeva

JAIME: Yo sé, pero...

FEDE: Marica, si eso es lo que quiere todo el mundo, ¡irse a trabajar a Estados Unidos!

PABLO: ¡Y a vos te lo ofrecen y decís que no!

CHUCHO: Si me hubieran dicho a mí...

DIEGO: Ya, ya sabemos, allá estarías

CHUCHO: ¡Obvio!

JAIME: Sí, pero...

FEDE: ¡Cómo dejás pasar esa oportunidad!

JAIME: ¡PERO A VER!, el asunto es que acá, ya para mí, no hay nada más que plata.

PONCHO: Sí pero...

JAIME: Y además la gente que se quiere venir casi siempre es gente que nunca ha vivido acá, y no sabe la diferencia entre comer mierda en el país de uno acompañado por la gente de uno, y comer mierda solo con Mickey Mouse.

DIEGO: Ya, pero...

JAIME: Y no se imaginan qué solos están los que están acá ¡Qué solos con su plata!

PONCHO: Entre esos, vos

JAIME: ¡Ajá!... por eso me abro

FEDE: Pero no seás tan radical, mirá, te quedás 5 años, te quebrás el culo, hacés mucha plata, ¡y luego te devolvés!

JAIME: ¿Sí? ¿Y quién me paga esos 5 años de vida?

PONCHO: Pero es que allá en Estados Unidos pagan mucho mejor que acá

JAIME: Sí pero uno puede escoger entre ganar plata o vivir rico

PABLO: Ve: Primero ganás mucha plata... ¡Y luego vivís muy rico!

JAIME: Puede ser una posibilidad, pero se te olvidó una cosa

PABLO: Qué

DIEGO: ¡El tren, Pablo! El-tren

PABLO: Cuál tren

PONCHO: El del crédito

PABLO: Ah, sí

JAIME: Apuesto a que muchos llegaron aquí pensando que

se venían 5 años, recogían mucha plata y después se devolvían...

DIEGO: Agh, eso casi nunca pasa

JAIME: Cierto. Si toda la gente aquí me dice *¿Tú te devuelves para Colombia? Qué envidia, ojalá yo también pudiera... pero ya no hay caso...*

PONCHO: ¿Añorás mucho?

JAIME: Sí

CHUCHO: ¿Pero estás bien?

JAIME: Sí

PONCHO: ¿Y entonces? ¿Cuál es el problema?

PABLO: Te vas a devolver sólo porque te hacemos falta o qué

DIEGO: ¿Le dio mamitis?

FEDE: ¡Le dio mamitis, le dio mamitis!

JAIME: Agh

CHUCHO: ¿Sí le dio mamitis?

JAIME: ¡Ay Chucho!

CHUCHO: Perdón

JAIME: Lo que pasa es que irse del país siempre es muy bueno.

Uno se va un tiempo, ve un mundo de cosas distintas, aprende otras formas de vivir, crece un montón, abre la mente no saben cuánto, y después se vuelve. Pero quedarse a vivir en Estados Unidos sólo porque pagan más... ni por el putas

PONCHO: Pues... Viéndolo así...

CHUCHO: Pero qué, ¿así es de mal el asunto allá de verdad?

DIEGO: No creo que sea tan malo, es que Jaime es muy exagerado

JAIME: Bueno está bien, tampoco es que acá sea el infierno y allá en Colombia un cielo con música y angelitos.

CHUCHO: ¿Vieron? Yo les dije

JAIME: Y sí, acá en la USA también se puede pasar muy rico y allá en Latina también se sufre y uno pelea con la vida y con el mundo

PONCHO: Hasta con Dios

DIEGO: Con Dios peleará Chucho que es el fundamentalista católico

PABLO: ¡Y vegetariano!

PONCHO: Qué asco

CHUCHO: Al menos no me chupo a las exnovias de mis amigos como otro que yo conozco por aquí...

FEDE: Qué va Chucho, es que no has entendido el concepto: *Swingers, my friend, Swingers.*

CHUCHO: Agh, es que usted es muy perro

FEDE: Perro no... posmoderno

CHUCHO: Sí Federico mijo, esa es la excusa para chuparse a

todas las exnovias, pero ¡ay de que uno se le chupe a la de él!
O qué, quién se ha chupado a La Vampira

(Silencio, todos voltean los ojos para arriba y silban pasitico)

PABLO: Bueno eehhhh... yyy...mmmm... entonces qué, ¿sí te vas a devolver para acá?

JAIME: Definitivamente

CHUCHO: Te vas a perder la oportunidad del sueño americano

JAIME: Cuál, si ya lo soñé todo un año y la verdad, el sueño americano es el sueño tan hijueputa que le da a uno todo el tiempo de tanto trabajar y trabajar y trabajar, y quebrarse el culo

FEDE: Dale, venite, avisás, vos sabés que acá te esperamos

JAIME: Pronto, pronto estaré muriendo a mi vida en Arizona.

CHUCHO: ¿Y no te da duro?

JAIME: La verdad sí, muy duro. Pero tengo que morir a McDonald's para renacer a McOndo. Además, me cansé de escribir sobre Mickey Mouse. Quiero escribir lo que pasa en el país del Sagrado Corazón

PABLO: Para qué, si siempre escribís cosas que no pasaron

PONCHO: Mira Pablo: "Hay quienes ven la realidad tal cual es y se preguntan por qué. Hay quienes la imaginan como

jamás ha sido y se preguntan por qué no”

PABLO: mmmmmmmmm... ¿García Márquez?

PONCHO: No

CHUCHO: ¿Noam Chomsky?

PONCHO: No

FEDE: ¡Mafalda!

PONCHO: Casi, Bernard Shaw

FEDE: Era el que iba a decir enseguida

DIEGO: Sí claro, cómo no

FEDE: En serio

DIEGO: Sí Federico, sí

FEDE: Ah bueno, entonces no pues

DIEGO: ¿Vio? ¿Vio?

CHUCHO: Pero bueno, el caso es que te venís y por ahí de pronto después volvés a esa vida que llevás allá

JAIME: No, ya es imposible. Es como morirse. El que se muere ya no vuelve

CHUCHO: Hay gente que sí

DIEGO: ¡Ay, Chucho!

PABLO: Sí, sí, ya sabemos que leés mucho la Biblia

CHUCHO: No, pero hay otra gente que clínicamente se muere y después vuelve

FEDE: Sí güevón, ¡y ven una luz al final del túnel!

CHUCHO: Ja ja, muy gracioso

JAIME: ¡Ahhh!, qué bien se siente estar juntos

DIEGO: Sí... Pero acordate que no estamos allá, con vos

PONCHO: ¿Sí ve?, ¡pa' qué se va!

JAIME: Ya sé ya sé, pero bueno, al menos mientras tanto tengo el 6-pack

PABLO: Ah sí, eso sí

JAIME: Definitivamente el alcohol es la alegría del mundo

PONCHO: “la alegría del mundo está en la sonrisa de un niño”

JAIME: Sí, de un niño borracho

PABLO: mmmmm... A veces es tan fácil ser feliz...

DIEGO: Ufff, y tan efímero y tan simple como una erección

CHUCHO: ¡Como un gol!

JAIME: Sí, sólo que uno se da cuenta justo una semana antes de irse para siempre del lugar donde vivió un año añorando lo que no tenía

DIEGO: Y después se devuelve y empieza a añorar todo eso que no disfrutó del todo por andar añorando... y todo eso ya no va a estar ahí...

PABLO: Y así sucesivamente...

PONCHO: Tal vez la última impresión es la que cuenta

JAIME: Tal cual, y eso es lo más duro de irse, que cuando uno lleva una vida en otra parte y se va, uno muere a esa vida,

porque aunque volviera a visitar y eso, ya nunca será lo mismo, ya esa vida que llevaba no va a estar ahí.

PONCHO: Siendo así, uno podría entonces asistir al propio funeral

DIEGO: Pues ya ves que sí

FEDE: Déjame masticarlo

JAIME: Está buena esa, hay que organizarlo. ¡Mañana!

PABLO: Eso sí, con mucho alcohol

FEDE: Mucho

DIEGO: Mucho

PONCHO: Mucho

JAIME: Mucho

CHUCHO: Yo ya no tomo

PABLO, PONCHO, DIEGO, JAIME y FEDE: Aaagghhhh,
¡¡¡CHUCHOooooo!!!

(Las botellas están vacías, la suerte está echada, la decisión está tomada, no hay más comentarios. Los personajes desaparecen y quedan sólo los envases en la mesa, las colillas de los Marlboro en un plato con agua que hace las veces de cenicero y Espinal que se retira a la habitación a dormir hasta que sea

hora de levantarse para ir a cine a poner a prueba, una vez más, los Métodos McGiver de Infiltración)

FIN

Así como casi todo el mundo tiene un six-pack, o un tetra-pack, o aunque sea un pack con quien descargar de una semana de trabajo, con quien celebrar cualquier cosa, con quien hablar mierda, con quien estar tirado por ahí sin hacer nada, así uno, en los USA, también consigue un buen grupo de amigos en el *supermarket* más cercano.

Y VOLVER VOLVER VOLVER

«Las calles de Medellín le trajeron, de primerazo, el olor familiar de la calle mojada. En el desierto no llueve y las calles no se mojan, mientras que la humedad de Medellín le moja a uno las axilas tres o cuatro veces por día. A veces una sola vez, que va desde las 8 a.m. hasta las 6 p.m. en jornada continua.»

*Lola Calamidades
Momentos*

Jaime Espinal se despidió del circo “La Oficina”, le dio besos a todos, abrazos a todos, las gracias *pa’ todos*, y aplausos, fin de la función. Luego se despidió de los amigos, pero había que apurarse porque los Hombres de Negro, del Departamento de Estado, habían sido terminantes, y si volvían y descubrían que aún seguía allí sería hombre muerto... o por lo menos seguramente le quitaban la visa. Así que ese mismo viernes imprimió y repartió las *invitations*:

**Te invito a mi funeral
Sábado, 24 de enero
6946 East, 2nd street
Phoenix, AZ 85251**

Organizó una fiesta en la piscina de la unidad: La piscina la vaciaron, la llenaron de cerveza a punta de botellitas de Budweiser, y esparcieron cigarrillos alrededor con una mecha prendida en cada esquina de la *pool*. Los amigos, los amigos de los amigos, los vecinos, y cualquiera que pasara por ahí se quitaban la ropa y en pelota se tiraban a nadar. No había salvavidas ni flotadores. Y la gente tomaba y tomaba hasta que el líquido sólo les llegaba a los tobillos y hubo que traer pitillos para acabar de vaciar la alegría.

Besos para todas

Y alguna que se acerca y dice:

—Te voy a extrañar

—Yo también —responde él.

—¿Mucho?

—Sí

—¿Me escribirás?

—Te escribiré

—¿Seguro?

—Seguro

—¿Cuándo? —ataca ella

—...

—¡Cuándo!

—Eh... Pronto

—¿Seguro?

—Sí

Beso en la boca y chao.

Adiós Arizona. Adiós Tío Sam. Besos para todos y hasta nunca.

American Airlines con escala en Miami. Una noche de copas una noche loca. Nada muy memorable. Excepto por la boca de Adriana Mateus, una vieja amiga de Bogotá que está ilegal. Nada muy memorable en todo caso.

Unos pinches pretzel en el avión. Coca-Cola o tinto, y pare de contar. Las maletas enfriándose en sus compartimientos, los guantes, las botas, el antifaz y la capa enfriándose en las maletas, y yo despidiéndome ¿Para siempre? De Arizona.

VERDE

“Cuentan que Ulises, harto de prodigios,
Lloró de amor al divisar su Itaca
verde y humilde...”

Jorge Luis Borges.

Cuando volvió a su ciudad natal, los reporteros esperaban al superhéroe en trusa con capa y antifaz para hacerle entrevistas. Pero seamos serios, seamos realistas, todos sabemos, con certeza, que los superhéroes no van por la calle en ropa de trabajo. Que una vez cumplida su misión abandonan el lugar de los hechos y ocultan su súper traje bajo las medias, la bufanda, los piercings, los jeans rotos y unas gafas como las de Clark Kent. No hay declaraciones a la prensa ni autógrafos ni reportajes. Su paradero queda oculto bajo la mascarada y es el otro quien baja del avión directo a besar a su chica, abrazar a su familia y tomarse un trago con los amigos en el bar, así, como si nada, como si no hubiera arriesgado su vida escasas

horas antes combatiendo el crimen, destruyendo un meteorito que se proyectaba a velocidades extraordinarias directo a la tierra, rescatando a los pasajeros del subterráneo durante el terremoto, deteniendo al bandido más temible del continente, evitando la consumación del asalto más espectacular del siglo y escapando, una vez más, de su archienemigo, el Oscurísimo Doctor Cop, quien amenazaba con cancelarle la visa si no salía del país en el tiempo estipulado.

No obstante, una semana después, Espinal (no como superhéroe sino como él mismo) fue localizado por los medios y llamado al podio en el Estadio Atanasio Girardot, en la tarde de un domingo de clásico, como resultado de una rifa en la que se inscribió esperando ganar casa-carro-o-beca. Pero esos tres premios ya habían sido entregados —según el ministro de cultura, vaya uno a saber— y Espinal, por haber salido favorecido en cuarto lugar, tuvo aquel día el honor de representar a los dos millones restantes de ciudadanos que no ganaron en la rifa. A nombre de todos ellos, y como símbolo encarnado del ciudadano corriente, le entregaron las llaves de la ciudad [no podía faltar] y un cheque con una ínfima suma simbólica que de inmediato donó a una institución de caridad [como era de esperarse]. Acto seguido sonó el himno nacional de la

República de Colombia, luego el himno de Antioquia y Espinal dio el puntapié inicial del partido de fútbol, envuelto en la bandera verde de su equipo del alma, listo para volar.

CULTURA METRO

En Medellín pasa algo muy particular. Algo que no pasa en ninguna ciudad del mundo. Los medellinenses rara vez se percatan, pero eso siempre pasa cuando uno ha vivido toda la vida en un mismo lugar. Contrario a Washington, a Nueva York, a París, a Tokio, a Buenos Aires, y a cualquier otra capital, en donde la gente se sube al metro y busca la banca desocupada para sentarse, en Medellín el que entra al vagón busca inmediatamente la banca en que haya otro pasajero y rápido y feliz se dirige a hacerle compañía, pues los medellinenses sienten profunda compasión y tristeza por quien no haya alcanzado pareja y tenga que viajar solo. Por fortuna, estos depresivos sentimientos se disipan tan pronto como otro pasajero se sube y aquella soledad ajena se despeja.

Se forman así curiosas y a veces disímiles parejas en las que nacen todo tipo de relaciones. A veces se riñen por sus equipos de fútbol y se apuñalan el uno al otro ensuciando

las verdes bancas que serán lavadas por las empleadas de la limpieza. Otras veces hablan en diferentes dialectos y no se entienden. Cuando esto ocurre se deja de lado el intento verbal y abren paso al beso. En ocasiones, las parejas formadas en el metro encajan tan bien que se convierten, por ejemplo, en mamá e hijo, y abandonan cada uno a sus respectivos. Los respectivos entonces procuran sustituirlos, pero algunos no se resignan, y hasta protestan y llegan incluso a llamar a la policía. Sin embargo, este método resulta particularmente ineficaz, pues suele ocurrir que los uniformados agentes entren a la estación siguiendo el rastro, se suban a un vagón y sufran de pena y compasión por algún pasajero solitario, y al salir hayan cambiado de profesión o de domicilio, y entonces el caso queda abierto.

Pero no siempre ocurre así. Muchos pasajeros llevan años y años montando en metro, sosteniendo animadas conversaciones, discusiones prolíficas, disputas dudosas, y hasta flirteos triple X, tras los cuales se bajan como si nada y siguen su camino derecho a hacer transferencia en la parada del bus. Y el bus... el bus es otra cosa.

Cuando Jaime Espinal llegó a Medellín y se subió al metro, un bebé, quien por supuesto sintió compasión y pena por él al verlo solo en la banca, corrió a sentársele al lado. Más

que correr, gateó, o ambas cosas, intercaladas siempre que se pisaba el babero más largo que él mismo y se iba de bruces contra el suelo del vagón. Como iba ataviado de verde [y en Medellín se acostumbra el rosado para las minúsculas damas y el azul para los varoncitos] Espinal no pudo reconocer su sexo, por lo que decidió que fuera simplemente Bebé. No un o una bebé. Solamente Bebé. A secas. Es fácil suponer que entablar comunicación con un bebé es un asunto sumamente complejo. Quien haya supuesto así, tiene toda la razón. Jaime Espinal no supo qué decir, de manera que decidió esperar a que Bebé se lanzara primero [de alguna manera era responsabilidad de Bebé más que suya, pues fue aquél quien se arrimó dando tumbos y se trepó a su lado]. Finalmente, Bebé habló... O emitió una especie de gorgorito que acompañó con un grueso hilo de baba que rodó desde la comisura de su boquita hasta el babero verde y larguísimo. Confundido, y temeroso de parecerle estúpido a su interlocutor si usaba el tradicional “cuchi-cuchi”, Espinal lo miró por un rato con fijeza, con gravedad, con las cejas un poco contraídas hacia el centro hasta que le soltó, franco y directo:

—Mierda, no te entiendo.

Al otro pareció causarle gracia. Soltó una carcajada a todo dar abriendo más allá del límite su boca diminuta, y Espinal se

preguntó si el pequeño podría volver a cerrar las dilatadísimas bisagras de su mandíbula.

Al final no supo si lo que le causó gracia a Bebé fue la palabra mierda o que él no hubiera entendido lo que trató de decirle, y para salir de dudas repitió:

—Mierda

Esta vez, Bebé no se rió.

Entraron entonces los dos en un silencio incomodísimo al que ninguno estaba acostumbrado. Bebé empezó a mirar para el techo y Espinal a tamborilear en la pierna con cuatro dedos emulando el sonido de caballo a galope. Escudriñar en el pensamiento de un bebé puede enloquecer a cualquiera, de modo que de él sólo afirmamos que miraba para el techo en posición autista como si estuviera concibiendo un asesinato, una violación o tomarse el mundo. Espinal, en tanto, buscaba desesperadamente un tema cualquiera para ponerle conversación y sacarlo de una vez de ese ensimismamiento sicótico en el que entró de súbito luego de la palabra *mierda*. Pero el bloqueo fue total. Las estaciones se sucedían y ni un tema se le antojaba suficiente para romper el hielo. Ni un tema, ni una palabra, ni una onomatopeya siquiera. Con los nervios encrespados y lleno de estrés, al pobre hombre le empezaron a sonar los dientes, se mordió la lengua y casi vomita, mientras

el otro continuaba mirando al techo en una indiferencia abrumadora.

No se sabe si el bebé se aburrió de él o si tendría que hacer transferencia a la línea B o si tenía que ir a hacer una vuelta al centro, pero el caso es que en San Antonio se tiró de la silla y sin despedirse salió a gatas por entre las puertas eléctricas y se perdió en un bosque de piernas con zapatos. Entonces Espinal respiró, se relajó, se compuso, incluso sonrió, y siguió hasta Exposiciones en donde se bajó y cogió un bus... pero ya se sabe que el bus es otra cosa.

CHAT 3



CHAT

María José: <maria_jose_tafur@hotmail.com>

Jaime Espinal: <lajaiba@hotmail.com>

Nunca revele sus contraseñas o números de tarjetas de crédito en una conversación de mensajes instantáneos.

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Me piensa???, ¿me quiere???, ¿quiere quererme???,
¿quiere que lo quiera??? Usted...

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Mi cuaderno le dice tantas cosas... que a veces pienso que mi cuaderno es el de adentro del pecho y el corazón es el rayado, cuadrado, repleto de palabras para usted

La Niña de los ojos de la luna dice:

Sabe que las palabras jamás habían tenido tanta importancia para mí como ahora...

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sabe que la poesía nunca había sido tan clara para mí como ahora...

La Niña de los ojos de la luna dice:

Ojalá estuviera junto a usted para poder disfrutar de sus silencios

Pero...

Me da miedo quedarme como Penélope

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¡Pero si Ulises lo sortea TODO para volver!!!

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Será que me estoy enamorando de una idea?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Y de qué más se enamora uno entonces sino de una idea?

La Niña de los ojos de la luna dice:

No sé

Ni siquiera sé

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No me importa si es de una idea, de un papayo o de un café. No me importa lo que sea, pero eso sí, enamórese.

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Y yo lo puedo enamorar?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Usted cree que puede enamorarme?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Creo que lo puedo dejar en coma. Yo creo que uno se puede morir de amor

¿Sabe?

No sé ni siquiera si resistiría pensar que hace algo más que extrañarme

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Qué más voy a hacer

El otro día estaba pensando en que debería hacer algo más... Pero no se me ocurrió qué

La Niña de los ojos de la luna dice:

Qué lindo.

...

Me tengo que ir

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Detesto esta parte

La Niña de los ojos de la luna dice:

Entonces pongamos una cita

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sería como domesticarme, como al zorro. “Si vienes a las cuatro, yo empezaré a esperarte desde las tres... Y mientras se va acercando la hora, mi corazón empezará a acelerarse y a latir más fuerte...”

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Quieres que te domestique?

Yo quiero ser tu rosa

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Dale, la única

La Niña de los ojos de la luna dice:

Dale. Ahora sí me voy... ¿Me despega de la silla?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Se despide porfa?

El Caballero de Pelo Ensortijado dice:

Nunca aprendí a despedirme de vos

La Niña de los ojos de la luna dice:

Sólo dígame algo

El Caballero de Pelo Ensortijado dice:

Mi niña

Yo no se despedirme de vos

Sé esconderme con vos, sé sonreír por vos, sé esperar y
dejar de esperar

Pero despedirme no

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Y entonces?

El Caballero de Pelo Ensortijado dice:

Es así:

Yo me quedo en la banca para dos, comiéndome la mitad

de la chocolatina para dos
Mirando a la ventana
Vos cerrás la cortina y los ojos
¡Y te quedás sin chocolatina!

La Niña de los ojos de la luna dice:

¡Ay!, oiga, a propósito, yo le iba a preguntar una cosa:
¿Todos los que escriben tienen un tema que tocan en sus
escritos hasta sin darse cuenta?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Podría ocurrir, no lo sé.
“Todos los que escriben” no existe
¿Por qué me lo pregunta?

La Niña de los ojos de la luna dice:

Porque quiero saber cuál es el suyo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Existe una forma de averiguarlo:
Escuchar un capítulo de esta novela, cada noche antes
de dormir.
O cada mañana al despertar.
Pero sin afán
Y tanto en la noche como en la mañana ha de ser
después del amor, por cosas de urgencia

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Del amor?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Del amor

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Hacer el amor?
¿Hablar del amor?
¿Creer en el amor?
¿Amar el amor?
¿Amor?
¿Mor?
¿Or?
¿R?
¿?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Todas las anteriores

La Niña de los ojos de la luna dice:

Veo

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Sabes? Ahora que ya estoy en Medellín...

La Niña de los ojos de la luna dice:

¡¿QUE QUÉ????!!! Espérese ¿Ya volvió? ¿Ya llegó a Medellín? ¿Ya no está en Arizona??? ¿Ya está en Colombia???

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Yesssssss!!! Ya llegué y...

La Niña de los ojos de la luna dice:

¡No puede ser!!! ¿Me está hablando en serio???

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sí corazón, y ahora sí voy a poder ir a Bogotá a verte

todo el tiempo, cada fin de semana, tomaría un bus el jueves por la noche y me volvería el domingo, también por la noche, y así cada semana para poder contarte los lunares, para poder susurrarte a Bécquer detrás del cuello, para...

La Niña de los ojos de la luna dice:

Tengo muchas cosas que contarle.
Unas buenas y otras no tanto.
Pero muchas.

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Tengo muchas cosas que escucharte contarme

La Niña de los ojos de la luna dice:

Vea
Me fui del todo a vivir en el monte
Estoy en una casa en la mitad del bosque
Tengo teléfono, aunque la verdad prefiero desconectarlo
Muchas mariposas,
Y un río...
Pero no estoy sola

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Ajá

La Niña de los ojos de la luna dice:

Le cuento que mi vida ha dado unos vuelcos muy grandes, y parece que no termina de girar:
Empecé a grabar la novela nueva hace dos días
Tengo casa nueva
Y una nueva compañía en mi vida

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Tiene un perro nuevo?

La Niña de los ojos de la luna dice:

No ¿Por?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

No sé

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Por???

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Por nada.

Es cierto, suena como a un montón de vuelcos

La Niña de los ojos de la luna dice:

Sí, ¿cierto?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Ajá

La Niña de los ojos de la luna dice:

Pero estoy muy bien

El Caballero de pelo ensortijado dice:

¿Ah sí?

Ah, qué bueno

La Niña de los ojos de la luna dice:

Y tú, ¿qué me cuentas?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Nada

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Nada?

El Caballero de pelo ensortijado dice:

Sí. Nada

La Niña de los ojos de la luna dice:

¿Qué pasa?

Lo siento muy extraño.

¿Qué le pasa??

¿Está bien???

¡STOP!

¡STOP! ¡STOP! ¡STOP!

¡Qué es esto! ¡Qué clase de preguntas son esas! Qué clase de persona preguntaría

«¿Qué te pasa? Oye, te siento como raro, te acabo de decir que lo nuestro se fue al carajo, que muy rico que por fin hayas vuelto de tan lejos pero lástima que ya estoy saliendo con otro tipo aunque se supone que yo te estaba esperando... pero no entiendo por qué te pones así. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?»

¡Por Dios, que hace falta agua por sangre, un marca-pasos en lugar de corazón y una piel de plástico para preguntar eso!

¡STOP!



EX-CYBER-LOVERS



EX-CYBER-LOVERS

No hay nostalgia peor
Que añorar lo que nunca jamás sucedió

Joaquín Sabina

Aquí se corta la historia de amor abruptamente. Le mandé muchas cartas, muchos e-mails, la llamé por teléfono todos los días, pero ella se perdió. No contestó mensajes No devolvió llamadas No respondió el teléfono. ¿Qué más podía hacerse después de eso? Llamar a las amigas [las de ella], llamar a la mamá, a la hermanita, y todas decían que iban a intentar localizarla Que iban a ver qué podían hacer por lo nuestro Que le iban a dar mis mensajes Que no me preocupara Que no me fuera a aparecer por allá Que esperara Que todo iba a salir bien.

Pero no fue así.

Y aunque yo ya estaba en Medellín, aún estábamos tan lejos...

No tanto por los 450 kilómetros, ni por las 9 horas en bus, ni por tener que atravesar la Cordillera de los Andes teniendo que pasar por Honda, la sucursal del Infierno en la tierra, donde hace tanto calor que el mismo Diablo dejó de frecuentarla. No tanto por todo eso, sino porque a un amor construido solamente de palabras lo puede derrumbar una mirada, la mirada de otro. A un amor de palabras lo suplanta una presencia. Entonces, yo, desperté el amor en ella, con poesía, con cartas, con palabras de amor sutiles, o avezadas, con pintando ilusiones en el imaginario de su vida plana. Yo le desperté el amor... Y otro lo aprovechó.



Fue un amor cortado Un amor que nunca ocurrió Un amor de Chat Un amor sin consumir Un amor sin vivirlo Un amor ilusorio por computador. Ella era una pantalla y yo un teclado. Por eso se acabó. Una historia sin sexo no cautiva. Un romance sin sexo no perdura. No hubo contacto físico que hiciera que sintiéramos que no podríamos despegarnos nunca más.



Cómo duele el amor.

Cuando estás solo te paseas por la vida pensando en qué vas a comer, qué película quieres ir a ver en cine, cuánto cuestan los zapatos más lindos, si esta noche vas a tomar tequila o ron, o si sales con los amigos o con alguna nena que de pronto te lo dé hoy mismo si aplicas la estrategia adecuada. Pero te enamoras y la vida cambia y se te ponen los ojos color rosa, y ella es perfecta y no existe nadie más. Todas las mujeres de la Tierra se han ido para Marte. Todas han dejado de existir y por tus ojos no se vuelve a cruzar ni siquiera aquel amor platónico por el que te levantabas todos los días a las 6 de la mañana sólo para verla pasar haciendo ejercicio.

Pero ahora, me cago en el amor.

Cómo creer en el amor al sentir desastillarse el alma. Cómo dejar de llorar si la única que puede hacerte dejar de llorar es precisamente la que te hace derramarte desde adentro. La tristeza te acoge, te soba la cabeza, te recuesta en sus piernas, te acostumbras a ella y es tan difícil zafar de su presencia.

Me recuesto en la tristeza y me hundo en el ron con coca o en el vodka tonic, me encierro en la seguridad de mi habitación. Sólo salgo para comer una vez al día y para aprovisionarme de más alcohol y cigarrillos. Quiero fumarme el amor

y que se vaya por la ventana en volutas azules hasta eliminar por completo todo rastro de amor en mi memoria. Pero fumarse todo el amor produce heridas, me deja en carne viva la garganta y los dedos se me tuercen adoptando la forma de agarrar el rollito de humo comprimido. Entonces me lavo las heridas con alcohol. Y el alcohol baja por la garganta, limpiándola de alquitrán, y se instala en los pulmones y sólo respiro marcas de garrafas.

*

Hace tiempo que dejé de pensar. Ya ni siquiera me importa mucho lo que pasó, y aún menos lo que pudo pasar y no pasó. Ya queda muy poca conciencia como para que duela el desamor, como para que arda.

La habitación está muy turbia, los ojos muy cansados de llover, la nariz harta de verter, la boca hastiada de tragar.

Duermo

Mucho

Un día Despierto y tengo hambre.

Salgo a la cocina, abro la nevera, caliento un pan Per-man en el microondas, le echo mantequilla, mermelada y me lo como despacio y sin afán. Miro afuera y hace lindo. Me dan ganas de salir a caminar por ahí. Me pongo los zapatos, cierro

la puerta y bajando las escalas recuerdo una canción de Fito Páez:

*Hoy paré con la botella
Tú no sabes lo difícil que es zafarse de ella
Ella tiene el par de piernas más largas que vieras
Y hace que tu corazón parezca que aún siguiera*

Entonces Canto.



Mucho tiempo después Espinal hizo un libro con todas las conversaciones entre ellos dos. Lo llamó La Memoria de Wendy, porque esa mujer un día quiso crecer y dejar el amor que nació entre ella y Peter Pan.

Lo editó, lo publicó, y se lo regaló
el día en que ella se casó
con el otro.



CHINO LA CURA

Para olvidarla un poco me metí a clases de Kung-Fu, de Qi-Gong, de Feng-Shui y de Chop-Suei. Y un día, en plena meditación trascendental, vino a mí, como una revelación, la solución al desamor. La cura al despecho. El método para sacarse a una persona del corazón y volver a ser feliz. Bendije al cielo y aún hoy, cada día al despertarme, vuelvo a dar gracias por haber encontrado la forma de olvidar, para siempre, un amor.

Y ahora lo transmito porque siento que no me pertenece, que todos los que pasamos por ahí merecemos levantar cabeza y olvidar la pena tan grande que acongoja cuando el amor nos echa.

Como la revelación me vino en chino, y como temo que pierda su fuerza y su significación en los vericuetos del

translation, la transcribo tal cual me fue revelada durante aquella tarde calurosa en el Parque de los Pies Descalzos:

对于不够的爱，在其他的接触中寻找相遇。

夫妻生活是两个相似的寂寞的结合

一个没有性的爱终就会干涸

最保险的爱是告别。

**PARA EVITAR
LOS DAÑOS MENCIONADOS**



PARA EVITAR LOS DAÑOS MENCIONADOS I

Con frecuencia Espinal se sienta en un murito a trasbocar Bukowski. O a cantar guabinas cuando le entra el patriotismo. O a flirtear con mujeres en un rango de 14 a 49 años de edad, a las que intenta seducir con versos que se sabe de memoria de poemas de Bécquer, o de Silva, o de él mismo, que escribió alguna vez bajo el ridículo seudónimo de Rodrigo Samuels. Pero los días soleados en Medellín, lee un librito de poemas de un amigo. El amigo se llama Jorge Rave y publicó un librito hace ya tanto tiempo, que a veces el mismo Rave se pregunta si en verdad fue él quien publicó el librito o si es que acaso existe (o existía o existió) otro Rave con igual nombre y el mismo pelo indio y la misma voz de huracán que no se escucha en sus poemas, excepto cuando es él quien los lee borracho y se caga de la risa antes de vomitar el vodka. Espinal lo compra cada vez que entra a una librería, lo lee con ese apego con que se lee a un amigo, y después regala el librito con afecto, o lo

deja en la banca de un parque reposando para que alguien lo encuentre y al abrirlo tal vez escuche el huracán que es Rave.

Hace poco lo hice, volví a dejar el librito en un lugar estratégico: esta vez fue en un carrito de supermercado. Pero no lo tiré ahí nomás. Luego de tomarlo con dulzura escribí unas palabras en la contraportada y lo deposité en el carrito. Siempre que hago esto me voy. Pienso que no he de violar la intimidad que se establece entre el librito y la emoción de quien lo descubre y lo abre y lo lee y lo escucha en huracán. Porque uno sabe cuando está siendo observado. O si uno no lo sabe, al menos lo siente, o acaso lo presiente. Incluso puede ser que no se tenga conciencia de presentirlo, pero uno actúa raro (a casi todos nos ha pasado), uno posa para la cámara oculta por si acaso, da pasos más grandes y menos naturales y se establece una relación de tres: el objeto, el descubridor y el espía.

Ocurrió que una chica, de unos veinticinco o veintisiete, en cualquier caso no más de treinta, tomó desprevenidamente el carrito y evolucionó en los corredores del supermercado echando cuanta bobada encontraba en aquel carromato que pronto estuvo totalmente lleno. Al llegar a la caja, y luego de poner todas las chucherías en la banda negra de caucho, lista para pagar, halló al fin el librito de suave pasta beige. Yo

estaba haciendo fila detrás de ella con un jabón Prótex y un desodorante Rexona en la mano, porque esta vez, y en contra de mis preceptos, decidí quedarme a esperar la evolución de los acontecimientos. La primera reacción de la chica al tomar el libro fue totalmente descuidada: lo levantó como una más de las cosas que echó en el carro y lo depositó en la banda de caucho negro para que la cajera lo registrara. La cajera, al notar el librito, se lo alarga a la muchacha.

—Mire, esto es suyo.

—No, no es mío— dice ella, devolviéndoselo a la cajera.

—Si no es suyo, de quién es entonces— pregunta la cajera.

—No lo sé, y tampoco me interesa— responde la muchacha con cara de afán.

—Entonces ¿qué hago con él?— vuelve a preguntar la cajera.

—Haga lo que le dé la gana— responde la muchacha alargando la tarjeta de crédito Mastercard Platino y mirando para otro lado.

La cajera lo guarda junto a su bolso personal y sigue trabajando como si nada.

¡Mierda! —pienso. Y yo que lo tenía todo dispuesto para seguir a la chica que habría de quedarse el librito. Cambio de planes. Ahora me siento en una banca a la salida del supermercado, compro un Chococono y me lo como. Cuando

van dando las 9 de la noche, me pongo a atisbar a la cajera y al fin veo que coge el bolso y el librito, alza las cejas, duda entre dejarlo allí o llevarlo, duda más, lo abre, vuelve a dudar, lee la dedicatoria y ahí es cuando decide echarlo en el bolso y salir.

Espinal tomó taxi, *sigas ese auto*, y de inmediato se emprendió la severa persecución del Circular Sur 302, en la que Espinal no perdió de vista las bajadas y subidas de los pasajeros. Al fin, ya por el centro, en la Oriental con Ayacucho, vio a la cajera saltar del bus insultando al chofer que arrancaba antes de que ella pisara tierra. Después cogió Ayacucho al norte, hacia Buenos Aires. Así que nuestro espía pagó la carrera, se bajó del taxi y al amparo de la noche, de la romería del centro y de los pálidos bombillos amarillos que alumbran Ayacucho, siguió a la cajera calle arriba... Tan arriba, que empezó a hacer frío.

Dos cuadras después de la iglesia de Nuestra Señora de los Buenos Aires, la cajera dobló a la izquierda y al llegar a la casa de rejas blancas, número 1 – 58, sobre la acera derecha, sacó del bolso unas llaves y entró. Jaime Espinal se paró entonces frente a la reja, cruzó los brazos por el frío, y se quedó sin nada que hacer.

PARA EVITAR LOS DAÑOS MENCIONADOS II

De pronto, vio encenderse la luz de la sala. La casualidad lo había salvado de irse a su casa congelado y maldiciendo, pues justo cuando giraba en sus zapatos para arrancar cuesta abajo, la mujer decidió darle el gusto de dejarse ver en la ventana leyendo un libro. Un librito. El espía lo reconoció enseguida. Era, sin duda, el librito de Rave: Para Evitar Los Daños Mencionados. “El corazón le dio un brinco” habría dicho cualquier Paulo Coelho si tuviera que describir a aquel espía en aquel momento en ese lugar.

Espinal saca unos binóculos —¿Que de dónde sacó Espinal unos binóculos que antes no tenía? Pues los sacó de allí mismo de donde Bugs Bunny saca sus zanahorias, de donde el presidente gringo sacaría un amigo, de donde una madre pobre saca comida para quince hijos, y de donde cualquier colombiano saca plata pa'l trago, aunque no haya ni para pagar los servicios—, y con los binóculos logra establecer que la cajera

lee cuidadosamente la leyenda que copió antes de soltarlo en el carrito:

«Querido/a descubridor/a de este libro:

Todos los que hemos tenido este libro antes que usted esperamos que se sorprenda ahora mismo. Ahora que posiblemente ha sonreído [suponiendo que es usted gracioso y no paranoico], le daremos las instrucciones necesarias para que continúe esta misteriosa cadena literaria (¡Cómo empuja el ánimo el término “misterioso”!, ¿no es cierto?):

- Tome el libro ¡y lléveselo! Por ahora es suyo.
- Llévelo encima todo el tiempo, con usted, en el bolso, en la mochila, en el maletín... Pero no lo archive en su biblioteca personal “para después cuando tenga tiempo”, que se le empolva.
- Escriba un e-mail a todas las direcciones de correo electrónico anotadas en la lista, y cuéntenos que usted ha encontrado el libro, en dónde y cómo.
- Anote su correo electrónico en la lista de direcciones
- Lea el libro con soltura
- Subraye lo que le guste (o lo que no le guste); haga anotaciones al margen; intervéngalo como mejor se le antoje.
- Cuando sienta que es momento, déjelo por ahí, en algún

lugar estratégico (algunas ideas: banca de un parque, carrito de supermercado, salón de clases, asiento de un bus, silla E5 de un cine, hall de un teatro, trompa de un carro, en fin, ya a usted se le ocurrirá algo), para que un nuevo descubridor siga la cadena.

- (Trate de no retener el libro mucho tiempo... la intención es que dé la vuelta al mundo en 80 días)
- Si le queda gustando y sigue antojado, inicie su propia cadena con algún libro suyo que ya haya leído.

Hasta pronto,

Atentamente,

Los que lo leímos antes que usted»

La mujer se sonrió cuando el texto así lo propuso, y Espinal respiró aliviado porque todo iba bien. Una hora más tarde, ella terminaba de leer todo el librito de Rave y, por consiguiente, de enamorarse perdidamente de él. Con cada poemita se fue dejando conquistar, un poquito, un poquito más, y el acaramelamiento con que pasaba las páginas iba empegotando el librito, hasta que al final quedó hecho un dulce, y ella le pasó la lengua por encima, seducida hasta el fondo por la humedad que le producían los versos de Ravito:

“Sé que mi vida se jugará su vida secreta
Manteniendo el equilibrio en una sola pata...”

O

“Te amo. STOP”

O

“Se me ha planteado dibujar el fuego con palabras...”

En este punto la mujer cierra el libro de golpe y se queda ensimismada mirando al techo y yo me quedo enmimismado preguntándome por qué ella se habrá quedado ensimismada.

La mujer se ha emocionado de golpe. Ella siempre pensó en eso, siempre había querido poder describir el fuego con palabras, le parecía tan profundo, tan misterioso. Y por fin alguien le había descifrado el pensamiento. Y ella que creía ser la única en el mundo que se atormentaba con esa idea imposible. Ella que pensaba que nadie la hubiera entendido de haberse atrevido a revelar su secreto enigma. Ella, que casi había perdido la esperanza en la humanidad, acababa de encontrar por fin a alguien (¡Y era un hombre!) que la entendía y que sufría como ella...

—Debido a que yo estaba fuera de la casa, parado en la acera acechando con mis binoculares y sin acceso al pensamiento inescrutable de la cajera, lo que de ella se sabe y se relata en estas páginas, lo averiguó el narrador omnisciente que afortunadamente contratamos para enterarnos de la otra mitad de esta historia—

... Y en el verso final de “La mujer en el espejo” sintió que, sin ninguna duda, Rave se había dirigido expresamente a ella (aunque ella no se llamara Raquel, y aunque hubiera vivido toda su vida en Buenos Aires, un barrio arriba del centro, en Medellín):

“Pensándolo bien, querida Raquel, no poder distinguir
Entre amigos y enemigos, Torcuatos y Berlines,
Marcelas y Marielas, maricas y morenas, no es motivo
Para decirte que te vayas. Algún día estaremos juntos
En La Habana. Por lo pronto, quédate en Madrid”.

PARA EVITAR LOS DAÑOS MENCIONADOS III

A la cajera, obsesionada y húmida por Rave, le dio por empezar a escribir los poemas en los baños públicos de damas Los rayó detrás de la puerta de todos los baños en que entró a orinar Los dibujó en todas las bancas de los buses urbanos Los grabó con una punta en el metal de las puertas de metal de todos los garajes de Medellín Los graffitó en todos los muros blancos de la city Los recitó en las iglesias Los desgañitó gritándose en los parques públicos Y hasta los distribuyó en volantes en todos los semáforos del centro. Y fue tal el efecto que surtieron los versos de Rave, que el éxito no se hizo esperar y pronto se creó un club de fans con presidenta, vicepresidenta, secretaria, registro sanitario, personería jurídica, representante legal y oficina privada.

Semanalmente, el club organizaba una lectura del librito en la voz de una cantante de rock, de un locutor radial, de una actriz de novelas de las 12m, de un solista vallenato, de una

monja extranjera o hasta de un futbolista profesional. Al principio en un café de la ciudad, o en un bar, luego en un teatro o en una plazoleta, después en el Centro de Convenciones de Medellín y al final lo hacían en el Estadio, por lo que los equipos de fútbol tenían que separar la cancha con anticipación para poder cumplir con los partidos de la Copa Mustang. Rave era, por supuesto, invitado de honor, y le reservaban los encantos de la comida, y de la comida después de la comida. A menudo le llegaban a la casa paquetes con prendas íntimas femeninas, negras o rojas, acompañadas de notas de todo tipo. Unas veces era un calzón de encajes con una carta atrevida que lo deseaba hasta la muerte. Otras, un sostén perfumado con un verso romántico y a la vez tétrico de Alejandra Pizarnik. Más tarde, un mensaje en clave para que asistiera a una cita a ciegas. Luego, una prueba de embarazo sin usar y una súplica: “Hazme un hijo”. Después, un salón completo de niñas de colegio le envió la colección de toallas higiénicas con su primera menstruación. En seguida, una transcripción, hecha a mano, de Las Edades de Lulú, y con ésta, una foto en pelota de la misma Almudena Grandes, firmada por ella. Y así toda suerte de artificios para lograr salir con él y pedirle que recitara en persona sus versos, por favor, di que sí.

Una vez, a Rave le llegó una invitación para asistir a

una boda en la Iglesia de Santa María de los Ángeles. Por no ser descortés (Rave sufre de fobia a la descortesía y a la falta de modales), decidió asistir. Al pisar en la iglesia, un magnífico aplauso lo aturdió. Una pajecita lo tomó de la mano y lo arrastró hasta su puesto: ¡Justo en frente del altar mayor! ¡De cara al cura! ¡Junto a la novia! En medio de su terrible confusión, se giró a ver si entre los asistentes encontraba a algún conocido que pudiera explicarle su ácida situación.

Y —¡Oh por Dios!— exclamación muy acorde con el lugar y el momento —¡Pero si todas son mujeres!—.

Más aturrido que antes, Rave escuchó la orden.

—Atención

Y se dio vio vuelta para encontrarse con los ojos inexpressivos del cura.

—Listos para comenzar —anuncia el sacerdote por el micrófono y Rave, aterrado, levanta la manito y dice.

—Un momento.

— Nada de momentos a estas alturas, joven —ordena drásticamente el cura—, que ya no es hora de andar titubeando —y alza los brazos para elevar la oración.

—Pero... —intenta sacudirse Rave.

—No señor, las cosas son así, y punto —lo corta el clérigo.

—Usted no entiende —suplica Rave en un intento por explicar (y explicarse) el asunto. Pero el padre ya había entonado el canto de entrada de la página uno del Misal para el Nuevo Milenio, y esa mezcla desesperada de rock con vallenato y popurrí de letras de esperanza que fomentan las nuevas tendencias clericales para evitar que los feligreses huyan aturridos por el aburrimiento del tradicional sonsonete del cura, acabó por desconcertarlo aún más casi dejándolo en el límite de la catalepsia.

En ese instante, sintió que su mano era asida fuertemente, como para no soltarle hasta que la muerte los separe, y de reojo vio con terror a la mujer de al lado, vestida de novia, sonriéndole exagerada y soplándole un beso con lengua.

Jamás la había visto antes... Y tampoco quería volver a verla después de esto.

Todo lo que Rave espera ahora es el momento en que el cura va a decir

“... Y si alguien sabe de algún impedimento para la consumación de este matrimonio, que hable ahora o calle para siempre”.

Pero el tiempo pasa, y el cura nada que lo dice, y cuando Rave se quiere dar cuenta, ya le están preguntando que si él acepta a... a... ¡Diablos, no escuchó el nombre!, en fin, a esa

mujer de al lado, por esposa ¡Por esposa! ¡¡¡Por Esposa!!! Bum bum, retumba la palabra en las profundas cavidades cerebrales de Rave, y de pronto, ya no le suena tan mal, y es que no es tan mala idea, no es tan horrible, puede ser hasta interesante, es incluso prometedor, halagüeño, ¡Bello! ¡SÍ, ACEPTO! Al fin y al cabo ya es todo un hombre, talla L, con la ropita comprada por él mismo.

PARA EVITAR LOS DAÑOS MENCIONADOS IV

En el gremio de poetas de la ciudad, el rotundo éxito de Rave suscitó la histeria colectiva, que a su vez desató una envidia agreste que desencadenó la producción de poesía más vasta en la historia de Colombia.

En la siguiente reunión mensual del gremio, cuando salió a la luz la envidiable situación de nuestro colega, se alzó tal cantidad de murmullos entre todos los poetas que parecíamos un concierto de *metal* en una carpa de circo.

—Qué man tan petulante

—Qué va, la mitad es mierda

—¡No! ¡Si ya hasta en los baños de hombres se ven los versitos!

—¿Que qué?!

—¡No puede ser!

—Sí

—Yo quiero ser como él

—Mirále el motilado

—Ya se cree la última Coca-Cola del desierto

—¿Que cuántas mujeres se lo han pedido?

—Imposible

—Pero si los versos ni siquiera son tan buenos

—¿No? No lo he leído

—Yo sí, son malísimos

—No puede ser tan malo, mirá cómo tiene enloquecidas a las viejas

—Ah, ya se sabe cómo son las mujeres

—¿Cómo?

—...

—¿Cuántos libros vendió?

—No sé pero ya se agotaron, están tirando la diecisieteava edición

—Decimoséptima

—Eso

—¿En un mes?

—Sí

—Yo quiero ser como él

—No digás eso

—Bueno

—... Yo también

—Ssshhhhhh

Y entre todos, en un convenio tácito, en una complicidad colectiva, en un común acuerdo mudo, decidimos aplicarle la Ley de la Indiferencia. Todos, ese día, ignoramos deliberadamente a Rave, evitamos todo contacto con él, fuimos fríos, distantes, y hasta los más cercanos lo tratamos en tono formal.

—Jaime, imagínate que me casé —dice Rave. Y yo:

—¿Sí?, ah qué tan bueno hombre, felicidades en tu vida conyugal —y ni le pregunté quién era esa extraordinaria Allan Quatermain que había logrado dar caza al león de los poetas tristes.

Tiempo después, al calor del vodka helado como a él le gusta, en la sala de su casa en Montreal, me contaba con detalles la historia de su febril matrimonio (Y tuvo que ser en Montreal porque ante el acoso incansable de sus *fans*, de los *paparazzis*, de los editores, de la prensa, de los medios, del gremio de poetas, Rave huyó con su esposa al Canadá, para desgracia de sus seguidores). Pero ese día en que se destapó el éxito de Rave, los poetas lo envidiamos y cada uno, secretamente, elaboró un plan maestro para conquistar el mismo

trunfo colega. Por supuesto, nadie soltó una sola palabra de su proyecto secreto, pero sin perder un momento concebimos la estrategia a seguir y nos pusimos, todos, manos a la obra...

... Con tan mala suerte que el infalible método adoptado resultó ser idéntico y el fatal resultado:

Un desastre:

Cada poeta de la ciudad se recluyó a partir de esa noche en su casa, mansión, cuchitril, taller, chuzo, hueco, o lo que fuera, y se dedicó a producir versos. Así fue como Medellín se libró de todos los poetas por toda una semana. Y sí que los noticieros la registran como una semana sin precedentes en la ciudad. Disminuyó ostensiblemente el número de borrachos detenidos por la policía en los parques públicos, disminuyó notablemente la polución por cigarrillo, disminuyeron las quejas de mujeres a la Defensoría del Pueblo por morbosas agresiones verbales (que por básica ignorancia no las sabían creación de Neruda o de Lorca). Y Medellín fue así, por toda una semana, una ciudad ejemplo de la productividad, del empresarismo y la pujanza. Esa semana memorable eliminó el ocio colectivo latente en los bares abiertos desde las 11am, redujo la marihuana, los insultos de peatones a Toyotas Burbuja, y el guayabo en días laborales.

Esa semana, los poetas, todos, nos fuimos del mundo.

Enclaustrados en la nebulosa sideral del alfabeto, dejamos el planeta en paz...

... Sólo para regresar al lunes siguiente cargados de tantos y tantos poemas que suscitamos el terror en todas las editoriales del país, que recibían tantos y tantos libros inéditos que al viernes salió una ley prohibiendo la producción de nueva poesía. Pero para entonces, ya habíamos fustigado a los editores, ya los habíamos amenazado, azotado, vapuleado, y los poetas que no se habían hecho publicar, habían ya irrumpido en las litografías y habían exigido, sin mucha diplomacia, el tiraje de sus libritos.

Y al lunes, en todos los carritos de supermercado, en todas las sillas de todas las salas de cine, en todas las bancas de todos los buses, había tantos libritos de poemitas tan malos, escritos a la carrera y publicados más a la carrera para no perder tiempo frente a la competencia, que pronto los poetas perdimos todo el prestigio en la ciudad y se nos comparó con los libros de superación personal y de autoestima.



AFTER DAÑOS



CANCIÓN

*A dos manos:
Una de Rave y
Una de Espinal*

Yo de grande quiero ser bailarina.

Como mi papá.

Ni mejor ni peor.

Intento serlo a toda costa

Como un payaso con una flor en una mano,
en una estación de tren.

Pero no atino a nada.

“A ver, a ver, nena. Subí un poco las piernas” me dice papá
cuando practicamos en la barra,

Y yo lo miro, y no lo veo

Y blando una pregunta melancólica en el aire: “¿papá?”

“¿Qué?”

“Nada”

Cuesta mucho comprender que es al contrario: que es él quien no me ve y que soy yo quien no aprovecha para llevar la cosa un poco más adelante, a la mesa por ejemplo. Porque cuando papá se sienta a la mesa, casi siempre yo me pongo a llorar.

“¿Papá?”

“¿Qué?”

“Ya está, soy una niña grande. Talla XL con toda la ropa ya comprada, ¿verdad?”

“Sí” contesta él con los ojos cerrados

“Querías que fuera bailarina, pero me llamo Jáider”

UNA BACINILLA AMARILLA

Lo primero que Rave hizo al llegar al Montreal fue comprarse una bacinilla. Entró en el primer Wal-Mart que vio y salió con un bacín de lujo que le costó setenta y cinco dólares, *plus tax*. Detrás de él salió Esposa protestando: “Hace mucho tiempo que dejaste de ser un bebé, cariño”, y él alegó en seguida —sin levantar la voz— que para eso eran las regalías del libro que escribió, para comprar lo que se le viniera en gana. Esposa se quedó calladita y cuando llegaron a la casa se bañó y luego se sentó en una orilla de la cama *king size* con colchón térmico de agua oxigenada, toda confundida, con la crema blanca en los pómulos, la toalla enrollada en la cabeza y las uñas larguísimas recién pintadas “al francés” secándose al aire.

—Hace mucho tiempo que dejaste de ser un bebé, cariño —repitió la mujer cuando Rave se levantó a la mañana

siguiente y de inmediato sacó su nueva bacinilla de debajo de la cama.

—¡Cariño! —lo encaró— Recuerda que en la enciclopedia de pareja, en el tomo cuatro, en la sección de “madurez del cónyuge” dice que cuando una etapa es superada no se debe volver a ella... —y a continuación recitó de memoria casi toda la sección de “madurez del cónyuge” del tomo cuatro de la enciclopedia de pareja. Rave, entretanto, se sentó en la cama, se bajó el pijama y orinó a granel.

*

Pero no bastaba con ignorar a Esposa para sacársela de encima. Cuando se le metía algo entre los pelos era terca como su madre —la de ella—, de modo que dejó hasta los *cock-tails* y el *shampoo* con las amigas con el puro ánimo de descubrir los despropósitos del marido. Se convirtió en espía. Seguía de cerca los movimientos de su esposo y los comparaba todas las noches con la sección de “madurez del cónyuge” del tomo cuatro de la enciclopedia, pero como Rave no usara el bacín más que para orinar en él, poco pudo sacar Frustrada Esposa de todo esto.

Un domingo Rave no comió nada al desayuno, en cambio tomó más líquido que de costumbre: tres vasos de jugo

de naranja, dos cafés y cuatro vasos de agua. Y durante todo el día comió muy poco y bebió mucho y, por supuesto, orinó mucho.

Ese mismo domingo a la tarde, mientras Esposa —que desde que llegaron al Canadá se había vuelto católica-apostólica-y-romana— atendía los servicios eclesiósticos de la parroquia de la comunidad latina, y la reunión de pastoral y el ensayo del coro de la iglesia y el ritual de purificación por cuaresma, Rave sacó la bacinilla con la orina recogida durante todo el día, la vertió en una jarra grande, sacó un *mug*, se sentó en la sala y se lo bebió. Se lo bebió todo, porque el doctor Donadío le había dicho que no más *whisky on the rocks*, que no más ron con Coca-Cola, que no más vodka con jugo de naranja, que si la cosa era emborracharse que le iba a tocar tomar orines, que tal vez el amoníaco a la larga causara la misma sensación, o parecida.

Es posible que el doctor Donadío hubiera dicho eso pensando que de este modo Rave la iba a parar con el trago, pero sea como fuere, lo que logró fue despertar en él un deseo tan intenso de experimentar la embriaguez urinaria, que Rave se dispuso concienzudamente a emborracharse de orín.

Sea por sugestión adquirida en la visita al doctor, sea por las facultades aún inexploradas del amoníaco en grandes

cantidades, sea por la ansiedad de emborracharse otra vez, el líquido color whisky —sin serlo— surtió un efecto tan embriagante que Rave pronto descartó el whisky mismo, el ron con Coca, la cerveza y hasta el jugo de naranja por la mañana.

Cada domingo, durante esa cuaresma, mientras Esposa atendía los servicios religiosos, Rave se ponía en pedo, borracho así, caído de la perra, más que ebrio, más que beodo, feliz.

El Domingo de Ramos, cuando Esposa estaba en misa agitando palmas a diestra y siniestra en esa sempiterna competencia de las señoras devotas por ver quién lleva la palma más grande y quién la agita más duro, Jorge Rave arrinconó todos los muebles de la sala, desempolvó su vieja piscina inflable, le echó pulmón a fondo y orinó. Orinó todo lo que había logrado contener durante toda esa semana en que clausuró esfínteres, y luego chapoteó en el líquido tragando y tragando. Entonces la alegría se le subió a la cabeza y rió locamente, y gozó del vacío que sintió cuando el techo giró brusco a cientos de kilómetros por hora, y vomitó feliz esa tarde.

*

Al domingo siguiente, el de Pascua, la pareja de viejitos que siempre salía a pasear los domingos en la tarde notó

un olor muy concentrado a amoníaco que pronto embriagó al vecindario entero y enrareció de tal forma el ambiente que la gente empezó a estar muy molesta. Llamaron a los bomberos, y éstos llegaron muy pronto sonando su sirena, pues de todas partes llamaban reclamándolos porque el olor se extendió rápidamente e impregnó casa por casa el barrio entero. Diligentes, los hombres del fuego ubicaron con celeridad el apartamento originario de aquel desagradable incidente. Con máscaras antigás, guantes, botas y trajes sintéticos, forzaron la puerta y un hedor vaporoso se escapó por la abertura. Hallaron todos los muebles de la casa arrinconados en una esquina y en el centro de la sala una gran piscina totalmente rebosada de amarillo, y todo el piso salpicado de rosado y verde, café y negro, entremezclándose acuosos, ácidos, en grumos.

Los cinco colores royendo los muebles, los tapetes, las paredes, la jarra, y un *mug*. Y al fondo a la derecha Rave, aferrado a la taza del inodoro como queriéndolo, como expresándole cuán importante era, como un hijo se aferra a la madre cual si ésta fuera a escaparse en un descuido; con la cabeza hundida en el sanitario como mirando allá adentro, como buscando adónde se va el agua, como queriendo sumergirse en ese pequeño estanque, como en un largo viaje, como un piloto...

Así lo encontraron gravitando, plácidamente vomitado, durmiendo flotante sobre las aguas coloreadas. Porque este cata-dor había bebido tanto, que quedó suspendido en un profundo coma etílico, y no pudo ver su rescate efectuado por los valientes bomberos que en esa ciudad, también se visten de rojo.

**LAS MIL AMANTES,
LOS DOS AMORES
Y
EL GRAN AMOR**



LAS MIL-Y-UNA NOCHES

De Espinal dicen las malas lenguas que tiene en el computador, en Excel, una lista con mil y pico de nombres de mujer —en un rango de 14 a 49 años de edad—, y que la lista va en aumento (los rumores también). Cada nombre tiene al frente una descripción de la mujer, de la situación y del lugar en donde todo ocurrió. Cada nombre tiene una calificación en una escala de 1 a 10. Claro que algunas de esas mujeres sólo tienen un número asignado y no tienen nombre porque Espinal nunca supo cómo se llamaban, cuántos años tenían, qué hacían, etcétera. De otras no se acuerda ni de la cara ni del cuerpo ni de cómo terminaron en un motel. Y es frecuente que los sábados despierte y lo primero que diga es “Mierda ¿Y esta vieja quién es?”

Pero, entre nena y nena, Espinal se anda enamorando todo el tiempo. Generalmente se enamora una vez por semana y va y le echa los perros a la chica y una de dos:

A) Se acuestan

B) Lo mandan a comer mierda

Luego, indiferentemente de que ocurra A o de que ocurra B, Espinal se va y se enamora de otra. Y a cada amor le escribe una carta diferente, porque de cada amor se enamora por una razón distinta. De una por el cuerpo, de otra por como se ríe, de otra por lo que le dice, de otra por lo que conversan, de otra por lo que callan, de otra por insensible, por demagoga, por mágica, por enana, por boca roja, por lo que siente, por lo que le hace sentir, por bigotuda, por los dientes, porque le tira besos, porque se parece a Hermione la amiga de Harry Potter o porque es zurda. En fin, Patrick Süskind ya lo dijo: Espinal se deleita en un terreno que no deja huellas en la historia: el efímero mundo de las mujeres:

HISTORIAS DE AMOR AL AZAR

Las mil y pico de historias de amor registradas en “La Lista” describen los tejemanejes de los amoríos de Espinal, en los que hay desencuentros por doquier, amores platónicos, amores fantásticos, amores estúpidos, desamores crueles y ratas de alcantarilla (incluyéndolo a él por episodios), brujas yerbateras, promesas por romper, dependencias psicológicas, celos, infidencias, pociones mágicas, profecías cumplidas,

amores puros, amores por compasión, por plata, por amor, por miedo, traiciones, infidelidades, dúos, tríos, felicidad, envidia, y chocolate, mucho chocolate.

LA CHICA DEL AVIÓN DE LA PATAGONIA

Nos tocó al lado en el avión de Ushuaia a Río Gallegos, es decir, de la Tierra del Fuego a la Patagonia.

—Quiai —dije.

—¿Qué? —preguntó ella.

—¡Quiai! —repetí

—¿Qué es eso? —preguntó

—Es lo mismo que hola

—Ah, hola —dijo

Luego hablamos de cualquier par de cosas, que se llamaba Tamara Leví, que tenía un perro albino, que tomaba leche después de almuerzo... Y pensé *ésta podría ser la mujer de mi vida* (a todos se nos cruza ese pensamiento alguna vez cuando todo va perfecto con una mujer nueva).

—Ya vamos a aterrizar y todavía no le he dado un beso —le digo, arriesgando el todo por el todo.

Ella asiente pero no dice nada. Mira por la ventana.

—¡YA! —le digo— ¡Antes de que aterricemos!

Y le agarro la cara con las dos manos, la volteo contra la mía y la beso mientras el avión toca tierra y la sacudida y el vacío se confunden con la sensación de un beso inexorable.

Si esto sigue así me caso, pienso mientras me desabrocho el cinturón. Y cuando nos paramos a sacar las maletas de los compartimientos de arriba, todo acabó irremediablemente:

Era más alta que yo.

SI FUERA EL LOBO FERROZ

Por la mañana, en la cafetería de la universidad, me aborda una antigua compañera diciéndome

—Jaime, le tengo una propuesta

—Habla —le digo

—Eeehhh... mmmmmm... Quiero que me enseñe el sexo heterosexual. Quiero explorar las aberraciones entre hombre y mujer

—...

—Se preguntará por qué —dice ella

—No —digo yo

—Siento —continúa ella— que tengo muchas cosas que aprender en la cama

Silencio

—¿Hace mucho tiempo está pensando esto? —pregunto
 —No —dice— hace tiempo tengo ganas. El fin de semana lo pensé, y pensé en usted, y hoy vengo a decírselo. ¿Qué dice?
 ¡Que qué digo! ¡Y qué se supone que tendría que decir! Si fuera la mujer de mis sueños le diría *¡Por qué no empezamos ahora mismo!* Si fuera el lobo feroz le diría que coja un camino, y yo el otro, y agarro un avión y me voy del país. Si fuera cualquier aparecida por ahí le diría que nada como una buena película porno para aprender TODO lo que hay que saber sobre el asunto. Pero es una antigua compañera de la universidad... Y yo ¿Qué se supone que debería decir?

LO QUE HUBIERA PASADO EN TIMBUKTÚ

Si hay algo que detesto con los cinco sentidos, la razón, la sinrazón y el convencimiento un poco idiota de que todo pasa como tiene que pasar, es decir en medio de una conversación “si yo hubiera...”. *Hubiera*, del verbo *ya no*. El *si hubiera* me molesta, me ofende. Por eso dejé de decirle “bombón” a María José Tafur. Dejé de decírselo el día en que comprendí que ya no iría a Timbuktu conmigo. De hecho, comprendí que ya no iría a Timbuktu del todo, pero lo comprendí antes que ella, y deje de decirle “nena”. Ella se iba a casar con otro y pretendía

que yo le siguiera hablando como a la mujer de mi vida, y que siguiéramos armando un viaje que nunca íbamos a hacer. “Pan y pedazo”, como dicen los que se saben el refranero popular de corazón (mi abuelita incluida).

Pues sí que la mujer ésta decidió casarse con un Equis “porque no soportaba la distancia y el tiempo” (Phoenix queda lejos de Bogotá). Pero yo tampoco, y aun así no me casé con la primera gringa que apareció a la mañana siguiente en mi cama (sin yo acordarme de cómo diablos llego hasta ahí).

De modo que no volamos juntos en avión al África. Al llegar no nos registramos en un pequeño hotel en el corazón de Malí. Tampoco dejamos las maletas y salimos a caminar por la rambla. Y no llegamos hasta el río Níger. No nos besamos al atardecer ni compramos helados. No le leí un cuento antes de dormir ni hicimos el amor después. No se durmió en mis brazos esa noche ni nos levantamos al amor a la mañana siguiente. Nunca supimos en dónde atesoraba Timbuktú el mítico misterio del continente negro...

... Y aún la está esperando una carta de ilusión que le dejé en la recepción del hotel Bagdalá-Um.

YOU ARE SUCH A GOOD BRUSHER!

—*You are such a good brusher!* (Me dijo Jordana Waxman,

una neoyorquina en el *hostel* de Ushuaia)— lo cual traduciría algo como oye guapo, qué buen cepillador de dientes eres. Nunca en la vida me habían tirado un cumplido semejante. Y menos en circunstancias tan particulares. ¿Quería decir ven bésame, más cerca, Close-up? ¿O ¡Qué músculo has sacado en ese brazo! —aunque no haya sido precisamente de lavarme los dientes—? ¿O quería decir “te ves todo sexy con toda esa espuma chorreándote la camiseta”? ¿O “guau, eres todo un *Terminator* del sarro y las bacterias”? Yo busqué desesperadamente algo brillante pero lo único que atiné a responder fue oye muñeca, y a mí me gustaría verte secándote las manos después de lavarlas con agua y jabón, apuesto a que eres buena en eso, ¿eh? De ahí en adelante nos dedicamos a mutuos elogios profilácticos y acordamos entablar una relación Internet, que es más higiénico.

... Etcétera, etcétera, etcétera.

GOTAS DE AMOR

Desde que se enamora, Espinal se la pasa dibujando circulitos y escribiendo textos rosados que perfuma, dobla y manda por correo a todas las mujeres que va besando.

A cada una le escribe distinto, según lo que le inspire, lo que le provoque, lo que lo excite.

A cada una le escribe mensajes ridículos por carta o por e-mail, alegando que Fernando Pessoa lo salvó cuando dijo que “una carta de amor que no sea ridícula no es una carta de amor” (También aplica para el correo electrónico).

Y de todos esos mensajes (miles), guarda una copia ya sea en el disco duro del mismo computador en donde guarda “La Lista”, o en un archivador gigante con un letrero enorme que dice “Gotas de Amor”, en el que hay muchas carpetas, marcadas con el año en curso.

A Marilyn, una prostituta cubana:

«¿Cómo me quieres? —dice él
 Te quiero como cortando el pan —responde ella
 ¿Sólo eso? —pregunta él
 Como a una pastilla durante un cólico, como a un helado
 de chocolate en una depresión, como al tinto después del
 almuerzo y como al cigarrillo después del tinto —responde ella
 Está bien. Yo te voy a querer así también, y tam-
 bién como a un gol en la final de un mundial —dice él
 No, sólo así —dice ella, y se levanta cogiendo una toalla y se
 va al baño»

A Carolina Marcela, su novia de siempre:

«Estuve pensando..... que no debo gritarte tan fuerte [por
 salir a comer helado con tu amigo gay
 Estuve pensando..... que no debo dejarte de hablar [siem-
 pre que dices que ojalá el Nacional pierda la copa a ver si yo
 te paro bolas
 Estuve pensando..... que quisiera repetir la ida a la
 cabaña en el campo [donde hicimos el amor en la chimenea
 Estuve pensando..... que hubiera preferido ir contigo a
 esa fiesta de gala [que no te invité
 Estuve pensando..... que tal vez tienes razón cuando
 dices que yo no hago sino hablar de fútbol
 Estuve pensando..... que podría ser más detallista
 Estuve pensando..... que he sido egoísta
 Estuve pensando..... que no te he escuchado lo suficiente
 Estuve pensando..... que has sido lo mejor que me ha pasado
 Y ahora que te has ido...
 Veo que tú también estuviste pensando»

A un medio amor que nunca declaró:

«¿Qué vas a hacer contigo?

Ya llevo mucho tiempo aguantándome sin vos
 He perdido las ganas de aguantarme más.
 Preciso evaporarte entre mis manos de astronauta
 Tus ojos fugitivos, tus cejas delirantes, tu espalda de lunares
 infinitos
 Que contar me pediste
 Como un favor, una necesidad, un “quiero”.
 Te enfadaste conmigo por hablarte distante
 Cuando vos fuiste distante por principio.
 Peleamos con silencios recargados
 Quise desconocerte por un rato
 Y me desconocí a mí mismo en el intento
 Desconocí el amor
 También tú
 Sé que soñás conmigo alguna vez y guardás el secreto
 Jugamos a pelear para sustituir las ganas
 Esto lo escribo ya, sobre la marcha
 No voy a revisarlo, ni a mirarlo hacia atrás
 Lo que haya dicho, sea
 Si te ofendés, me vale
 Si das la vuelta, andáte (que sabés que te encuentro)
 Si me llorás, te aguanto
 Si sonreís, te quiero
 Si vamos a bailar yo te sostengo, yo te abrazo, no te dejo caer
 cuando mareada
 Si abris de par en par los labios, te enamoro
 Si huís, perdés el tiempo
 Si me querés, te beso
 Si te quedás conmigo,
 te amaré como un dios, como es debido.»

A Jorge Rave:

«Ravito querido, queridísimo. Sabe que ando colgado del pelo y escribiendo estupideces. Que mi lapicera en el cuaderno se la pasa dibujando circulitos, retiñendo palabras bonitas, frases cursis, versos ridículos. Ando bailando en las pestañas, con cara de paisaje y sonrisa de idiota saludando a la gente al pasar.

Se llama Natalia Ramírez, y yo qué culpa tengo si esta mujer me trae de los pelos, la llevo en los zapatos, hablamos como se hablan en las novelas rosa, y hasta escribo esta carta ridícula —como toda carta de amor que se respete—, y eso me asombra y me detiene, porque Pessoa dijo que carta de amor que no sea ridícula no es carta de amor y ésta ya me lo está pareciendo demasiado STOP»

COGIDOS DE LOS OJOS

¡Cuántos príncipes hay que besar para encontrar al fin el sapo!

Natalia Ramírez

Los dos amores fueron su novia de siempre y la que nunca lo fue. Carolina Marcela y María José Tafur, respectivamente. Pero ahora Espinal anda perdidamente enamorado. Y no sólo anda enamorado, sino que ha redescubierto el amor. El amor se ha reinventado en él. El gran amor. El que lo envuelve todo y todo lo transforma. El que es tan enorme que no alcanzan los abrazos, ni los besos, ni la cama, ni todas las horas del mundo para abarcar a la mujer que lo despierta, que lo inventa, que lo crea. Y hasta le estorba el cuerpo. Y la piel deja de ser el objetivo y ahora es un obstáculo para fundirse a plenitud. En completud. Por toda la eternidad.

El amor que rebasa el planeta, que traspasa la piel y la

carne y los órganos, que derrama los ojos, que contagia a los zombis.

Y la vida le cambió y se le pusieron los ojitos color rosa, y claro, ahora ella es perfecta y no existe nadie más. Todas las mujeres de la Tierra se han ido para Marte. Todas han dejado de existir y por esos ojitos suyos no se vuelve a cruzar ni aquel amor platónico por el que se levantaba todos los días a las 6 de la mañana, para verla pasar por la ventana, haciendo ejercicio.

Un amigo los presentó:

Natalia – Jaime, Jaime – Natalia

—Hola

—Hola

—Tenés unos ojos hermosos —dice ella. Y él no dice nada.

—¿Para dónde va ya? —pregunta él cuando al fin desenreda la garganta.

—Para Liverpool, ¿vamos? —dice ella

—Vamos —responde él

Y se montan al carro de ella Y se van para Liverpool Y toman ron Y se van para la oficina de ella Y bailan en el salón Y en el salón se desvisten Y hacen el amor en el piso Con la urgencia de haberlo estado esperando desde siempre Y en el salón se

vuelven agua Y se quedan dormidos abrazados En el piso En el bailando.

Y se amaron de repente, instantáneos, desde el primer momento, y ella casi se muere cuando por la mañana él le dijo: —Quisiera ser ya mismo un solipsista, y hacer desaparecer todo y que quede usted sola, en el vacío, conmigo, siempre.

Porque ¿qué es lo normal cuando se conoce a alguien y se cogen a los besos y se acuestan a matarse de líquidos y despiertan con el sol sofocante del próximo día?

Lo normal es un: *Bueeeeeeeeno, muy rico todo... ¡Ay!, ¡qué tarde está!, ya deben estar sirviendo el desayuno, me tengo que ir, yo te llamo, ¿listo?, chao, gracias...*

Y hasta el próximo fin de semana, o dentro de quince días, o hasta nunca, da igual.

Pero esta vez despertaron bailando en el piso helado de la oficina, y se agarraron a caricias, y volvieron a inventar el amor, y siguieron bailando todo el día, sin soltarse los ojos, compartiendo la vida y una pizza.

Y él casi se muere cuando al volver la noche ella le dijo: —¡Es imposible que sienta esto por alguien que acaba de llegar! Tal vez eso es el amor a primera vista: un reencuentro. —Entonces bienvenida de vuelta —dice él, y no se vuelven a separar más. Nunca más.

Desde que están juntos hacen el amor todos los Viernes Santos, de la mañana a la noche, rezando porque algún día se cumpla al fin la creencia popular de que no se puede tener sexo en Viernes Santo... porque se quedan pegados



INRI
(JESÚS NAZARENO
REY DEL JOROPO)



En junio de 1903, el Señor Presidente, General Rafael Reyes, consagró a Colombia al Corazón de Jesús en acción de gracias por la terminación de la Guerra de los Mil días. Desde entonces, a Colombia se le conoce como El País Del Sagrado Corazón... Y también desde entonces, todo tipo de manifestaciones del Altísimo tienen lugar en el país más al norte de América del Sur.



EL BUÑUELO SACRO

En el país del Sagrado Corazón, Jesucristo se revela en los buñuelos. Siete u ocho veces en los últimos diez años, el rostro inconfundible del Salvador del mundo se ha aparecido en algún buñuelo de algún puestico de venta de alguna buena señora de un barrio humilde. Parece ser que un buñuelo, que no es más que una bolita de masa de harina y queso remojada en aceite hirviendo (es decir, frita), es el escenario ideal para que el Todopoderoso muestre la cara.

Encontrándome yo en Belén Aguasfrías, un humilde barrio de Medellín, haciendo unas encuestas de qué lado de la cama prefiere usted dormir, se cepilla los dientes de abajo para arriba, de arriba para abajo, o viceversa, y por último, cree usted que Colombia está en

- a) Guerra civil disfrazada
- b) Descendiendo en el escalafón de la FIFA

c) Encontrando el camino para salir del pozo, entré a tomar un descanso y una cerveza en la taberna de la plaza. La feliz casualidad de encontrarme justo allí en aquel día he de adjudicársela a la Divina Providencia (ya se sabe que Si el Señor es mi pastor nada me falta).

Pues sí que al Redentor le dio por venir a poner la cara, y para esto, eligió un rico buñuelo de los que hace doña Alonsa Sarmiento en su casita de aquel menesteroso barrio. Cuando el fenómeno tuvo lugar, doña Alonsa Sarmiento, conmovida, salió corriendo por la calle, gritando como loca y echando bendiciones hasta llegar a la plaza. Llamó a los gritos al padre Marianito y, acto seguido, se dirigieron al lugar del milagro. Yo estaba tomándome la Pilsen cuando me tocó el show y, por supuesto, también me uní a la procesión que encabezaban la señora y el cura.

—Patentico, patentico —era lo que se escuchaba de la gente que salía de la cocina en donde reposaba San Buñuelo, inmóvil e intacto. Yo hice la fila, como todo el mundo, y después de casi una hora por fin cruzaba al sagrado recinto.

—¿Sí lo ve? ¿Sí lo ve? ¡Es que no cabe la menor duda!

Yo miraba el buñuelo preguntándome qué podría pensar éste si nos viera a todos mirándolo y remirándolo con semejante devoción. Pero ya viéndolo bien como que sí distin-

guía uno una cara ahí marcada y pues tenía que ser la cara de Jesús, porque a quién más se le da por aparecerse así, con tales excentricidades.

Me eché la bendición para no quedar mal, y salí.

Como andaba con lo de las encuestas, volví al día siguiente por aquel lugar. Todas las señoras del barrio se reunieron en la casa de doña Alonsa Sarmiento a las cinco de la tarde a rezarle al buñuelo. Todas, durante un mes, se reunieron en la casa de doña Alonsa Sarmiento con tanta devoción, que pronto el buñuelo empezó a hacer milagros. Sus dotes llegaron a oídos de la arquidiócesis de Medellín, de modo que arzobispo y veinte curas se congregaron en el lugar de la revelación para bendecirlo y poner al buñuelo en una urna de cristal. Y fue tan conmovedor el acto que al final pusieron el himno de Antioquia y todos los presentes lo entonamos con la derecha en el corazón y los ojos llorosos, mientras los medios de comunicación locales cubrían la noticia. Después llegaron los medios nacionales y por televisión, en todos los noticieros del mediodía, de las 7:00 y de las 9:30pm, no se hablaba más que del buñuelo bendito. El Tiempo y El Colombiano sacaron separata especial resaltando el asunto y diariamente publicaban algún dato más, una anécdota, una entrevista con doña Alonsa, con el cura de la parroquia de Belén Aguasfrías, con una señora a

quien el buñuelo sacro le reformó al marido alcohólico (ahora ex-alcohólico), con una solterona a la que le consiguió marido, o una estadística con las cifras de cuántas personas habían visitado el monumento a la fecha.

Hasta el cardenal y el primado de la curia se desplazaron al lugar de los acontecimientos y celebraron allí la eucaristía en la que reemplazaron la eterna cruz por un buñuelo. En aquella misa no comulgamos con la tradicional hostia, en cambio, se repartió buñuelo a todos los asistentes (que ocupaban la totalidad de la cuadra, muy apeñuscados) y eso sí, la sagrada comunión corrió por cuenta de doña Alonsa Sarmiento, porque ella dijo que Dios dijo pedid y se os dará... Y todos pedimos.

La prensa colombiana se volcó al buñuelo milagroso y las cámaras de TV dejaron por unos días de mostrar tetas y balas para dar paso a las encantadoras imágenes de la gastronomía santa. La fe triunfaba, y además de montañas, movió dinero y gente. Tanto así, que logramos recolectar casi doscientas mil firmas para canonizar al buñuelo símbolo de nuestra fe católicaapostólicayromana y se las enviamos al papa. Él, tristemente, nunca nos respondió, y mientras esperábamos, el buñuelito se descompuso, y con él la cara de Jesús, de la que al cabo no quedó más que una sombra del bigote y la

barba, que al final fue cubierta por el moho, por los esporangios, por los gusanos.

Malditos gusanos. Los matamos a todos.



Jesús también se manifiesta en las empanadas de papa y una que otra vez en la nata del café con leche. Qué angustia ver, cuando lo sirven, que la gente remueva la nata con el palito, destruyendo así otra posible prueba de aquella legendaria resurrección.



BENDITA TÚ ERES ENTRE TODAS LAS MUJERES

“Esta vez sí es verdad. Le pasó a una amiga de la amiga de la mejor amiga de mi prima”.

Se apareció el Diablo en Mango’s —la disco más famosa de la city—, un viernes santo de rumba. Entró al lugar un tipo hermoso, de facciones cuadradas y mirada profunda, elegantemente vestido, y con un fascinante halo de misterio. Entabló conversación con una chica, algo como:

Hola nena

Y

Hola

Responde ella halagada de haber sido la elegida entre todas las mujeres

Te invito a un trago

Le dice el hombre —o pseudohombre— clavándole los ojos en los ojos

Ay gracias, pero no tomo

Dice ella haciendo carita de ángel, lo que de seguro incentivó al macho cabrío.

¿Bailamos esta pieza?

Pregunta el desconocido cuando suena una salsa del Joe Arroyo —para mayor precisión *Tal para cual*—

Ay bueno

Responde ella poniéndose cachonda y flirteando con el pelo

Pero mira, no soy muy bueno, así que no me mires los pies

Le dice Mefisto en un caritativo gesto de generosa bondad, para que no le fuera a pasar nada. Pero (qué más podía esperarse), ella miró (como miran todas, desde la mujer de Lot, que todavía sigue convertida en sal), y ¡Oh, sorpresa! Pezuñas por pies era lo que tenía el Diablo (¡Y qué más iba a tener! ¿Patas de ganso? ¿Ancas de rana?)

La muchacha enloqueció —pero nadie la ha visto

Entró en coma —aunque nadie la conoce

Y al fin murió —pero nadie supo quién era

Algunos incrédulos, como Tomás, dicen que eso es pura mierda. Pero a ver, si se apareció Jesús por allá en Belén, un pueblucho cagado, por qué no se puede a aparecer el Diablo en Medellín. Y si a Jesús le daba por entrar a los puteaderos, por qué no le va a dar al Diablo por llegar a Mango's. Y por

qué tenemos esa maldita costumbre de pensar que todo pasa en otra parte. Por qué todo tiene que pasarle a otra gente ¡No! Si al Diablo se le antoja venir a Medellín el Viernes Santo, pues que venga y a la nena que le toque, pues que no mire *pa'bajo* porque ya ve lo que pasa... ¿Sí ve?: ¡Pa' qué mira!

LA MANCHA INMACULADA

Es cierto que de aquel buñuelo sacramental no queda más que el recuerdo en los periódicos viejos y en los tacos de video, pero como la fe de este pueblo no se rinde, cuatro meses después se apareció la virgen. A ella le dio por esconderse detrás de una nevera y producir una humedad. Cuando la vecina se quejó y a la abuelita de Jaime Espinal le tocó hacer correr la nevera para arreglar el problema, los trabajadores que contrató salieron corriendo por la calle, gritando como locos y echando bendiciones. La abuelita fue a ver qué había causado ese extraño comportamiento en los obreros... Y no volvió. Como no volvió, a Espinal le tocó ir a ver qué era lo que pasaba, y al llegar encontró a la abuelita postrada de rodillas, con los ojos por fuera de las cuencas, repitiendo el Avemaría, el Diostesalve, el Glorialpadre y la oración de la novena a la Santísima Virgen.

En la pared, en la humedad, se distinguía el rostro de la Madre de Dios.

—Patentico, patentico —repetía la abuelita entre rezo y rezo.

Y la verdad, pasó lo mismo que con el bendito buñuelo. Y esta vez, Roma tampoco nos paró bolas. Y la humedad siguió creciendo porque no dejaron arreglar la pared, y el rostro de la virgen se fue diluyendo entre oraciones y ruegos y la angustia de ver que iba abandonando la casa.

Y no hubo nada que pudiéramos hacer.

La pared se cayó. La casa se cayó. La abuela se cayó, y se partió el coxis.

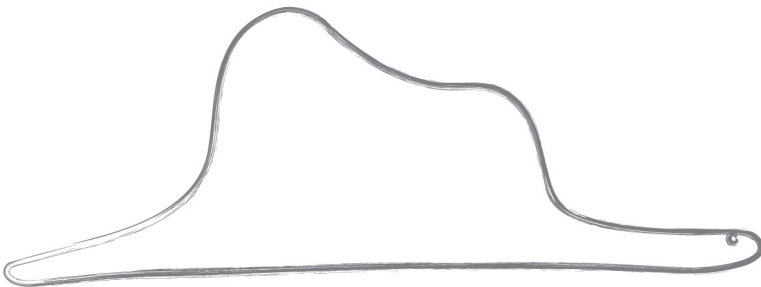


EL PRÍNCIPE



EL PRÍNCIPE

El otro día dibujé un sombrero y estaba feliz de mi dibujo hasta que se lo mostré a un niño y me preguntó que yo por qué dibujaba boas tragándose a elefantes.





**LA GUERRA
DE
LOS NOMBRES**



Después de La Guerra de Troya, La Guerra de los Mundos y La Guerra de las Galaxias, sobrevino la inminente y tan temida Guerra de los Nombres:



GROUCHO O CARLOS

Carl Von Linneo fue un naturalista sueco que apareció en 1701 en Södra Râshult [y que dejó de aparecer en 1778].

Este señor inventó una clasificación para los seres vivos según su sistema sexual, observando únicamente sus órganos de fertilización. Para esto utilizó una nomenclatura binomial, que consistía en designar cada especie por un término doble: un sustantivo que indicaba el género y un adjetivo que designaba la especie. Por ejemplo: *Chrysalidocarpus Lutescens*, que designa a la Palma Areca, por supuesto.

Casi tres siglos después, a Jorge Rave, un escritor de libritos de poemas que vivió un tiempo en Canadá —y luego se vomitó y entró en coma y se despertó y se divorció y se volvió a Colombia—, se le metió la idea de cagarse en Linneo ignorando su excéntrica taxonomía, y en una semana nombró a todos los árboles que van por debajo de la línea del metro

según le parecía a él que debían llamarse. Fue así como un domingo aparecieron todos esos árboles con un cartel enorme cada uno, en donde ponía su nombre y apellido. Al que le pareció un árbol sin carácter le puso *Fulano de tal*. Al que le pareció un don nadie lo bautizó *Juan Pérez*. Al que se le veía que no se amedrentaba ni con una tormenta tropical, lo llamó *Juan sin Miedo*. Y al árbol con más pinta de seductor le puso *Juan Tenorio*. Después se cansó de los Juanes y la agarró con la geopolítica, que para algo había estudiado tres semestres de ciencias políticas en la universidad (aunque la había dejado porque no se decidía si ser un burócrata muy acomodado, o un poeta respetable, o un Alcohólico Anónimo). Así, al árbol más alto y con las ramas tan extendidas que acaparaba el sol para él solo, lo llamó *Tío Sam*. A una parranda de troncos que ahogaban a los otros y no los dejaban crecer le puso *Marquetalia Republic*. A uno que se veía más posmoderno (vaya uno a entender el concepto de posmodernidad de Rave) lo nombró *Neoliberalismo Aplicado*, mientras a otro viejo y medio podrido le puso *Catholic Church*.

Pero lo extraordinario del asunto fue que la gente de Medellín, de tanto pasar, se aprendió los nombres, y empezó a referirse a esos vegetales por los alias que les había asignado Rave.

—¡Cuidado con Bernarda Alba! —Escucho detrás de mí mientras camino hacia la estación Exposiciones.

—¡Qué pasa! —pregunto dándome la vuelta buscando quién me habla.

—No me le vaya a tocar un pelo —me dice un tipo desgredado, con una gorra roja de Aguardiente Antioqueño y la piel curtida de lo sucia.

—Perdón, perdón —digo, alejándome de la mata que el hombre señalaba con la uña en mugre. Y justo cuando estaba por pensar *qué pendejo este tipo, cuidando a un vegetal cualquiera*, veo que se dirige a mí un ejecutivo, de traje ejecutivo y que con acento ejecutivo me comenta

—Mire, hombre, éste es el Señor Marx, qué opina

—Cuál Marx —pregunto

—Pues ése es el problema. No sé si Groucho o Carlos

—Ah, claro —digo, por decir algo. Y hago como si fuera a seguir caminando, pero el tipo me para

—Entonces, en qué quedamos —dice.

—pues no... no sé. Escoja usted cuál Marx quiere que sea —le digo, tratando de darle una solución que no me involucre más a mí.

Error

—¡Pero cómo se le ocurre! —dice, indignado— es como si a usted... ¿cómo se llama?

—Jaime Espinal —respondo por reflejo

—... pues es como si de usted dijeran que es Jaime Espinel. Que igual da la misma cosa ¿Qué le parece?

Ay no, eso sí no. Si el tal Jaime Espinel era un poeta nadaísta por allá de los 70's, ¡que no llegó a nada y que nada qué ver!

—No no —digo yo—, no me confunda con ese señor, que yo soy Jaime Espinal

—Y a mí qué —dice el ejecutivo—, yo le pregunté es cuál Marx es éste.

—Eehhh... bueno, en ese caso... Groucho

—¡Pero cómo va a ser Groucho! —dice el hombre, ofuscado— ¿no le ve la pinta de Carlos que tiene?

—¿Le parece? —pregunto.

—Claro, mírelo así, caído, ¿o le parece muy cómico?

—No sé... creo que tiene razón —digo, tratando de zafar.

—¿Está tratando de zafar? —interroga el hombre, con cara de *más le vale que no*

—No, no... cómo se le ocurre... —respondo, poniendo cara de *oh, qué indignado estoy.*

—A mí me parece que está tratando de zafar —insiste el ejecutivo

—Ya le dije que no, hombre —insisto yo

—Yo reconozco cuando alguien está tratando de salirse por la tangente —sentencia el tipo.

—Pero es que... —empiezo yo

—Dígalo de una vez, de frente, o qué, ¿por qué no es capaz?
Vea, yo reconozco cuando...

—¡Bueno sí, sí! ¡Sí y qué! —respondo agitando los brazos

—Nada... Ya decía yo que me parecía. Pero es de muy mal gusto lo que hace, ¿sabe? —me dice, alzando una sola ceja... gesto que envidio y que nunca he podido hacer. Y eso me da una rabia...

—Estamos aquí —continúa el tipo— tratando de resolver esta cuestión, y usted, en lugar de ser consecuente y pensar en el asunto, dice cualquier cosa por salir del paso, sin concederle la menor importancia. Ya veo que no entiende la trascendencia de esto que nos ocupa.

—¿Que *nos* ocupa? Me suena a piñata —le digo.

—Claro claro —dice despreocupado, haciendo gesto como de *bueno ya, bobito no pues*—. ¿No se da cuenta de que el hecho de que todos estos árboles hayan adquirido nuevos nombres, nombres que son cercanos a nosotros, es un cambio en nuestra cultura? —yo sólo lo miro y no respondo. Qué fastidio cuando se ponen trascendentales. Parpadeo y él sigue— Mire que en-

tender la naturaleza desde el hombre mismo representa todo un efecto socio-cultural, ¿no le parece?

—No le entiendo —digo con cansancio.

—Pues dígame, ¿qué le dice a usted... digamos... *Catleya Trianae*?

—¿Una constelación? —pregunto.

—No hombre, la orquídea, la flor nacional —y sonrió, como con indulgencia

—Ah

—Pero incluso así... ¿Qué le dice a usted *orquídea*? —dijo, enfatizando la última palabra.

—Pues... —a pesar de que mi cerebro buscaba desesperadamente una salida ingeniosa para dejar de estar tan por debajo de mi interlocutor, me quedé corto. En cambio él continuó, haciendo caso omiso de mi esfuerzo.

—¿Lo ve? Poco o nada. Pero tengo entendido que Rave la ha bautizado *Colombia en flor*, ¿no le parece hermoso?

—No, me parece ridículo.

—Veo que sigue sin entender —dice, condescendiente, pero noto que empieza a impacientarse—. Lo que quiero decir es que esto tiene impacto. Es que en lugar de *chrisalidocarpus lutescens*, o incluso en lugar de palma areca, usted va a estar hablando de... Simón Bolívar por ejemplo.

- Paso, me acuerda de la Quinta República venezolana.
- Tiene razón... Bueno, entonces de... de la iguana que tomaba café
- Nunca entendí esa canción. ¡Por qué usaba una ruana de lana si estaba junto al río Magdalena, donde hace tanto calor!
- Cierto. Entonces del Aguardiente Antioqueño
- Me da guayabo
- Veo. ¿De la Madre Teresa?
- Odio las monjas
- Ya. ¿Del Diccionario de la Academia?
- Me limpio el culo
- ¡De Condorito!
- Agh
- ¿Entonces de quién quiere?! ¡¡¡Maldita sea!!!
- Pues... no sé... a mí como que me gusta... por ejemplo... el helecho, así... el helecho, y ya. Es más, pienso que esa debería ser la mata nacional, el helecho.
- Pero hombre, ¿usted no entiende...
- ¡Bueno pues! ¡Entonces que en lugar de palma areca sea Marx! Y ya, si es lo que quiere.
- ¿Cuál Marx?
- Pues ése —digo apuntando con el dedo al árbol que había empezado esta discusión

—¡Pero no sabemos cuál Marx es éste!

—¿Sólo dice Marx?

—No, recuerde que los nombres son compuestos. Un sustantivo que indica el género y un adjetivo que designa la especie, así es la regla, Biología, 5to elemental.

—Ajá. Entonces qué dice

—Dice “Señor Marx”... ¡Señor Marx! ¡¡¡Señor Marx!!! — gime, con los ojos como de perro salchicha—. Qué vamos a hacer...

—Mire —por fin me decido—, qué putas me importa a mí cuál Marx sea ese ejemplar de un reino con millones de nombres que, por lo demás, bien podría resumirse en 4.

—No le entiendo —dice. ¡JA! Eso era. Ahora me toca a mí. Ahora TÚ no entiendes y YO te lo voy a explicar. Cambiamos papeles. Me gusta más así. Me aclaro la garganta, y con toda la suficiencia del caso, expongo:

Si es grande, es árbol

Si se come, es fruta o verdura

Si te cuesta un huevo mantenerla viva, es planta

Si te cuesta un huevo matarla, es maleza

El tipo se queda pensando un rato. Mucho rato. Yo, orgulloso

de mi teoría resistente hasta a la prueba del Método Científico, me dedico a mirarlo, exhibiendo media sonrisa.

Al cabo, el ejecutivo baja de la nube y me dice
—¿Y si se fuma?

Yo me quedo en blanco en ese momento. No lo había pensado. No me lo esperaba. Él lo nota. Maldita sea. Ahora volvemos a estar como antes. Ahora él vuelve a voltear la situación a su favor, se caga en mí y en mi suficiencia y luego de borrarle la media sonrisa saca él una enterita y sentencia:

SI SE FUMA, ES YERBA

LOS NEO-DUMMIES

Hay lugares del mundo en donde clasifican a los animales sin tener en cuenta en lo más mínimo a Linneo. Los que tumban los jarrones, los que juegan con la comida, los de acariciar, los de no-acariciar. Los que te traen las chanclas y el periódico por la mañana, los monógamos (como los pingüinos), los monoteístas, los monotemáticos, los monos... los negros, los pelirrojos, los raros, los maricas, las iguanas y los ornitorrincos.

Luego, si Rave podía cagarse en Linneo, y por esto figuraba en los libros, y si otras gentes se cagaban en Linneo y en Rave y los mencionaban en las enciclopedias (como a Michel Foucault, por ejemplo), Espinal pensó que lo mejor que podía hacer para figurar en la Historia era cagarse en ellos él también.

Por eso decidió esperar un tiempo prudencial, porque pensaba que todo no era más que una moda que había iniciado Rave, y que iba a pasar lo mismo que con los buñuelos en los

que se aparece el Cristo, o las discotecas en donde se aparece el Diablo, y que la gente no hace sino hablar de eso hasta que el tema no da para más, y no vuelve a pasar nada y entonces todo el mundo se olvida y es asunto liquidado. Ahí sería cuando Espinal entraría a escena, cagándose en sus antecesores, imponiendo sus nuevos calificativos.

Pero el fenómeno fue que en Medellín, en lugar de olvidarse los medellinenses del asunto de los nuevos nombres, los incorporaron, felices, a su sistema de vida. Y luego, la fiebre se acentuó cuando Rave bautizó todos los hidrantes de la ciudad. Entonces, ya no eran sólo los árboles que van por la línea del metro, sino además los hidrantes, y después los semáforos, y hasta los taxis terminaron por llamarse cada uno con un nombre y un apellido —*un sustantivo que indica el género y un adjetivo que designa la especie, según la regla*—.

La acogida de la nueva moda de Rave fue tan abrumadora, que pronto hubo necesidad de designar un nombre para el grupo de estos *nuevos habitantes de la ciudad*, como se refirió a ellos el Alcalde, quien, en una rueda de prensa, convocó a toda la ciudadanía a un concurso para bautizarlos. Y era que ya la gente los saludaba al pasar, y no faltaban los sicóticos, o los solitarios, o los incomprensidos, o los borrachos, que se quedaban conversando con los postes de la luz, o con los

columpios, con las alcantarillas, con los policías acostados, o con las señales de tránsito... Es decir, con **Los Neo-Dummies**. Ése fue el nombre que ganó, y al que lo propuso le dieron el gran premio de un millón de pesos y un viaje a Cartagena para dos personas con todos los gastos pagos.

Tal como estaban las cosas, Espinal no tuvo más remedio que empezar cualquier día a nombrar todo lo que se encontraba a su paso, tratando de arrancarle *raiting* a los nombres de Rave. Pero la gente se había acostumbrado a **Los Neo-Dummies**, y un día en que todos los puentes de la ciudad amanecieron con carteles tipo *Cleopatra y el Áspide, Concurso de Novela, Juanita Banana, Mi Novia es un Zombi, La Memoria de Wendy, Hoy es Viernes, Mamá esta presa, El G-7, o Papá Noel es un Cíclope...* el Alcalde enfurecido, seguido de un alud de agentes y un hervidero de curiosos, prendieron a Espinal y de patitas en la Comisaría de Policía del Poblado. De ahí para la Cárcel de Bellavista una semana, y luego libertad condicional bajo juramento de asistir a terapia con psicólogo todos los lunes, miércoles y viernes.

Entonces Espinal sale, pero no había abandonado su idea de rebautizarlo todo y figurar en la Historia. Sólo que ya no podía hacerlo en Medellín porque se metía en problemas con la Fiscalía: El Congreso había sancionado un nuevo de-

creto prohibiendo el rebautismo de **Los Neo-Dummies**, amparado en el concepto contemporáneo del especismo, según el cual los nuevos seres serían también sujetos de derecho. Además, quedó demostrado que una cagada tras otra no pega. Por eso le tocó probar suerte en un lugar menos Juan Valdés, menos Mickey Mouse, menos Globalización e Integración Económica y menos Unión Europea y TLC y menos la CAN y menos Linneo y menos Rave.

Así que un día se borró del mapa sin que nadie supiera adónde. Tiempo después llegó una carta con su letra, sin remitente. En la carta contaba que había escapado en moto, que le había dado la vuelta al mundo y que había terminado *“en una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos, y en donde el mundo era tan reciente que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo”*. Nunca dejó claro cómo llegó a eso, pero seguro era el lugar más propicio para su idea rebautizadora, que empezó por él mismo: se cambió el nombre:

MELQUÍADES

Así se nombró. Y la carta que envió fue como de 400 páginas, firmada con el seudónimo “Aracataca”, contando cómo muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, habría de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo, y etcétera, etcétera, y todo lo que pasó después, hasta terminar pidiendo una segunda oportunidad sobre la tierra.

Dicen que tengo un pacto con el diablo

Y no es del todo cierto



TOMA NÚMERO 15
(PRIMEROS PLANOS)



INTERIOR 1:

LA OFICINA

En **La Oficina**, después de la partida de Espinal, las cosas se componen: las familias que acogieron en sus casas a estudiantes de intercambio concilian con ellos, ponen en común sus sentimientos, abren sus corazones, se besan, se perdonan, se dicen *I love you* y *I love you too*, y viven felices comiendo perdices...

... Hasta que los Hombres de Negro del Departamento de Estado se enteran del aquelarre que estuvieron llevando a cabo las madres anfitrionas, encabezadas por Espinal Doctora Corazón, de sus intenciones culinarias, y hasta de las finlandesas bonsái que Espinal propuso como alternativa para deshacerse de aquellos pequeños monstruos. Luego, por orden

del Gobierno Federal, J y K llegan a cada uno de los hogares anfitriones, sacan a los estudiantes extranjeros, los meten a todos en un búnker, le prenden fuego, le echan sal y pimienta y orégano, y hacen una gran sopa que llamaron *Espisoup* y que al cabo se convirtió en el plato más famoso de la cocina americana después de la BigMac y el Taco Bell.

Por fortuna, la jefe, **El Ogro** del Circo, luego de ser destituida y vapuleada por los agentes federales, corrió la misma suerte que Shrek, el ogro de Dream Works, el ogro más famoso de las películas animadas, y así como él, retornó a su pantano acompañada de un burro (**El zángano** al que le llegaba el cheque mensual por nepotismo) y de otro ogro (su esposo) del que nada se supo en esta novela, pero que según la lógica de la fantástica, tenía que ser ogro porque los ogros sólo con ogros se pueden casar.

*

A **La Gusana** se la comieron en una guayaba y nadie volvió a saber de ella.

[Seguramente habrá tenido gusanitos]

*

El Payaso Loco se retiró del Circo y montó un espectáculo aparte en el que caminaba por una cuerda floja, de una ventana a otra, en el piso 14, entre dos edificios. Cualquiera día, de lo gordo y de hablar tanto, se cayó y exhibiendo su última sonrisa

Murió a contramano

En el paseo público

Entorpeciendo el tránsito

Como un bulto alcohólico

Después Chico Buarque escribiría una canción sobre él, y la llamaría Construcción.

*

Un día en que Indiana Jones, el famoso arqueólogo de la trilogía de *El Arca Perdida*, *El Templo de la Perdición*, y *La Última Cruzada*, pasaba por el frente de La Oficina comiéndose un *hot dog*, **La Momia Egipcia** se encontraba reposando en su escritorio. Indiana Jones lo ve por la ventana y de inmediato tira el *hot dog*, se cala el sombrero, saca el látigo, se lanza contra el vidrio e irrumpe en La Oficina nervioso y jadeando. Con la actitud alerta de quien está acostumbrado a que los peligros surjan en cualquier momento y de cualquier

lugar, el intrépido arqueólogo mira para un lado, mira para el otro y tras comprobar que no vienen flechas envenenadas directo a su cuello, ni una bola gigante a aplastarlo, ni una tropa nazi que vigila la pieza primitiva, recupera el aliento y se dispone, con estudiado profesionalismo, a descifrar las claves necesarias para retirar a la Momia de su pedestal y huir con ella antes de que la estructura colapse y se quede atrapado para siempre, con la Momia, bajo los escombros.

Para su sorpresa, lo único que se interpone entre él y la Momia es un enorme **Elefante Blanco**. Por fortuna, Indiana Jones siempre carga cacahuates envenenados por si le toca vérselas con un elefante blanco enorme. Así que saca los cacahuates, se los ofrece al Elefante, éste los toma, se los lleva a la boca y cae estrepitosamente a un lado, muerto. Entonces el explorador levanta la Momia, se la echa al hombro, y sale raudo por la misma ventana por la que entró, mientras el edificio se va cayendo tras él hasta quedar escombros.

Es posible que la Momia esté siendo estudiada por expertos, o tal vez está empolvándose en algún oscuro sótano de un museo en decadencia... pero esto ya no le incumbe al famoso Indiana Jones.

*

Tras los sucesos ocurridos, Oliver, **El Oso Malabarista**, quien por entonces se hallaba de vuelta en Colombia, retornó a los Estados Unidos, más precisamente a Phoenix, en donde se ocupó del negocio que el resto del Circo había abandonado. Allí se casó con una americana, tuvo americanitos, y se dedica a importar estudiantes extranjeros para abastecer al Departamento de Estado y fomentar el consumo masivo de la *Espisoup*.

EXTERIOR 1:**PHOENIX. THE STREET**

El Oscurísimo Doctor Cop fue ascendido y ahora es Director en Jefe del cuerpo más valiente de *La Police*. Luego de haber desterrado a Espinal, fue llamado a comparecer ante los Hombres de Negro del Departamento de Estado, y tras haber pronunciado su declaración, que terminó con un potente y emotivo *Salve la Police*, y luego de que J y K declararan a su favor, el Gobierno Federal lo declaró miembro honorario de la institución más importante y más prestigiosa y más linda y más altruista de la Nación Americana: *La Police*, claro.

Una semana después, el chicanito a quien Espinal salvó de las garras del Doc —único acto que Espinal efectuó bajo su contrato como superhéroe en tierras del Tío Sam—, lo esperó en la puerta de su casa y cuando el Doctor Cop llegó,

lo saludó con un *qué pasa güey* y le descargó los seis tiros del revólver que compró legalmente en un almacén de armas en el downtown.

Suerte que el famoso chaleco antibalas sí sirve.

*

Juanito Amador o Johnny Lover, se casó por conveniencia-compromiso-presiones-los papeles y aún está tratando de congeniar con su futura ex-esposa. Los domingos sigue aplicando los Métodos McGiver de Infiltración.

EXTERIOR 2:

MEDELLÍN. VIDA COTIDIANA

A **Rave** le ofrecieron un escritorio con un teléfono en un despacho y un cargo de obstaculizador de los procedimientos y conductos regulares de una oficina de la empresa de servicios públicos de su pequeña ciudad en Canadá...justo para lo que se había preparado. Pero a un hombre para quien escribir se había vuelto todo y mucho más, una burocracia monótona no libraba una vida de bohemia y poesía. Así que del puro tedio empezó a embriagarse de una manera muy particular, muy él, hasta que un día vomitó y entró en coma etílico. Cuando salió del coma se divorció, empacó sus cosas y volvió a Medellín. Al principio llegó de improviso y logró pasar de incógnito, pero tras el éxito comercial de su último librito titulado *Princesa Estrábica Busca*, y con un renovado y gigan-

tesco club de fans haciendo campañas a su favor, terminó de Delegado Cultural de Colombia en el exterior, y ahora se la pasa viajando por el mundo y escribiendo. Pero viene cada 6 meses a hacer gira por las principales ciudades del país presentando los avances y las últimas tendencias mundiales en inspiración, y promocionando lo más nuevo de su producción poética.

Se rumora que va tras el puesto de ministro de cultura, pues parece que a pesar de todo no ha olvidado sus sueños de burócrata profesional.

*

Esposa terminó por comprenderlo. Le hicieron falta 6 meses de un riguroso estudio de las teorías sobre las relaciones de pareja para entender que Rave tal vez era un inconforme de corazón y que nunca estaría a gusto en ningún lugar. Él siempre pensaba que se estaría mejor en otra parte, y ella nunca entendió. Pero cuando cerró el último tomo que había en la biblioteca de la ciudad sobre el tema, se sintió iluminada por una luz artificial que confundió con la luz del entendimiento y la sabiduría, y corrió por las calles y empacó las maletas y se vino a buscarlo y le pidió perdón.

—Por mi incomprensión —le dijo

—Ok —le dijo él

—¿Volvemos? —le dijo ella

—Ok —respondió él

—¿Al Canadá...? —aventuró ella

—No —dijo él. Cerró la puerta y se fue. Otra vez.

*

De **Bebé** no se sabe si se aburrió o si tenía que ir a hacer una vuelta al centro... Se tiró en San Antonio y se perdió en un bosque de piernas con zapatos.

*

Los Famosos 5, ya reunidos otra vez en Medellín, alquilaron una casa campestre medio caída, con 6 habitaciones y 6 baños. La remodelaron en medio de ron, marihuana y cigarrillos mentolados, y se fueron a vivir allá en una sola fiesta eterna.

Allí mismo, en el Club-house, se celebró la boda del Poncho, quien había mantenido un romance en secreto con su profesora de filosofía... desde el colegio.

En el matrimonio, Chucho agarra la copa, la cuchara del postre, toca varias veces. Toca varias veces más. Vuelve a tocar. Toca media hora hasta que logra que todos se callen. Entonces los 8 presentes lo miramos, y él se aclara la garganta —Mr mr mr... Bueno, eeehhhhh... Estamos aquí reunidos para bendecir la unión de nuestro amigo El Poncho con su profesora de filosofía... ¿Cómo hiciste para ocultárnoslo tanto tiempo, Poncho?... En fin, decía que para *bendecir* esta alianza... aunque si lo pienso bien, tal vez la palabra no sea bendecir, porque realmente sólo los curas bendicen... ¿O tal vez no?... ¿O sí?... Ay, no sé, pero en todo caso, para celebrar, eso sí, y alegrarnos porque...

—¡SALUD! —gritó Pablo— ¡Y que se repita!

—¡SALUD! —respondieron todos

—¡Porque que éste sea sólo el primero! —dijo Diego

—¡SALUD! —respondieron todos

—¡Y que vengan muchos más! —dijo Jaime

—¡SALUD! —respondieron todos

—¡Y cada vez con una mejor! —dijo Fede

—...

Nadie dice nada Los 5 miran al techo Pablo silba un villancico.

La fe de **la Abuelita** se derrumbó a la par que ella, que la pared de la virgen y que la casa. Pero con la plata que se había recogido por las entradas para ver la milagrosa humedad, la internaron en el hospital y le operaron el coxis. 6 meses después salió por fin de la convalecencia. Abandonó el hospital, tiró las camándulas, las estampitas, las cruces, las novenas, renunció al coro de la parroquia y hoy dirige feliz un burdel en una zona de distensión de la ciudad.

*

Natalia Ramírez se juró amor eterno con Espinal, y vivieron felices para siempre...

... (Al menos hasta que se terminó de imprimir este libro)

Los Viernes Santos siguen intentando...

*

En el *talk-show* más famoso de América Latina se juntaron Cristina (la del Show de Cristina), Laura (la de Laura en América), Don Francisco (el del Show de Don Francisco), Pacheco (el de todos los programas de concurso colombianos), y

otras tantas personalidades del amarillismo en televisión para acosar a **Espinal** con *trick-questions*, o preguntas capciosas en un programa que salió al aire por las principales cadenas, en horario triple A, y que generó todo tipo de comentarios en los diarios más influyentes del continente.

—¿Ha utilizado textos de otros autores? —pregunta la del Show de Cristina

—Sí —responde Espinal

—¿De cuáles? —insiste la del Show de Cristina.

—De Woody Allen, de Oscar Wilde, de García Márquez, de Pérez-Reverte, de Marx...

—¿Cuál Marx? —interrumpe la de Laura en América

—¡Ay no, otra vez no! —suplica Espinal, y se apresura a responder—: Groucho

—Ah, yo pensé... —empieza la del Show de Cristina

—¡No! ¡Groucho! —se impone Espinal, y sigue— Groucho, Groucho, Groucho, Groucho

—Veo, veo — dice la del Show de Cristina, y ataca—: Entonces... ¿Es usted un plagiador?

—Más o menos

—¿Lo van a demandar?

—No creo

—¿Por qué?

—No aplica —responde Espinal, y fuma.

—¡Pero los copió! —Insiste la de Laura en América

—No —declara Espinal serenamente

—¿No?

—No. Los utilicé. Grandes frases, grandes escritores.

—Grandes influencias... —agrega maliciosa la de Laura en América

—Puede ser —concede Espinal

—Y si no es plagio, ¿cómo lo llamaría entonces? —averigua Pacheco

—Yo diría que es más como un homenaje

—¿Cómo así? —vuelve a averiguar

—Buenos textos que se me han grabado al leerlos, y que luego los traigo a los míos

—¿Cómo cuáles? —pregunta el del Show de Don Francisco

—Por favor lea primero el libro, después hablamos —responde Espinal

—¡Ah!, ¿es una recomendación? —inquire el del Show de Don Francisco

—En su caso, sí. Es una recomendación —dice Espinal

—¿Y se puede saber por qué? —pregunta alzando la voz el del Show de Don Francisco

—Para que después pueda preguntarme lo que quiera — responde Espinal sin hacer ningún gesto

—Yo lo leí —dice Pacheco—. ¿Puedo preguntarle lo que quiera?

—Sí

—Dónde queda ese lugar del que habla en su carta, esa que firmó con el seudónimo de... Ahora no recuerdo

—Empieza por A —dice la de Laura en América

—Y también termina en A —dice el del Show de Don Francisco

—Y no tiene más que Aes —canturrea la del Show de Cristina

—Insisto en que yo no escribí esa tal carta —interrumpe Espinal

—Ay, déjese de falsa modestia hombre —dice la del Show de Cristina—. Sabemos que se autonombró Melquíades cuando le entró esa obsesión por rebautizarlo todo.

—Eso fue un chisme, pura especulación —declara Espinal

—¡Cómo se le ocurre decir eso! —gime la del Show de Cristina— ¡Si salió por televisión y lo dijeron en la radio!

—Y lo que digan los medios —declara la de Laura en América—, es la verdad

—Eso es cierto —suspira Espinal—. Y mejor que sea así.

—Bueno, pero dónde queda ese lugar —vuelve a preguntar Pacheco

—Es una “aldea perdida en el sopor de la ciénaga” —responde Espinal

—¿Cuál ciénaga? —inquire la de Laura en América

—La Ciénaga Grande —responde Espinal—. La llaman así porque dicen que no tiene límites

—Si no tuviera límites llegaría hasta acá y estaríamos parados sobre ella —dice el del Show de Don Francisco

—Y quién asegura que no trae usted pantano en los zapatos

—lo desafía Espinal

El hombre, contrariado, no supo qué responder y zanjó el tema cambiando a otra pregunta

—Dígame, ¿los personajes de esta novela son reales?

—Sí

—¡Entonces todo lo que cuenta en *Open the window para que la mosca fly* sí ocurrió!

—Sí. A excepción del bebé del metro, todo es verdad.

—No, un momento, mire, no juegue conmigo que yo puedo hacer que su libro se venda como pan caliente o que no lo compre ni su mamá —sentencia el hombre

—Tiene razón. Está bien, entonces digamos que es pura ficción. Incluso usted.

—Mejor así —dice satisfecho el del Show de Don Francisco

—Y en ese caso—complementa Espinal—, cualquier parecido con la realidad correrá por cuenta de la imaginación del lector —¿No cree que debería advertirlo al principio? —interviene la de Laura en América

—O al final —aventura Espinal

—¡No! Al principio —dice Pachecho

—Entonces será para una próxima edición —responde Espinal—

Qué tal algo como



—Podría ser la primera página —amplía Espinal.

—Podría —dice con los dientes apretados el del Show de Don Francisco

Silencio incómodo

—Bien... pero cuéntenos... —interviene la de Laura en América para aliviar la incomodidad del desafío— Eso de “Preferimos un 7 en disciplina...” tiene algo que ver con el lema de *Los Extraditables*?

—¿Qué lema? —pregunta Espinal

—Eso que decían *Preferimos una tumba en Colombia a una cárcel en Estados Unidos* —recita solemne la de Laura en América

—Ah... Seguramente haya alguna influencia por ahí... —dice Espinal, dejando en el aire la afirmación. Chupa humo, lo bota, y continúa—: Al fin y al cabo ellos también son parte de nuestra historia.

—La parte más conocida —declara tajante el del Show de Don Francisco

—Sí, pero no la única —responde Espinal—. Hay un montón de todo en esa historia, y muchas cosas que...

—Ay bueno, eso no interesa, otro día nos lo cuenta —lo corta la del Show de Cristina—. Más bien díganos... ¿Qué espera que pase con esta novela?

—Pues... que lluevan las críticas. Siempre pasa.

—¡Ajá! Y eso le molesta —dice la de Laura en América

—Para nada —responde Espinal

—¿Por qué no? —pregunta sinceramente Pacheco

—Creo que es necesario —dice Espinal—. Algunos la amarán, otros la detestarán... Y ambos por las mismas razones.

—Sí, seguramente... Y a esos últimos... usted... mejor dicho,

le teme a los detractores, me imagino —dice el del Show de Don Francisco

—No. Algo que le gusta a todo el mundo empieza a ser sospechoso —dice Espinal, y cambia el cigarrillo de mano—. Con los detractores me tomaré una botella de vino —¡Ah!, ¡Entonces es usted de los que le temen más a los aduladores! —dice la de Laura en América

—Tampoco. Con ellos me tomaré dos botellas

—¿A qué le teme entonces? —pregunta, otra vez sinceramente, Pacheco

—Le temo a la ausencia de ambos

—Claro. Claro —dice, como reflexionando, la del Show de Cristina. Luego levanta la cabeza, estudia a Espinal, y lanza la pregunta— Y... y ahora que acabó su libro... ¿Qué?

En este punto Espinal se quedó pensando un rato, volvió a cambiar el cigarrillo a la otra mano, fumó, y dijo

—No sé... Será la pobreza, o la fama.

¡CORTEN!



Aguanta, hijo mío —le dije a Dios, poniendo
mi mano sobre su cabeza.